

La cooperació al desenvolupament a l'Àfrica



VISIONS
DEL MÓN AFRICÀ



Universitat de Lleida
Oficina de Desenvolupament
i Cooperació



Universitat de Girona
Unitat de Compromís Social

COLLECCIÓ VISIONS D'UN MÓN DESIGUAL

1. Recursos naturals, riquesa o espoliació? Visions d'Amèrica Llatina
2. La força dels moviments socials. Visions d'Amèrica Llatina
3. El paper de la dona. Visions d'Amèrica Llatina
4. La sobirania dels pobles. Visions d'Amèrica Llatina
5. La cooperació al desenvolupament. Reptes de futur. Visions d'Amèrica Llatina
6. Economia i treball en l'agenda post 2015. Visions d'Amèrica Llatina
7. Producció i consum de responsabilitat. Visions d'un Món Desigual
8. Espoli dels recursos i resistències. Visions d'Àfrica
9. La cooperació al desenvolupament a l'Àfrica. Visions d'Àfrica
10. Economia, treball i apoderament de les dones a l'agenda 2030. Visions d'Àfrica

La cooperació al desenvolupament a l'Àfrica

Roser Manzanera, Soledad Vieitez, Lola López,
Mbuyi Kabunda, Lourdes Benavides

Universitat de Girona. Servei de Publicacions
Edicions i Publicacions de la Universitat de Lleida
Universitat Pompeu Fabra
Publicacions de la Universitat Rovira i Virgili

Girona, Lleida, Barcelona, Tarragona, 2019

PUBLICACIONS DE LA UNIVERSITAT ROVIRA I VIRGILI

Av. Catalunya, 35 - 43002 Tarragona

Tel. 977 558 474 · publicacions@urv.cat

www.publicacions.urv.cat



1a edició: desembre de 2019

ISBN URV (paper): 978-84-8424-718-0

ISBN URV (PDF): 978-84-8424-719-7

ISBN UdL (paper): 978-84-9144-129-8

ISBN UdG (paper): 978-84-8458-533-6

ISBN UPF (paper): 978-84-88042-87-3

DOI: 10.17345/9788484247180

Dipòsit legal: T 370-2019



Cita el llibre.



Consulta el llibre a la nostra web.



Llibre sota una llicència Creative Commons BY-NC-SA.



Publicacions de la Universitat Rovira i Virgili és membre de la Unión de Editoriales Universitarias Españolas i de la Xarxa Vives, fet que garanteix la difusió i comercialització de les seves publicacions a nivell nacional i internacional.

Índice

Prólogo	7
<i>Albert Farré</i>	
Visiones de África: un repaso a los significados de género y a las acciones y luchas de las mujeres en el continente	15
<i>Roser Manzanera Ruiz, Soledad Vieitez Cerdeño</i>	
África desde el país de las maravillas: la imagen del «otro» continente	37
<i>Lola López</i>	
Cooperación sur-sur en África: el caso de los países emergentes o los BRICS/IBSA	59
<i>Mbuyi Kabunda</i>	
La sociedad civil en la definición de la agenda de desarrollo	103
<i>Lourdes Benavides</i>	

La cooperación en su laberinto

Albert Farré

Investigador PNPD-CAPES. Universidad de Brasilia

La cooperación nos remite a una esperanza. La esperanza de construir un mundo mejor para todos, más igualitario, donde tanto los derechos como los recursos estén mejor distribuidos. Al mismo tiempo, la cooperación nos asoma a una quimera, pues la palabra cooperación no deja de ser un intento de afirmar una igualdad que, en la práctica, brilla por su ausencia. Por un lado, la cooperación nos deja pensar que un diálogo de igual a igual es posible, a pesar de que las diferentes partes a cooperar no tengan una relación de fuerzas equivalente. A la vez, la cooperación no deja de recordarnos que ese diálogo es una quimera. Esta tensión entre esperanza y quimera forma parte, por así decirlo, del ADN de la cooperación, y los diferentes artículos que componen esta sección nos acercan a diversos rincones del laberinto que, desde hace ya varias décadas, la cooperación va construyendo alrededor de sí misma.

Si solo fuera por la esperanza, la cooperación habría construido puentes rectos y sólidos, que unieran continentes de forma segura y eficaz. Sin embargo, la realidad es más compleja y enrevesada, y lo cierto es que la cooperación ha acabado construyendo un laberinto en el que, eso sí, se puede entrar desde diferentes continentes. África aporta a la cooperación una buena parte de su actividad mundial, y también es gracias a los africanos que el laberinto ha conseguido algunas de sus filigranas arquitectónicas de mayor mérito. Una tupida malla de callejones sinuosos

e invisibles cruza el continente, por donde circula un tránsito de personas disparejas y siempre ajetreadas: técnicos, burócratas, consultores, financiadores, auditores, activistas, filántropos, estudiantes, empresarios, políticos en campaña... De todos ellos, algunos sabiendo de antemano el terreno que pisan, otros que lo descubrirán más tarde, aunque casi nunca será demasiado tarde para seguir cooperando, porque la cooperación es algo de lo que, por su apelación a la esperanza, casi todo el mundo se enorgullece, hasta el punto de estar dispuesto a olvidar los fracasos del pasado para mostrar y demostrar qué grande es la voluntad de cooperar en el presente. Así, la actividad que se despliega alrededor de la cooperación en el continente africano es tan frenética que, si existiera una capital mundial de la cooperación —en la línea de *Las ciudades invisibles*, de Italo Calvino—, habría que buscarla, sin lugar a dudas, en algún lugar de África.

Ahora bien, como dije al empezar, la esperanza no está sola, y su pareja de baile, la quimera, aparece siempre que es necesario para recordar que esa convicción en el diálogo de igual a igual, por mucho que se afirme solemnemente, tiene poca o nula base empírica. En primer lugar, porque la cooperación no deja de ser un vástago fotogénico de las relaciones internacionales, y estas no se basan en el diálogo sino en la negociación. A diferencia del diálogo auténtico, la negociación no exige que exista igualdad entre las partes, lo que la hace mucho más factible, aunque también menos presentable o, si se prefiere, con menos pedigrí de buenas intenciones. En toda negociación el más fuerte tiende a imponer su agenda a los demás. Eso sí, es recomendable saber vestir la propia agenda de palabras bonitas que apelen al bienestar común, como también lo es que, si la negociación llega a buen puerto, los acuerdos resultantes se afirmen como el resultado del diálogo y el consenso entre las partes. En este proceso, los menos fuertes cumplen su cometido dentro de las reglas del juego, que siempre están implícitas: deben mostrarse escépticos hasta tensar al máximo la necesidad de un acuerdo por parte del más fuerte, que será —todos lo saben— el principal beneficiario. Paradójicamente, este juego de no dichos contribuye a que la negociación pueda presentarse como un diálogo, consiguiendo así que la esperanza no se sienta totalmente contrariada.

Con diferentes énfasis y matices, los cuatro capítulos que siguen nos ofrecen varias perspectivas y versiones del baile entre la esperan-

za y la quimera en África. Lola López aporta, de entrada, un elemento esencial del laberinto de la cooperación: el equívoco de la cooperación entre culturas. La autora subraya cómo este equívoco es constantemente alimentado por parte de las sociedades europeas, en cuanto que socias fundadoras de la idea de una cooperación internacional, y en especial con África. Ciertamente, es en las sociedades europeas donde la tensión entre la esperanza y la quimera ha llegado a niveles de sofisticación más elevados, hasta el punto de que, aproximadamente cada quinquenio, hay nuevos formularios, nuevas formas de prestaciones de cuentas y nuevas condicionalidades políticas que se imaginan como las más adecuadas para canalizar la necesaria (?) cooperación entre Europa y África. Los representantes africanos, que ya conocen a los europeos de varios siglos de relaciones, saben que es inútil intentar explicarles nada, pues una de sus características es una suerte de sordera cultural. Combinan su gran capacidad de desplazarse mucho por el mundo —de estar hoy aquí y mañana allí, y de hacerlo cada vez a más velocidad— con una contrapartida peculiar: allí donde estén, solo consiguen conversar con sus propios fantasmas.

A pesar de este inconveniente, los africanos nunca se niegan a sentarse a la mesa de negociaciones, ni se oponen a aceptar las nuevas innovaciones o prioridades en materia de cooperación, pues, como dije anteriormente, esto forma parte de las reglas del juego implícitas en cualquier negociación. En el fondo, los europeos son viejos conocidos, y los africanos han generado sus propias estrategias para conllevar la cooperación con Europa: el resultado es el impresionante laberinto de la cooperación en África, al que ya hemos aludido, con infinitud de mundos paralelos.

Sin embargo, los africanos están cansados de seguir el ritmo frenético que imponen los europeos. Es un cansancio de siglos, pues, al final de la jornada, a nadie se le escapa que ellos siempre acaban bailando con la esperanza del porvenir, en cuanto los europeos bailan con los beneficios del año en curso. En este contexto, la perspectiva de una cooperación sur-sur se antoja como algo que podría ser más beneficioso para África, además de más simple y sosegado.

Este es precisamente el tema tratado en el capítulo de Mbuyi Kabunda. De Bandung a los BRICS, las alternativas a la cooperación con Europa han sido una posibilidad constante para los africanos. Tras la

euforia desatada durante la primera década del presente siglo por la aparición de un frente común de nuevos países emergentes (China, India, Rusia y Brasil, a los que más tarde se unió Suráfrica), unidos por su voluntad de liderar un cambio de registro en la configuración del sistema mundial, Kabunda evalúa las potencialidades de la cooperación de cuatro de ellos (Brasil, India, China y Suráfrica) con el conjunto del continente africano.

En este caso la cuestión se plantea básicamente en el plano de las estrictas relaciones internacionales, es decir, del buen desempeño de unas negociaciones entre países diferentes que pueden tener relaciones de complementariedad, basadas en intereses comunes, sin olvidar nunca que existe una relación de fuerzas previa que va a condicionar cualquier relación de cooperación.

El autor va haciendo un cómputo de las potencialidades y las limitaciones de cada uno de los cuatro países emergentes con el continente africano. El resultado de esta comparación sistemática es una reducción de la euforia inicial ante el impacto de la cooperación sur-sur, sin por ello dejar de señalar su conveniencia e interés en determinados aspectos.

Hasta aquí, en el capítulo de Kabunda, no aparece ninguna veleidad de un diálogo de igual a igual entre África y sus aliados emergentes. Sin embargo, a medida que la reflexión del autor llega a las conclusiones, la tensión entre esperanza y quimera también aparece en la cooperación sur-sur. El hecho es que los diferentes miembros de los BRICS son aliados entre sí y, a la vez, competidores en África. El caso de Suráfrica es especialmente peculiar por haber tenido que aliarse a los BRICS, entre otras cosas, para conseguir mejorar sus posibilidades de expansión en África. Suráfrica, país industrializado aunque con una profunda dependencia energética, emergió en el año 1994 como la gran esperanza del desarrollo en África. Sin embargo, este liderazgo no ha acabado de ser tan espectacular como se suponía, entre otras cosas por la progresiva expansión por el continente africano de otros países de mayor dimensión que acabaron por hacer sombra al liderazgo surafricano. En cierto modo la opción surafricana de aliarse a los BRICS fue también la forma de conseguir competir mejor con ellos.

Simultáneamente, los países africanos son potenciales aliados de la cooperación sur-sur y, a la vez, también compiten entre sí por la atracción

de las inversiones de los diferentes países emergentes. La apelación final del autor a la necesidad de unirse para poder negociar con más fuerza, no solo con el norte sino también con el sur, es digna de un panafricanista convencido, y hace explícito el que creemos que es el argumento principal del capítulo: es el continente africano en su conjunto, con sus más de 800 millones de habitantes, el que tendría que ser el actor susceptible de unirse a los BRIC (que entonces pasarían de ser BRICS a ser BRICA). En esta nueva dimensión de la cooperación sur-sur se apela a la unidad entre africanos, y también se presupone la posibilidad de diálogo entre países africanos en igualdad de condiciones. En definitiva, Mbuyi Kabunda abre la posibilidad de un nuevo baile entre la esperanza y la quimera, con el interés añadido de depararnos, en este caso, un baile de ritmos y pasos intrínsecamente africanos.

En el capítulo siguiente, Roser Manzanera Ruiz nos conduce a otro apasionante campo de tensiones por la afirmación de la igualdad: la igualdad reivindicada por las mujeres en el contexto de los debates sobre el género en África. Nos confrontamos aquí con la esperanza de que las mujeres se unan para reivindicar sus derechos en cuanto que tales, a la vez que esos derechos implican el reconocimiento de la diversidad de formas y momentos de ser mujer, tanto dentro del continente africano como en el conjunto de la humanidad femenina. Una vez más, el horizonte en el que el diálogo de igual a igual llegue a ser posible entra en acción, y con él, todo un nuevo abanico de tensiones entre la esperanza y la quimera.

En este caso, se acumulan complejidades anteriormente subrayadas por Lola López y por Mbuyi Kabunda. Por un lado, la tensión cultural: ¿quién define lo que es ser mujer? La autora expone las diferentes alternativas y los matices que las mujeres africanas han postulado al feminismo que se asume como universal, pero que es de raíz europea. Una vez más, las mujeres africanas han de hacer un esfuerzo enorme para explicarse ante sus potenciales aliadas europeas, y hacerlo además en posición de desventaja, pues el feminismo europeo se ha apropiado de la bandera del feminismo universal, y es la propia bandera la que le tapa la visión. En todo caso, el esfuerzo merece la pena, pues si finalmente no sirve para dialogar con el feminismo europeo, al menos puede servir para entenderse mejor entre la diversidad de mujeres africanas. Esto nos conduce

a otro campo de batalla quizá más pequeño en sus límites geográficos, pero no menor: el de las propias sociedades africanas, que acumulan el androcentrismo de raíz colonial-capitalista y el androcentrismo de raíz africana, ambos fundidos y reforzados en un compacto más o menos granítico según los casos.

El objetivo del capítulo es refutar el prejuicio, ampliamente difundido en nuestra sociedad, que presenta a la mujer africana como víctima, con el fin de reforzar la idea de que las mujeres africanas tienen una capacidad de acción y de influencia social notable, en determinados aspectos bastante mayor que otras mujeres de otros continentes. Así, las mujeres africanas, a pesar de encontrarse con un panorama institucional y legal en general nada favorable a sus intereses, deben ser consideradas como una fuente de esperanza. En este sentido, a lo largo del capítulo hay un esfuerzo por hacer visible, con varios ejemplos de diversos países africanos, el protagonismo de las mujeres africanas tanto en la economía como en la política del continente.

También se da a conocer el esfuerzo teórico de las mujeres africanas para pensarse a sí mismas en cuanto que mujeres, desde la diversidad de formas de ser mujer que existe en el continente: diferencias de origen, de estatus, de nivel de estudios, de edad... Llegados a este punto, la autora esboza algunos de los debates más candentes dentro del feminismo africano. Mediante una síntesis de las principales posiciones y argumentos (que, por su enjundia e interés, se nos ha hecho corta), se pone en evidencia que las mujeres africanas se piensan y se organizan para unas luchas sociales que son, por necesidad, diferentes a las del feminismo europeo, aunque no necesariamente incompatibles. La conclusión que se desprende es que hay mucho que aprender de las mujeres africanas, y un requisito fundamental para ello es acostumbrarse a escuchar y a ver lo que dicen y hacen en sus respectivos contextos sociales.

Finalmente, el capítulo de Lourdes Benavides aborda los movimientos sociales globales y sus diferentes conexiones y engarces en el continente africano. Los Objetivos del Milenio son objeto de una evaluación para discernir hasta qué punto han sido un éxito o un fracaso, teniendo en cuenta su ambición de partida así como la dificultad de medir las mejoras experimentadas en estos primeros quince años del tercer milenio. En el trasfondo de este debate no es difícil identificar, una vez más, a la esperanza y la quimera ensayando nuevos pasos de baile.

También se aborda el papel de la sociedad civil, tanto en el norte como en el sur, en cuanto que gran conjunto de actores que, en comparación con los Objetivos del Milenio, son el fruto de una perspectiva bottom up, más próxima a un activismo de base. Tras el revulsivo originado por el Forum Social Mundial lanzado desde la ciudad brasileña de Porto Alegre —que en cierto modo puede considerarse como un contra-programa de los Objetivos del Milenio—, aquellos sectores de la sociedad civil más próximos al altermundismo han tomado consciencia de la necesidad de soltar lastre burocrático y poner más énfasis en la incidencia política, así como en las campañas de información y denuncia, tanto en el norte como en el sur.

En el campo de la producción y comercio de alimentos, por ejemplo, destacan las campañas por la soberanía alimentaria, o las acciones de la Vía Campesina. Ambos movimientos tienen mayor fuerza en América Latina, aunque continúan intentando encontrar puntos de engarze sólidos en África. Sin embargo, a pesar de los avances de estos movimientos que se quieren globales en África, lo cierto es que donde el dinamismo de la sociedad civil africana se encuentra en toda su plenitud es en movimientos que no tienen correlación o equivalente directo en los otros continentes. Es como si, por decirlo de algún modo, las sociedades africanas se movilizaran en frecuencias diferentes a las de los movimientos sociales globales, lo que explica que muchas veces las movilizaciones africanas nos pasen desapercibidas. Simplemente no estamos acostumbrados a identificarlas.

En este sentido, a la sociedad civil del norte aún le queda un largo camino por recorrer para encontrar puntos de conexión con aquellos sectores de la sociedad africana que se movilizan por canales menos convencionales, lo que no quiere decir que sean estrictamente locales. Por ejemplo, continuando en el campo de la producción y comercialización de alimentos, en concreto en el África Austral, existe una serie de asociaciones que defienden los derechos de los comerciantes ambulantes e informales que se dedican a la compra-venta de hortalizas y otros alimentos a través de las fronteras. Se da el caso, además, de que este comercio lo hacen mayoritariamente las mujeres. Estos colectivos denuncian que los acuerdos comerciales en el marco de la Southern Africa Development Community (SADC) están más preocupados por mantener los intereses

de las grandes empresas y plantaciones de siempre que por mejorar el acceso a la comida de calidad y al menor precio posible para la mayoría de la población (ver la página <http://www.alternative-regionalisms.org>, entre otras). Más allá de las asociaciones que apoyan estos movimientos populares, las propias mujeres y hombres que hacen efectivo este comercio tienen un nivel de organización, y de capacidad de incidir en los mercados, nada desdeñable, aunque por lo general se mantienen muy escépticos ante la posibilidad de incidir políticamente por los canales convencionales establecidos. En cierto modo, muchas de estas mujeres han llegado a la conclusión de que todo lo que concierne al Estado y a la política convencional está viciado de origen, y lo mejor es evitar problemas y dedicarse por su cuenta a superar los problemas del día a día. Lo más interesante del caso es que, gracias a sus sistemas de cooperación, lo van consiguiendo.

Visiones de África: un repaso a los significados de género y a las acciones y luchas de las mujeres en el continente

Roser Manzanera Ruiz, Soledad Vieitez Cerdeño

Universidad de Granada

Resumen

Este artículo reflexiona sobre los contenidos impartidos en el curso «Visiones africanas» impartido en las universidades de Lleida, Rovira i Virgili, de Tarragona, Pompeu Fabra, de Barcelona, y Girona durante el mes de abril de 2015, basados fundamentalmente en el trabajo previo de Soledad Vieitez titulado «Movimientos africanos de mujeres y desarrollo», publicado en *Los libros de la Catarata* (2013), y los resultados del diagnóstico elaborado para la AECID en 2009 por Vieitez y Ochoa, 2009¹. Se pretende pensar y discutir sobre la necesidad de tener en cuenta las particularidades culturales del continente cuando se estudian las relaciones de género, la diversidad de paradigmas feministas y los distintivos movimientos sociales de mujeres. Los estudios sobre las mujeres africanas se han basado en multitud de ocasiones en perspectivas eurocéntricas y androcéntricas, basadas en el modelo de feminidad

1 VIEITEZ, S. (2013). «Movimientos africanos de mujeres y desarrollo». En Santamaría, A. y García, J. *Regreso al futuro: Cultura y desarrollo en África*. Madrid: Los libros de la Catarata, pp. 179-197.

VIEITEZ, S. y OCHOA, D. (2009). *Diagnóstico de género en África subsabariana*. Granada: Periferia, Consultoría Social y AFRICAInEs-investigación y estudios aplicados al desarrollo (SEJ-491).

occidental, lo que ha provocado que las luchas de las mujeres africanas, sus reivindicaciones y espacios propios se invisibilicen, perpetuando una imagen de mujeres oprimidas sin capacidad de agencia. Como se mostrará en el texto, al contrario de estas imágenes, se expone la dificultad que entraña la gran diversidad cultural en el continente para su estudio en general y para conocer el papel y las posiciones sociales de las mujeres en particular; se muestran mujeres prominentes y protagonistas del continente, la extensión y alcance de sus reivindicaciones; la diversidad de movimientos sociales femeninos y de posicionamientos feministas. Por último, se concluye con la necesidad de reconsiderar la economía de mercado que desvalorizan los procesos de creación de la vida e incorporar las diferencias culturales para enriquecernos de su diversidad.

Palabras clave

Género, feminismos, movimientos sociales de mujeres, África subsahariana.

Introducción

Las realidades africanas siguen siendo grandes desconocidas dentro de los ámbitos académicos y profesionales españoles. Más aún lo son cuando hablamos de las mujeres africanas, de sus luchas y reivindicaciones dirigidas a permitir el objetivo de la equidad. Este texto refleja los contenidos y reflexiones de las sesiones impartidas en el curso Visiones Africanas en las universidades de Lleida, Rovira i Virgili, de Tarragona, Pompeu Fabra, de Barcelona, y Girona durante el mes de abril de 2015, del módulo específico Movimientos de Mujeres, que extrajo sus contenidos fundamentalmente del texto de Soledad Vieitez titulado «Movimientos africanos de mujeres y desarrollo», publicado en Los libros de la Catarata en 2013, y los resultados del diagnóstico elaborado para la AECID por Vieitez y Ochoa, 2009.

Como plantea Vieitez (2008), cuando hablamos de equidad, en África o en cualquier otro lugar, es importante conocer los procesos, instituciones y enfoques que pueden permitir su consolidación. Al mismo tiempo, esta cuestión nos lleva a plantearnos los presupuestos sobre los que construimos estos enfoques, instituciones y procesos, y por qué elegimos esos y no otros. Desentrañar esta cuestión ayudará a desenmarañar

todo el entramado ideológico que sobre los presupuestos de equidad de género existe, basado principalmente en una ideología patriarcal situada en la estructura de muchas sociedades y que se extiende con la introducción del neoliberalismo en otras. La respuesta a esta cuestión posibilitará un enfoque más centrado en derechos, aspecto que ha dejado de centrar los debates sobre desarrollo, el género y la economía.

Las instituciones del desarrollo se alejan en multitud de ocasiones de las necesidades reales de las poblaciones (Kesall y Mercer, 2004; Chamber, 2014), y en nuestro caso, de las mujeres africanas. De esta manera, las convierten en ideas de objetos mitificadas de estas realidades según los intereses del momento (Jolly, 2004). Es necesario dirigir nuestro análisis hacia las acciones de las personas respecto a los mercados, los Estados, los hogares o la comunidad, es decir, respecto a la interacción de aspectos globales y locales. Siguiendo a Marín, Rodríguez y Vieitez (2012), etnografiar las conexiones entre desarrollo, género, cultura y economía es de extraordinaria importancia, como lo es enmarcar tales conexiones históricamente. En este sentido, los trabajos del Grupo AFRICAInEs: Investigación y Estudios Aplicados al Desarrollo remarcan la necesidad de etnografiar los proyectos africanos de igualdad y sus respectivas trayectorias, y permitirán la visibilidad de los sistemas de género en África, así como de las alternativas de desarrollo, las estrategias femeninas y feministas africanas.

África: género, desarrollo y movimientos sociales femeninos

África es un continente prominentemente femenino. La proporción de trabajo de las mujeres del África subsahariana, como se expone en la tabla 1, es muy alta (Comisión Económica para África, NU). A partir de estas cifras podemos entender que los ejes género, economía y desarrollo son fundamentales para comprender las realidades africanas (Manzanera, 2009).

Producción agrícola	80%
Cuidado de los animales	50%
Almacenaje agrícola	50%
Transformación de los alimentos	100%
Aprovisionamiento de agua	90%

Aprovisionamiento de combustible	80%
Preparación de las comidas	100%
Comercialización de los alimentos	60%

Tabla 1. Fuente: Comisión Económica para África, UN.

En este contexto, el género no puede analizarse aislado de la organización social y económica. Para poder entender las realidades africanas y las luchas de género y de las mujeres es necesario tener en cuenta estos aspectos. El género, como expone Naila Kabeer (2003), debe entenderse construido como relación de desigualdad a través de reglas y prácticas de diferentes instituciones aisladamente o mediante sus interacciones. Por tanto, el género entendido como relaciones, roles, identidades..., que está ligado estrechamente con la organización social, entendida a su vez en antropología y sociología como el parentesco, matrimonio, descendencia..., y en economía como producción, mercados, dinero...

La promoción de las mujeres y la elevación de su estatus a lo largo de la historia del desarrollo han sido entendidas como la incorporación de estas a espacios ocupados tradicionalmente por los hombres: educación formal, participación política pública y actividades económicas mercantiles. Tal definición de desarrollo deja de lado las relaciones de desigualdad y poder y se fija solo en un espacio de la vida social que ha sido el mercado, asignándole un valor predominante (Manzanera, 2009). Como plantea Sweetman (1995):

El concepto de desarrollo está cargado de valores culturales de descolonización, visiones derivadas de los países del norte, así como de los economistas. En los últimos 30 años, desarrollo ha sido sinónimo de una noción basada en la modernización —progreso económico desde una sociedad «tradicional» a una sociedad «moderna»—. Por consiguiente, la propia consideración de la cultura nos lleva a cuestionar la clase de desarrollo que se está promoviendo, así como la visión del mundo que lo motiva.

Los movimientos sociales, entendidos como colectivos dirigidos política y socialmente, centrados en el cambio de uno o más elementos del sistema social, político y económico dentro del cual se sitúan (Ballard *et alii*, 2006), se presentan como actores clave de gran relevancia en el contexto africano. Las relaciones entre los movimientos internacionales de mujeres y grupos de mujeres africanas desde la Segunda Guerra

Mundial en adelante, sobre todo de la época de la Década de las Naciones Unidas para la Mujer, a partir de 1975, como explica Iris Berger (2014), son complejas. Esta complejidad se relaciona con las relaciones entre el activismo de las mujeres contemporáneas y las corrientes históricas de África, que las conectan con el periodo precolonial y con el pasado más reciente. Berger argumenta que estos movimientos también reflejan una historia oculta de la influencia de las mujeres en sus sociedades como curanderas públicas, con el poder no solo para curar a las personas, sino también para reparar las relaciones más amplias en la comunidad.

Mujeres africanas y género en la investigación africanista

Mujeres africanas y género ha sido un ámbito muy productivo y vivo de la investigación africanista inter y multidisciplinar. A partir de los estudios sobre género y desarrollo, más del 50% de los estudios africanos desde la década de 1990 investigan la implicación de las mujeres en actividades económicas. Sin embargo, la incorporación de puntos de vista más propiamente africanos, centrado en procesos, experiencias, conceptualizaciones y/o teorías desde el propio continente, no es parte de las corrientes principales de estos, por ser africanas y por situarse en el ámbito del género, a pesar de proponer visiones alternativas a las eurocéntricas u occidentalocéntricas predominantes en estas corrientes (Vieitez, 2013). La hegemonía de estas últimas sigue siendo una de las principales trabas en la visibilización y reconocimiento de las luchas de las mujeres africanas, de las que sin duda muchas lecciones serían de gran utilidad para los contextos occidentales, algo que desde la colonización se ha producido siempre a la inversa. Como plantea Vieitez:

Casi nunca se suele hablar de estos éxitos de las mujeres africanas, a pesar de que una buena parte de la investigación feminista reciente viene enfatizando el cómo y por qué las necesidades y los intereses de las mujeres se convierten en derechos, como también políticas específicas en pro de la igualdad de género. Y sí, también, o especialmente en África al sur del Sáhara (2013: 1).

Según la historiadora Iris B. Berger (2003), los estudios sobre las mujeres y el género en África han seguido distintas fases históricas, comenzando con las teorías de la modernización y el desarrollo en la década de 1950, a pesar de que será más adelante cuando adquieran

realmente importancia. En los años setenta se rescatan y visibilizan las heroínas olvidadas (reinas, guerreras, comerciantes, curanderas, etc.). Por ejemplo, este es el caso de Yaa Asantewa (1840-17 octubre 1921), quien fue comandante en jefe del Estado Edweso asante en Ghana. Durante la última guerra entre el asante y los británicos, se convirtió, según los británicos, en la Juana de Arco africana. Asumió el liderazgo de la sublevación asante de 1900, ganando el apoyo de gran parte de la nobleza asante.

En la década de 1980, el lugar central en las investigaciones lo ocupan las mujeres marginadas o *underclass*: prostitutas, trabajadoras domésticas, esclavas... En la última década del siglo xx, los noventa, se revelan los sujetos generizados y los estudios sobre la sexualidad. Se hace efectivo el concepto de género y sus diferencias con el concepto de sexo.

Siguiendo a Vieitez en su artículo «Sociedad y perspectivas africanas en clave de mujeres y en perspectiva de género», de 2011, a través de las investigaciones llevadas a cabo en África, se puede distinguir una localización regional de «modelos femeninos» a partir también de ideas predominantes sobre los lugares de las mujeres africanas en las sociedades y las economías del continente. En el África austral predominan estudios sobre la marca e influencia de las políticas de la reserva de trabajo colonial y el régimen del apartheid en los roles y las relaciones de género (por ejemplo, los trabajos de Colin Murray o Judith Gay), también sobre violencia, protestas populares, resistencias y relación de las mujeres con el Estado y sus políticas. En el África central y oriental han sido prominentes los estudios sobre domesticidad, relaciones maritales y sexuales, estrategias de subsistencia, acciones colectivas femeninas y luchas nacionalistas, entre otros, a través de los trabajos de autoras como Christine Obbo, Marjorie Mbilinyi, Louise White, Claire Robertson. Se enfatizan la subordinación y opresión femeninas, aunque también se muestran la capacidad de acción de las mujeres y el activismo de base (véanse los trabajos de Claire Robertson y Christine Obbo). En África occidental las mujeres africanas de esta región son descritas con grandes dosis de poder y autonomía (relevantes en este sentido son los estudios de Bolanle Awe, Kamene Okonjo, Ama Ata Aidoo). Muchas de las críticas a las visiones occidentales sobre las mujeres y sociedades africanas provienen de esta región (de autoras como Ifi Amadiume, Oyèrònké Oyèwumí, Catherine Obianuju Acholou, Molaria Ogundipe-Leslie, Obioma Nnamaeka

y Ayesha Imam). Destaca asimismo el enfoque dado a los hogares y a las unidades domésticas (por ejemplo, los trabajos de Simi Afonja, Jane Guyer, Eleanor Fapohunda, Felicia Ekeijuba y Ann Whitehead) y a los mercados locales (como las investigaciones de Gracia Clark en el mercado de Kumasi).

Acción política, movimientos sociales y actrices relevantes

Muchos de los movimientos sociales africanos se verán reanimados por las Décadas Mundiales de Mujeres, como la celebrada en Nairobi (1985). De manera general, los movimientos sociales de mujeres se relacionan con proyectos de igualdad de género, como resultado de las experiencias africanas de descolonización, luchas anticoloniales, revoluciones y experiencias femeninas (y feministas) de tales procesos políticos (Ighorodje, 2010; Vieitez, 2013). Hay que resaltar los esfuerzos que han significado para las mujeres las luchas contra la corrupción, la violencia de género o la propiedad de la tierra, costándoles incluso la vida a algunas de ellas (Tripp *et alii*, 2012).

Otra característica de los movimientos sociales femeninos en África son las redes transnacionales que constituyen foros globales y movilizaciones internacionales que han ayudado a la globalización de estos movimientos transnacionales alrededor del mundo. Ejemplos son los movimientos 50/50 en países como Sudáfrica, Namibia, Sierra Leona, Uganda, Kenia, Tanzania, Malawi, Gambia y Senegal, que promueven que todas las decisiones en nombre de la sociedad deben ser en última instancia compartidas por igual entre hombres y mujeres (Zewde, 2010).

Es importante recordar la gran representación femenina parlamentaria de algunos países africanos, por ejemplo en Ruanda existe un 49% de mujeres en el Parlamento (2003); en Namibia, ha alcanzado recientemente el 42%, incluyendo gobiernos locales. Mujeres de gran prominencia han sido Ellen Johnson-Sirleaf, doctora por la Universidad de Harvard en Administración Pública y Política, presidenta de Liberia. Sus continuas denuncias de fraude electoral a Samuel Doe la llevaron a la prisión en 1985. En 2011 se le concedió el premio Nobel de la Paz. Joyce Banda es presidenta de Malawi desde el 7 de abril de 2012 hasta el 31 de mayo de 2014. Anteriormente había sido ministra de Género, Bienestar de la Infancia y Servicios Comunitarios hasta que fue nombrada mi-

nistra de Asuntos Exteriores en 2006. Es la fundadora de la Asociación Nacional de Mujeres de Negocios. Durante la elección presidencial de este año manifestó la falta de transparencia para estos comicios y pidió al Tribunal Electoral suspenderlos. Otra de las mujeres políticas importantes es Catherine Samba-Panza, que ocupa el cargo de presidenta de la República Centrafricana desde el 20 de enero de 2014, tras el golpe de Estado producido en 2013. Es la primera mujer que ocupa este cargo. Además de hacer frente a diversas rebeliones y sublevaciones, el principal objetivo de Samba-Panza ha sido la celebración de unas elecciones presidenciales a finales de 2014. Sylvie Kinigi ha sido presidenta interina (primera ministra) de Burundi, desde el 27 de octubre de 1993 al 5 de febrero de 1994. Se trató de un periodo muy crítico del país. El presidente electo, Melchior Ndadaye, hutu, y otros miembros del Gobierno fueron asesinados por tutsis. Como persona moderada del National Party for Unity and Progress (UPRONA), permitió poner fin a la crisis tras seis días de negociación, y asumió poderes presidenciales, convocó a los representantes internacionales y fue muy respetada por las fuerzas armadas de su país. Ello evitó una revuelta militar mayor. También está Celina Cossa, presidenta de la União Geral das Cooperativas (UGC), en Mozambique, que cuenta con un 95% de mujeres campesinas, más de 10.000 personas, y que creció de 6 a 224 cooperativas bajo su dirección. En 1980, mientras la mayoría de proyectos de desarrollo se dirigía a los hombres, Celina Cossa, organizó una red de seis cooperativas alrededor de Maputo. Comenzaron cultivando verduras y, más tarde, a través de la expansión y diversificación de empresas productivas, como las de carnes avícolas, empresas de crédito, seguros, industria y construcción, logró poner en el centro del desarrollo económico del país a las mujeres cooperativistas. Fue premiada con The African Prize for Leadership for the Sustainable End of Hunger (1998) por esta labor. Nana Rawlings fue presidenta del 31st December Women's Movement de Ghana, que estaba caracterizado por contar con un liderazgo de esposas y parientes de quienes ostentaban el poder, para asegurar la lealtad al partido y al Gobierno. Sin embargo, hay que reconocerle que consiguió visibilizar el papel de las mujeres en su país y las aportaciones políticas, económicas y sociales de estas. Entre sus objetivos estaba el siguiente:

Mi deseo es ver la emancipación de las mujeres en todos los ámbitos del desarrollo para capacitarlas y contribuir y beneficiar al progreso político y socioeconómico del país [...] El rol vital de las mujeres en la promoción de la paz en la familia, en el país y en el mundo debe ser ampliamente reconocido. Para hacer esto, debe *empoderarse* políticamente para equiparlas para los retos que implica asumir una mejora de la sociedad.

Una de las mujeres africanas muy involucradas en movimientos de protección del medio ambiente en la década de 1990 fue Wangari Mathai con la creación del Movimiento del cinturón verde en Kenia en 1997, a partir del que fue conocida como la *mujer árbol*. El objetivo del movimiento era la plantación de árboles para evitar la erosión y desertificación del suelo. En estas acciones contaba con mujeres, que son responsables generalmente de la búsqueda y recolección de leña, y de la agricultura de subsistencia en las zonas rurales africanas, y por tanto, por ser ellas las principales afectadas de tal erosión. Doctora en Medicina Veterinaria, Maathai fue miembro electo en el Parlamento y ministra de Medio Ambiente y Recursos Naturales dentro del Gobierno presidido por Mwai Kibaki. Fue la primera mujer africana en recibir un premio Nobel de la Paz, en 2004, por sus contribuciones al desarrollo sostenible, la democracia y la paz.

Todas ellas han sido mujeres relevantes e influyentes que han tenido crónicas conflictivas, dialécticas y paradójicas en su relación entre activismo, intelectualidad, liderazgo político, la educación... Esta ha sido una de las principales críticas que se han hecho sobre estas mujeres, su conversión de ser mujeres carismáticas y activistas de primera línea en cargos oficiales a «femócratas». Como explican Barbara Nelson y Najma Chowdhuri (1994), el término femócrata se refiere a las mujeres feministas que se han incorporado a posiciones políticas dentro de los Gobiernos. Diversas han sido las críticas que se han dirigido hacia las femócratas desde los movimientos sociales de mujeres de base y que plantean, por una parte, la conversión de sus formas de funcionar horizontales y colectivas para el empoderamiento femenino en otras jerarquizadas, burocratizadas y de eficiencia de los recursos; y por otra, la imposibilidad de cambiar un sistema político jerarquizado y patriarcal que modifique a su vez las estructuras de desigualdad que perpetúan la marginación de las mujeres. Todo esto implica preguntarse: ¿hasta qué punto beneficia la ocupación de puestos políticos a las mujeres?

Luchas de liberación en el continente y la Década de las Mujeres Africanas (2010-2020)

La Década de las Mujeres Africanas supone la materialización de acciones y estrategias que ya estaban en marcha desde los procesos anticoloniales. Fue a propuesta de la Unión Africana para el reconocimiento de las necesidades, acciones y logros de las mujeres del continente. En este contexto, se firma el Protocolo de la Carta Africana de Derechos Humanos y de los Pueblos sobre los Derechos de la Mujer en África (2005); también la Solemne Declaración de la UA sobre la Igualdad de Género en África, donde se declara la igualdad de género como principio rector de Unión Africana (Ighorodje, 2011). Los temas que se incluirán específicamente son: 1) combatir la pobreza e incrementar el acceso de las mujeres al poder económico, así como su espíritu empresarial; 2) agricultura y seguridad alimentaria; 3) salud, VIH/SIDA y mortandad materna; 4) educación, ciencia y tecnología; 5) medio ambiente y desarrollo sostenible; 6) paz y seguridad; 7) gobierno y protección jurídica; 8) finanzas y presupuestos de género; 9) mujeres en posiciones de toma de decisión; y 10) movimientos africanos de mujeres, con especial atención a las mujeres jóvenes. Se relaciona con la relevante crítica a los Objetivos del Milenio (ODM) para 2015, en particular el ODM3 sobre igualdad de género y acceso al poder de la mujer. Las mujeres africanas ya cuentan con una enorme representatividad política, teniendo por ejemplo, como se dijo, una presidenta en Liberia y el mayor índice de representación política femenina del mundo en Ruanda. A nivel de comisariado dentro de la Unión Africana también hay paridad y cuenta con 5 comisarias del total de 10 y 7 directoras de Comisión de la UA de los 15 puestos de dirección.

Por tanto, como ya se expresó, hablar del movimiento feminista africano es hablar de redes y alianzas estratégicas por todo el continente y en diversos niveles locales, nacionales, regionales, transnacionales, continental e internacional (Manzanera y Lizárraga, 2015). Un ejemplo de estas redes son las Organizaciones de Sociedad Civil y Coalición de la Solidaridad de Derechos de la Mujer Africana (SODMA), que pretenden fomentar la participación de base a todos los niveles; presionar a los dirigentes africanos para comprometerse con derechos humanos de las mujeres a través de la creación de instituciones, legislación y diseño de

leyes y políticas de género; documentación y publicación de buenas prácticas y estrategias exitosas (repositorio de estrategias); y la evaluación de actuaciones cada dos años (Vieitez y Ochoa, 2009; Ighorodje, 2011). A un nivel más específico encontramos redes como WILDAF (Women in Law and Development in Africa). Consiste una red panafricana de África Occidental que integra distintas organizaciones no gubernamentales. Establecida en Harare, Zimbabue, su misión es promover y fortalecer las estrategias que vinculan el derecho al desarrollo para mejorar la participación y la influencia de las mujeres en todos los niveles, y para el surgimiento de una cultura y el ejercicio de los derechos de las mujeres en África. Está representada oficialmente en nueve países, entre ellos, Benín, Burkina Faso, Costa de Marfil, Ghana, Guinea Conakri, Malí, Nigeria, Senegal y Togo. Cuenta con una larga experiencia en la formación, el cabildeo y la promoción de la eficacia de los derechos de la mujer en África. Algunas acciones estratégicas incluyen el aumento de las capacidades para aumentar la conciencia de los derechos de las mujeres y en favor de los agentes judiciales y extrajudiciales que participan en la aplicación efectiva de los derechos humanos de las mujeres; la gobernanza y la participación de las mujeres, una acción que llevó a la creación en siete países receptores de coaliciones a nivel central y descentralizadas dedicadas a identificar y trabajar en las necesidades prioritarias de las mujeres en sus países. Uno de los temas prioritarios en los que la red estuvo muy involucrada es en El Protocolo a la Carta Africana de Derechos Humanos y de los Derechos de la Mujer. WiLDAF es un miembro activo de la campaña «Ratificar y Respeto», una campaña para la ratificación de los instrumentos regionales e internacionales, como el Protocolo Africano sobre los Derechos de la Mujer y la Convención sobre la Eliminación de todas las Formas de Discriminación Contra la Mujer (CEDAW). La red mantiene una presencia institucional y contribuye a las reuniones de las principales instituciones subregionales (CEDEAO), regionales (Unión Africana) e internacionales (Comisión de las Naciones Unidas sobre la Condición de la Mujer).

Si bien el papel de los movimientos de mujeres ha sido y sigue siendo muy relevante en las reconstrucciones postconflicto y en los procesos de resolución de la paz, y a pesar de que en el año 2010 se declaró el Año de la Paz en África, hay que señalar el escaso avance en cuanto al impacto

y reducción de los conflictos en el continente. Aún siguen siendo muy numerosos los desplazamientos por conflictos, los asesinatos y el uso de violaciones como arma de guerra, etc.

Diversidad de los movimientos sociales de mujeres africanas: dos estudios de caso desde Eritrea y Sudán

Eritrea fue colonia italiana desde 1890, y junto con Etiopía y Somalia era conocida como el este africano italiano (1936). Más tarde pasó a ser mandato británico en 1941, federada con Etiopía desde 1952 a 1962, que fue declarada provincia. A través del Eritrean People's Liberation Front (EPLF) (1961-1991) se declara una ciudad autónoma hasta que en 1993 logra la independencia.

Victoria Bernal, antropóloga cultural y profesora de la University of California en Irvine, estudió en profundidad el caso de Eritrea. En su artículo «From Warriors to Wives: Contradictions of Liberation and Development in Eritrea» (Guerreras /Esposas: Liberación y Desarrollo en Eritrea) plantea la cuestión/problema de las mujeres durante la creación del Estado-nación. Bernal describe el movimiento revolucionario Eritrean People's Liberation Front (EPLF) como un movimiento nacionalista «generizado» de base exitoso. Si bien, demuestra cómo la liberación nacional ligada a la emancipación de las mujeres fue un proyecto político que traicionó en detrimento del desarrollo de la «nación» y de la configuración del propio «Estado» (doméstico frente a público; algo que la revolución pareció borrar) el proyecto de igualdad que estaba ligado a la construcción nacional y el surgimiento de la democracia. Una de las figuras más importantes fue Aster Fissehatsion, política de Eritrea. Se unió al Frente de Liberación de Eritrea Popular (EPLF) en 1974 y se convirtió en una figura destacada en la lucha por la independencia de Eritrea. Después de la independencia, ocupó cargos como miembro del Consejo Central del Frente Popular para la Democracia y la Justicia, miembro de la Asamblea Nacional, directora del Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales, y jefa de Personal en la Zona Anseba. En 1996, Fissehatsion fue despedida por criticar al Gobierno cada vez más autoritario, pero se restableció en 1999. Fue detenida en septiembre de 2001 por ser parte de un grupo crítico con el Gobierno. En la actualidad la represen-

tación política femenina de entre los 150 asientos del Parlamento es de 33 mujeres, según Inter-Parliamentary Union (<http://www.ipu.org>).

La antropóloga Sondra Hale de UCLA estudió los movimientos de base en Sudán a partir de organizaciones como Sudanese Women's Union (WU) bajo Sudanese Communist Party (SCP) e Islamist Women's Movement (asociado con el National Islamic Front, ahora dividido en dos grupos).

Sudán cuenta con una de las poblaciones más diversas cultural y lingüísticamente del mundo, y en el país conviven africanos indígenas con lengua nilo-sahariana y descendientes de emigrantes de la península arábiga (OCAH, 2006). Debido a un proceso de arabización, común al resto del mundo árabe, hoy en día la cultura árabe es predominante, y la mayoría de la población profesa el islam. La etnia ha menudo ha desempeñado un papel crucial como eje de identidad de los diferentes grupos y su movilización. Esto se ha complicado por la imposición de las distinciones de clase entre y dentro de las diversas comunidades étnicas (El-Batthani *et alii*, 1998: 14). En el norte se encuentran árabes/nubio-africanos y musulmanes, y en el sur, africanos negros parcialmente cristianos y musulmanes. La representación política femenina en 2010 era 152 mujeres de 547 asientos. En el Senado, de 135 asientos, 22 mujeres (Inter-Parliamentary Union, <<http://www.ipu.org>>).

En el país existen índices elevados de médicas, abogadas, profesionales liberales de todo tipo, y un activismo femenino fuerte con organizaciones muy diversas. Mujeres destacadas en la política, tales como las rivales Nada Mustafa Ali, de la Sudan Women's Alliance (SWA), y Fátima Ahmed Ibrahim, de la Sudanese Women's Union (WU). Muchas de estas organizaciones tienen que ver con las culturas locales relacionadas con el activismo femenino y la capacidad de acción, donde se combinan intereses prácticos y estratégicos de género. Se pueden identificar tres tipos de movimientos o asociaciones que difieren en su orientación política e inspiración. Por ejemplo, el WU, Sudan People's Liberation Movement (SPLM), Sudan Alliance Forces (SAF) y Sudanese Women's Rights Organization (antes parte de WU), está relacionado con la izquierda secular. Y, por su parte, el Umma Party (brazos femeninos del partido), el Democratic Unionist Party (DUP), musulmanas del National Islamic Front (NIF) y grupos cristianos dispersos que aglutinan a na-

cionalistas y religiosos. También existen las activistas de base, incluyendo ONG u ONGD que trabajan dentro de Sudán y en el exilio.

Los movimientos de mujeres han sido muy distintivos y han tenido importantes debates sobre la emancipación/liberación de las mujeres. Sin embargo, debido a la amplia heterogeneidad de los grupos femeninos más allá de los seculares nacionalistas frente a grupos religiosos islámicos, ha sido difícil formar coaliciones y estrategias comunes. Fátima Ahmed Ibrahim (nacida en 1933), Sudanese Women's Union (WU), fue la primera mujer parlamentaria electa (1965) y una de las fundadoras del periódico *Sawt el-Mara (The Woman's Voice)*, y fue premiada con el United Nations Human Rights Award (1993).

Feminismos africanos y/o propuestas feministas procedentes de África

En este apartado se describen de manera breve cinco paradigmas feministas africanos a partir de diversas autoras, desde las críticas a las visiones occidentales sobre las mujeres, las relaciones de género y el feminismo africano, inspiradas en los trabajos previos de Soledad Vieitez (2005, 2008, 2011, 2012), quien trajo y visibilizó por primera vez en España y en los estudios africanistas españoles a autoras, paradigmas y trabajos tan desconocidos en nuestro contexto. El primero, de Ifi Amadiume, que propone el paradigma de la maternidad; el segundo, la propuesta de Oyèrónké Oyèwùmi, crítica con los planteamientos dicotómicos occidentales; el tercero, de Catherine Obianuju Acholonou y Obioma Nnaemeka, que plantean la afrocentricidad y madrismo; el cuarto, el de Gwendolyn Mikell, que propone el feminismo de «bread, butter and power issues»; por último, Bibi Bakare-Yusuf expone diversas críticas sobre el énfasis en la maternidad como forma de empoderamiento femenino.

Las feministas africanas mantienen que es importante tener en cuenta las particularidades de las realidades sociales y económicas africanas, los sistemas rurales domésticos, linajes, sectores familiares de cultivo en relación con roles (re)productivos y relaciones de género..., para describir unos sistemas de género africanos distintivos caracterizados por la separación de gastos y esferas masculinas/femeninas de poder. Estas particularidades mantienen dificultades para documentar y explicar los datos, y mucho más para definir la propia subordinación femenina y/o

las propuestas para eliminar la desigualdad en los contextos africanos, donde la máxima clásica de que las mujeres se liberarán conquistando los espacios públicos no funciona, o al menos, no de la forma habitualmente propuesta en los contextos más occidentales (Vieitez, 2012).

La maternidad ocupa un lugar especial en las sociedades y las culturas africanas. Ya sean patrilineales o matrilineales, las madres constituyen piedras angulares de las relaciones sociales, así como de las identidades. Las madres simbolizan los lazos familiares, el amor y la lealtad incondicional. Se trata de valores que van más allá de la propia familia, por lo que la maternidad trasciende lo doméstico hasta lo público político-social.

En este sentido, Ifi Amadiume (1997) lo denomina «paradigma de la maternidad», centrándose en la unidad matricéntrica —cuyo foco lo constituyen las propias mujeres— frente a otras concepciones masculinas, tales como el concepto de casa/hogar u origen ancestral, más exclusivamente centrado en los varones. Amadiume alude a la importancia social de la maternidad, más allá del propio hecho físico de la reproducción biológica, sin restarle la importancia que esta última tiene también. La ideología *umunne* o espíritu de la maternidad compartida o común es el foco de la estructura matricéntrica del matriarcado en la sociedad nnobi que tiene claras implicaciones políticas. Quienes comen del mismo puchero son hijos de la misma madre y están bajo los auspicios de la diosa Idemili, esto es, representan a la diosa en cuanto que matriarcas, las mujeres con título oficial Ekwe, lideresas de los mercados y miembros del Consejo de Mujeres, una organización política formal para todas las mujeres nnobi, de la cual están excluidos los varones (Amadiume, 1997: 18). Es necesario que los significados de «género» o «sexo» sean definidos en los contextos africanos e históricamente, donde, como plantea la autora, las variables de género (hijas «varones» y mujeres «maridas») son categorías cambiables a lo largo de la vida.

Oyèrónké Oyèwùmi (2010), en el texto «Conceptualizando el género: los fundamentos eurocéntricos de los planteamientos feministas y el reto de la epistemología africana», plantea la invisibilidad de la maternidad y todos los aspectos relativos a la «generación y perpetuación» de la vida en Occidente (como señalan africanas, latinoamericanas, chicanas y afroamericanas: demandas feministas familiares, más que propiamente individuales o personales), en contraposición al alto valor de la materni-

dad en África (en el pasado y en el presente). Sin embargo, las influencias patriarcales y religiosas (la cristiana, más reciente, y el islam desde el siglo XI en adelante) han influido y/o modificado percepciones, valores y tradiciones en este sentido, y la maternidad viene a reducirse a un rol de género, aduciéndose que ser madre imprime opresión y subordinación. Los procesos reproductivos que no tienen equivalente masculino se eliminan del discurso como molestos y se desprecia el poder cuasi divino de la maternidad, desdeñándose esa autoridad sobre hijas e hijos, autoridad social, moral, política, económica...

En el sistema tradicional ogboni —parte de la jerarquía gubernamental de algunas entidades políticas yoruba— denominaba a sus miembros *omoya* (en cuanto que hijos de su madre), lo que atendía a los lazos con su madre y/o a la maternidad en cuanto que institución (*abiyamo*). Las madres son esenciales en las relaciones sociales, las identidades y las sociedades africanas (simbolizan lazos familiares, amor incondicional y lealtad), y la maternidad, como institución prenatal, presocial, postnatal, se mantiene de por vida. No se acompaña de un rol semejante masculino, no pueden competir con las mujeres a ese nivel, y por consiguiente, trasciende el género. La maternidad precede a todo y no puede subordinarse a ninguna condición o institución social (Oyèrónkè Oyewùmí, 2003).

Las personas elegimos la madre antes de nacer y la muerte por parto es la mayor tragedia posible para una persona. Constituye una tarea vitalicia (siempre necesaria, aunque especialmente en los primeros momentos del nacimiento y de la creación, produce familias, organiza matrimonios, permite la continuidad social), y no hay brujo, curandero, chamán, médico tradicional o espiritista que pueda eliminar las maldiciones maternas. No existe antídoto alguno. Las madres ocupan un lugar privilegiado a caballo entre varios mundos extremadamente importantes, a saber: el mundo de los vivos, el mundo de los muertos y el mundo de los no natos. En el momento del embarazo, las mujeres están entre el mundo de los vivos y los no natos. No hay buena madre o mala madre dependiendo del cuidado o atención que se preste a los hijos, como se sugiere en Occidente. «Una madre es una madre», reza un proverbio yoruba.

Catherine Acholonou propone el término *motherism* (madrismo), en su libro *Motherism. The Afrocentric Alternative to Feminism* (1995),

como alternativa para ver ese conjunto de relaciones en las que se inscriben las experiencias femeninas y el control (poder). Se trata de un contraconcepto del feminismo, pues no acepta las jerarquías de género, sino que aboga por la complementariedad en África y mantiene que la idea de la subordinación ha sido importada. Defiende que la maternidad es el eje central y esencial en la feminidad o feminismo africano.

Obioma Nnaemeka, profesora de la Indiana University y presidenta de la Asociación de Mujeres Académicas Africanas, critica duramente el rechazo de la maternidad por parte del feminismo occidental (especialmente el radical). Cree en la capacidad de negociación y compromiso (no tanto en la confrontación o «lucha») con los hombres para eliminar las desigualdades y conseguir el cambio social. Describe grandes discrepancias entre feminismo occidental y africano en cuanto a prioridades, orientaciones (excesivo énfasis en la sexualidad del primero, que impide analizar otras cuestiones), concepciones (tendencia a universalizar nociones occidentales), etc.

Gwendlyn Mikell (1997) propone el feminismo de «bread, butter, and power issues», marcadamente heterosexual y pronatal. Plantea un abordaje feminista de los espacios domésticos y públicos con marcado acento africano.

Algunas feministas africanas, como Bibi Bakare-Yusuf (2003), han criticado este excesivo énfasis en la maternidad como forma de empoderamiento femenino, especialmente si no consigue abordar las elecciones reproductivas en relación con otras cuestiones relevantes sobre el poder. Esta incide en los peligros de «venerar la maternidad sin profundizar más sobre la paternidad africana», ya que la construcción patriarcal de la maternidad tiende a conceder mayor valor a la paternidad.

Una nueva muestra de cómo el itinerario feminista africano desde los movimientos anticoloniales y antiimperialistas hasta la actualidad cuenta con una gran variedad de enfoques y diversidad de posicionamientos femeninos y feministas. Desde nuestro punto de vista, cualquier avance pasaría por una reconsideración de la economía de mercado, especialmente, en lo que concierne a la separación de las esferas y la devaluación de los valores y los procesos de creación de la vida. La incorporación de las diferencias culturales, pues la cultura no es obstáculo, que nos lleva a aspirar a la diversidad de identidades, experiencias, etc.

Es necesaria una reconceptualización del concepto «género» para incluir más experiencias y trayectorias que las propiamente occidentales «hegemónicas» o más generalizadas.

Conclusiones

África es un continente femenino. Mujeres africanas y género ha sido un ámbito muy fructífero de la investigación africanista inter y multidisciplinar. Sin embargo, la incorporación de puntos de vista más propiamente africanos ha quedado fuera de las corrientes principales (*mainstream*) de estos, por ser africanas y por situarse en el ámbito del género, a pesar de que proponen desbancar visiones eurocéntricas u occidentalocéntricas. Muchos de los movimientos sociales africanos, críticos con estas visiones, se verán reavivados por las Décadas Mundiales de Mujeres, y la diversidad de estos es enorme, como se ha mostrado con los casos de Eritrea y Sudán, y como también lo son los diversos itinerarios de posicionamientos femeninos y feministas africanos desde los movimientos anticoloniales y antiimperialistas hasta la actualidad. Tener en cuenta esta diversidad en cuanto a posicionamientos y realidades en el continente implica reconsiderar la economía de mercado que desvaloriza los procesos de creación de la vida e incorporar las diferencias culturales para enriquecernos de su diversidad.

Bibliografía

- ACHOLONU, C. O. (1995). *Motherism: The Afrocentric Alternative to Feminism*. Owerri: AFA Publications.
- AMADIUME, I. (1987). *Male Daughters, Female Husbands: Gender and Sex in an African Society*. London: Zed Books.
- AMADIUME, I. (1997). *Re-Inventing Africa: Matriarchy, Religion and Culture*. London and New York: Zed Books.
- BAKARE-YUSUF, B. (2003). «Yorubas don't do Gender': A Critical Review of Oyeronke Oyewumi's *The Invention of Women: Making an African Sense of Western Gender Discourses*». *African Identities*, 1(1): 121-142.
- BALLARD, R.; HABIB, A. y VALODIA, I. (eds.) (2006). *Voices of Protest: Social Movements in Post-Apartheid South Africa*. Pietermaritzburg: UKZN Press.
- BERGER, I. B. (2003). «African Women's History: Themes and Perspectives». *Journal of Colonialism and Colonial History*, 4(1).
- BERGER, I. B. (2014). «African Women's Movements in the Twentieth Century: A Hidden History». *African Studies Review*, 57: 1-19.
- BERNAL, V. (2001). «From Warriors to Wives: Contradictions of Liberation and Development in Eritrea». *Northeast African Studies*, 8(3): 129-54.
- CHAMBERS, R. (2014). *Into the Unknown: Explorations in Development Practice*. Rugby: Practical Action Publishing.
- EL-BATTHANI, A.; KARIB, A. y SAID, I. (1998). *Study of urban problems*. Sudan: Faculty of Economic and Political Science, University of Khartoum.
- FERGUSON, J. (1990). *The Anti-politics Machine: «development», depoliticization, and bureaucratic power in Lesotho*. Cambridge: Cambridge University Press.
- HALE, S. (1996). «“The new muslim woman”: Sudan's national islamic front and the invention of identity». *The Muslim World*, 86: 176-199.

- HALE, S. (2001). «Alienation and Belonging - Women's Citizenship and Emancipation: Visions for Sudan's Post-Islamist Future». *New Political Science*, vol. 23(1): 25-43.
- IGHORODJE, M. (2011). «La década de la mujer africana: oportunidades estratégicas». *Revista Pueblos*. En <<http://www.revistapueblos.org/old/spip.php?article2135>> (consultado el 3 de junio de 2015).
- JOLLY, S. (2004). «Gender myths». *Gender and development in brief*. Número especial, septiembre. En <http://www.bridge.ids.ac.uk/sites/bridge.ids.ac.uk/files/Docs/In%20Brief_Myths.pdf> (consultado el 15 de abril de 2015).
- KABEER, N. (2003). *Gender Equality, Poverty Eradication and the Millenium Development Goals: Promoting Womens Capabilities and Participation*. UNESCAP.
- KESALL, T. y MERCER, C. (2004). «Empowering People? World Vision and Transformatory Development in Tanzania». *Review of African Political Economy*, 96: 293-304.
- MANZANERA, R. (2009). «Mbinu wazitumiazo kina mama kujipatia mali: Género, economía y desarrollo en Tanzania, 1947-2007». Tesis doctoral. Granada: Universidad de Granada.
- MANZANERA, R. y LIZÁRRAGA, C. (2015). «Women's social movements and social development: Opportunities for social work in Tanzania». *International Social Work*, 1-15.
- MARÍN, I.; RODRÍGUEZ, J. y VIEITEZ, S. (2012). *Percepciones del desarrollo, dentro y fuera de África*. Granada: AFRICAInEs: Investigación y Estudios Aplicados al Desarrollo.
- MIKELL, G. (1997). *African Feminism. The Politics of Survival in Sub-Saharan Africa*. Pennsylvania: University of Pennsylvania Press.
- NELSON, B. y CHOWDHURI, N. (1994). *Women and Politics Worldwide*. New Haven: Yale University Press.
- NNAEMEKA, O. (2003). «Nego-Feminism: Theorizing, Practicing, and Pruning Africa's Way». *Signs: Journal of Women in Culture and Society*, 29(2): 357-385.
- OYÈWÙMI, O. (2010). «Conceptualizando el género: los fundamentos eurocéntricos de los planteamientos feministas y el reto de la epis-

temología africana». *Africaneando. Revista de actualidad y experiencias*, 4.

PORTER, F. y SWEETMAN, C. (2005). «Editorial». *Mainstreaming. Gender and Development. A critical Review*. Oxford: Oxfam.

SWEETMAN, C. (1995). «Editorial». *Gender and Development*, 3(1): 1-6.

TRIPP, A.; CASIMIRO, I.; KWESIGA, J. y MUNGWA, A. (2009). *African Women's Movements: Transforming Political Landscapes*. New York: Cambridge University Press.

VIEITEZ, S. (2005). «Antropología y género: Miradas desde África». *Crítica*, 923: 32-35.

VIEITEZ, S. (2008). «Mujeres, género y feminismo desde África». *África América Latina, cuadernos: Revista de análisis sur-norte para una cooperación solidaria*, 44:41-48.

VIEITEZ, S. y OCHOA, D. (2009). *Diagnóstico de género en África subsahariana*. Granada: Periferia, Consultoría Social y AFRICAInEs: Investigación y Estudios Aplicados al Desarrollo (SEJ-491).

VIEITEZ, S. (2011). «Sociedades y culturas africanas en clave de mujeres y en perspectiva de género». En MAGALLÓN, C. *África subsahariana, continente ignorado*. Colección Actas, 79. Serie Estudios para la Paz, 25. Zaragoza: Gobierno de Aragón Departamento de Educación, Cultura y Deporte, 358-380.

VIEITEZ, S. (2012). «Géneros, feminismos y culturas africanas: repensando los estudios africanos desde la universidad». En MORENO-MAESTRO, S. y SUÁREZ, B. *Repensando África: perspectivas desde un enfoque multidisciplinar*. Sevilla: Fundación Habitafrica, 19-56.

VIEITEZ, S. (2013). «Movimientos africanos de mujeres y desarrollo». En SANTAMARÍA, A. y GARCÍA, J. *Regreso al futuro: Cultura y desarrollo en África*. Madrid: Los libros de la Catarata, 179-197.

Datos de los autores

ROSER MANZANERA RUIZ es profesora en el Departamento de Sociología de la Universidad de Granada e investigadora del Instituto Universitario de Estudios de las Mujeres y de Género. Forma parte del grupo de investigación Análisis de la Vida Social y es colaboradora asidua del grupo AFRICAInEs: Investigación y Estudios Aplicados al Desarrollo. Ha realizado diversas investigaciones de campo en el continente sobre género y desarrollo para organizaciones gubernamentales y no gubernamentales de desarrollo y cuenta con diversas investigaciones sobre dichas temáticas.

SOLEDAD VIEITEZ CERDEÑO es profesora titular del Departamento de Antropología de la Universidad de Granada e investigadora del Instituto Universitario de Estudios de las Mujeres y de Género. Obtuvo Master (1989). Es la investigadora principal del grupo andaluz AFRICAInEs: Investigación y Estudios Aplicados al Desarrollo (SEJ-491). Cuenta con numerosas investigaciones y publicaciones sobre género, cultura y desarrollo en el continente. Es consultora experta de Periferia (Granada), ejerce de subdirectora de Estudios en ella.

África desde el país de las maravillas: la imagen del «otro» continente

Lola López

Centro de Estudios Africanos e Interculturales

Resumen

Europa tiene el mal hábito de interpretar África desde una actitud prepotente, y nada madura. Definimos África a través de una serie repetitiva de estereotipos extremadamente alejados de la realidad. Una y otra vez nos equivocamos cuando construimos nuestra imagen de África sin observar, ni analizar, ni valorar. Construimos todo un continente a través de un efecto espejo, a través de nuestra propia imagen, como una triste caricatura que tiene mucho que ver con nuestro dicho «lo que piensa Pedro de Juan dice más de Pedro que de Juan», o como decía Anaïs Nin: «No vemos las cosas tal como son, las vemos tal como somos». Pero cabe preguntarse qué parte de nosotros mismos activamos cuando definimos los estereotipos con que formamos nuestro modelo de África. Los occidentales creemos que ya tenemos la mayor parte de los conflictos personales y sociales resueltos, y cometemos así el gran error de la ignorancia ciega. El precio que pagamos es muy alto: desaprovechamos un inmenso capital cognitivo y de conocimiento que solo podríamos adquirir desde una relación entre iguales que no somos capaces de modelar.

Entender de manera muy práctica el funcionamiento y la lógica de cualquier cultura, en su sentido más amplio, nos hace comprender por qué la noción de cultura es tan importante para las personas como con-

texto desde el cual extraemos los elementos que nos ayudarán a explicar la realidad, a interpretar nuestra propia existencia y lo que nos rodea o lo que creemos que nos rodea pero no conocemos.

El conocimiento de otros modelos culturales nos permitirá no solo comprender mejor otras realidades, como por ejemplo la africana, sino también aprender de ellas y quizá importar elementos de esos modelos para un mejor funcionamiento de nuestras avanzadas sociedades occidentales, que, actualmente, sufren una importante crisis generalizada.

Palabras clave

África, Occidente, cultura, estereotipos, etnocentrismo, universalismo.

La ruidosa presunción del progreso —que tanto ha refinado las maneras
y tan poco ha alterado a los hombres— [...].

Wilkie Collins

Hace casi treinta años, en compañía de algunos compañeros de estudios de Antropología, viajé a África Occidental. Iba dispuesta a encontrar «miseria y negriños», tal y como me había anunciado mi familia. Estos estereotipos me resultaron muy útiles: cuatro semanas más tarde volvía a Barcelona con la sensación de que no había entendido nada, pero con la seguridad de que los conceptos de «miseria» y «negriños» no eran aplicables a las sociedades del continente africano que había visitado. Desde entonces he estudiado África negra como investigadora asociada al Centre d'Estudis Africans de Barcelona y he participado en diversos estudios sobre la cooperación catalana en África. A través de estos estudios me he convencido de que son las imágenes estereotipadas las culpables de distorsionar la realidad africana. Y lo que es peor, de que estos discursos falseados sobre los africanos y sobre esa *África en el país de las maravillas* se conviertan en una pieza esencial para legitimar la intervención occidental en sus países.

Pero para entender el porqué de la construcción de esa otra África, de ese espejismo tan extendido en el mundo occidental, tenemos que retroceder al principio, empezar por un análisis del funcionamiento y la lógica de cualquier cultura.

El uso de estereotipos no es exclusivo de Occidente; existe en todas las sociedades. El problema en este caso es que esta imagen distorsionada del sur, y de África en particular, se utiliza para consolidar el poder occidental sobre el continente africano. Incluso los habitantes del sur muchas veces se ven en los medios de comunicación a través de los ojos del norte, lo que ayuda a consolidar la dominación neocolonial (Fueyo, 2002: 12).

1. Para África, por África pero sin África

Nuestros medios de comunicación no hacen más que reproducir hasta lo grotesco los estereotipos previamente contruidos sobre el continente africano, en la construcción de los cuales han tenido un papel importante motivos económicos, políticos e ideológicos. Es complejo analizar cómo y por qué se ha creado y transmitido esa idea de África, pero sí me gustaría apuntar que la construcción de esa imagen empezó hace siglos para legitimar la trata de esclavos. La trata convirtió a África en un lugar salvaje y peligroso, tanto para las poblaciones africanas como para el imaginario europeo.

¿Todos los seres humanos tienen alma? ¿Los negros tienen alma? ¿Los negros son seres humanos? Todas estas preguntas pueden parecer hoy en día el fruto de un imaginario racista, pero la verdad es que todavía no se han superado del todo. En su momento, se contestó con un sí más o menos rotundo a las tres preguntas, pero también se les añadió un matiz envenenado: estaba claro que los africanos sí eran humanos, pero lo que también estaba más que claro era que no lo eran igual que nosotros.

Como veremos a través de este artículo, se consideraba que los africanos se encontraban en la infancia de la humanidad y necesitaban ser tutelados a partir de la colonización y, posteriormente, de todas las diversas formas de neocolonización, sean estas humanistas, desarrollistas o de cualquier otro cuño. Así, desde la época de Livingstone hasta la actualidad, se considera a los africanos como seres humanos infantiles o como adolescentes incontrolables cuando se enfurecen y no controlan sus instintos. Siempre sumidos en un primitivismo ancestral, que justifica la sagrada misión civilizadora (ahora desarrollista) de Occidente, y que nunca llegan a ser considerados realmente adultos por nosotros.

Todos estos estereotipos pueden encontrarse cuando rascamos un poco sobre el papel de regalo de todas las iniciativas occidentales que se

diseñan para África, por África pero siempre sin África. El continente *agujero negro* sobre el que se vuelcan miradas, estereotipos, diagnósticos y recetas siempre ajenas a sus intereses a pesar de que, eso sí, la mayoría de ellas están pensadas con muy *buenavoluntad*. Y es que seguimos creyendonos «la carga del hombre blanco» de la que hablaba Rudyard Kipling. Seguimos creyendo que tenemos la «tarea histórica» de cristianizar, civilizar o desarrollar (dependiendo de la época) a África y a los africanos.

Todos estos estereotipos y prejuicios los encontramos en la precariedad de las noticias que nos llegan del continente, en su falta de análisis del contexto, en la indignidad de sus imágenes. Esas imágenes poco respetuosas de los africanos que provocan en el espectador unos sentimientos primarios que mantienen y engrandecen la imagen estereotipada que tenemos sobre los africanos. En cuanto a las pautas narrativas de los medios de comunicación (y no solo de ellos) sobre los conflictos en África, encontramos, según Carlos Sendín, escasez y precariedad de las noticias, un enorme dramatismo y descontextualización de las imágenes, una excesiva simplificación de los análisis, una ausencia de contextualización política y social del conflicto y la reproducción continua de estereotipos tremendistas y alarmistas sobre las personas africanas. Este discurso es perfecto para ofrecer un *encuadre humanitario* que justifique la ayuda de los buenos samaritanos, pero no la implicación de la comunidad internacional en la búsqueda de una solución política real del conflicto.

Pero no podemos detenernos en los medios de comunicación como únicos propagadores de estereotipos. Los encontramos también en las acciones de intervención humanitaria militarizada, en los intereses y la participación de la población africana en algunas de estas acciones, en la legitimación del control fronterizo español por «nuestra propia seguridad», en los elefantes blancos reencarnados en proyectos de ONGD.

Como también explica Carlos Sendín:

Lo singular en nuestro caso consiste en que el argumento civilizatorio desplegado por Europa durante la colonización del continente se sigue aplicando en nuestros días, si bien transformado, pero con el resultado de colocar a poblaciones enteras en una situación de inferioridad respecto de los países que forman parte del núcleo duro de la globalización.

Ese enfoque, ese argumento, es la perfecta excusa para intervenir en la salvación/civilización/desarrollo del «pobre» continente africano.

Una muestra más de que nos relacionamos con los demás a través de unas ideas estereotipadas que se crean y manipulan a lo largo de la historia a través de múltiples estructuras. ¿Cómo puede ser tan fácil caer en la trampa? Quizá hay algo en nosotros mismos que nos facilita caer en ella. Cuando nos relacionamos con personas de otros universos culturales y sociales normalmente hay algo que no tenemos en cuenta: el funcionamiento de su contexto cultural, de su cultura, de cada cultura, que nos ofrece las herramientas necesarias para dar significado a lo que somos, a lo que nos rodea y a lo que creemos que nos rodea.

2. Explicando la cultura de las raíces a las ramas

De las seis definiciones de cultura utilizadas a comienzos del siglo xx, se pasó entre 1920 y 1950 a unas 150, y hoy en día podemos reconocer más de 500, amplitud generada quizá por las insuficiencias o parcialidades de todas ellas.

Ahora bien, sin ánimo de ser exhaustivos, podemos decir que los antropólogos, en general, al definir cultura se han referido a los valores, reglas y maneras de ver el mundo que son aprendidos desde la herencia social, que orientan la conducta individual y grupal y que se reflejan en todas las manifestaciones (culturales) de una comunidad concreta desde un contexto y tiempo determinados. De forma más sencilla y en relación con el tema que nos ocupa, podemos entender la cultura como las herramientas generadas por un grupo humano para entender la realidad que lo rodea.

Para conocer mejor a qué estamos haciendo referencia escogeremos como hilo conductor la analogía de Kalpana Das, directora del Instituto Intercultural de Montreal, que distingue los diferentes niveles de cultura haciendo un paralelismo con un árbol.

Para Kalpana Das, la cultura es algo vivo y cambiante, pero reconocible a lo largo del tiempo.

En un primer nivel nos encontramos con las creencias y los valores, es decir, con las raíces del árbol. Nos referimos al mundo ideacional tanto consciente como inconsciente, y sobre el que se construyen las diferentes culturas. Es la base desde la que nos es posible concebir la realidad y ubi-

carnos en ella. Este conjunto de valores, creencias y símbolos en general son unas raíces invisibles para nosotros pero que inferimos a partir de otras manifestaciones. Son la parte más importante, ya que sin ellas el árbol, la cultura, muere. Las raíces son la parte que da sentido a todas las demás, a pesar de que no sepamos qué forma tienen, ni cómo son, a pesar de que sean superficialmente invisibles.

Este primer nivel es el nivel mítico. Como indica muy bien Raimon Panikkar, mito es todo aquello que creemos sin creer que lo creemos. Es decir, todo aquello que nos parece «la realidad incuestionable», lo que utilizamos a cada momento habiéndolo interiorizado, sin pasarlo por el filtro de la razón, todo aquello para lo que no contamos con argumentos que lo expliquen porque lo hemos incorporado como natural, incuestionable, universal. Estos mitos son las herramientas con las que construimos nuestra cosmovisión del mundo, las que estructuran nuestra vida cotidiana, las que estructuran nuestro pensamiento. Nuestros mitos no son las gafas con las que observamos el mundo, los mitos son nuestros ojos.

Las raíces son todo aquello que asumimos como dado por descontado, natural, lógico, universal, y por lo tanto, inconsciente y difícil de poner en duda o de entender que otras formas de ser o hacer no es que sean erróneas, sino simplemente distintas. Todo este bagaje se transmite desde el propio nacimiento y se va construyendo a lo largo de la vida.

Un ejemplo sencillo y claro de este primer nivel lo podemos encontrar en la noción de tiempo y espacio. La cultura occidental tiene una noción del tiempo como lineal, que transcurre, que no tiene vuelta atrás, que siempre avanza en la misma dirección. Sin embargo, esta noción no es universal, ni siquiera es compartida al 100% por personas de nuestro universo cultural. Albert Einstein y otros grandes pensadores no compartirían esa percepción del tiempo y para otras culturas el tiempo no transcurre, somos nosotros los que nos movemos a través el tiempo.

Entender los mitos de otras culturas es muy difícil. Para algunas sociedades africanas el mito del tiempo funciona de una forma más parecida a nuestra representación del espacio. El tiempo mítico en África se basa en que las personas se mueven en determinadas coordenadas, no es el tiempo el que pasa. Y esta percepción del tiempo influye en la manera en la que ellos y ellas entienden la realidad, se trata de una construcción del tiempo que afecta, por ejemplo, a la noción de vida y muerte. Así, en

nuestra sociedad, un bisabuelo es un antepasado. Pero en estas sociedades africanas que conciben el tiempo de otra manera, si no hay tiempo pasado, ¿dónde colocamos a ese bisabuelo? Está en otro lugar del tiempo. Es decir, coincidiendo con nuestra estancia aquí, él está en otro lugar, pero sigue estando. Porque las personas fallecidas están en otro lugar del tiempo. Existe la creencia mítica de que, a pesar de nuestra desaparición de este lugar de la realidad, continuamos viviendo en otro plano de esa misma realidad. Para llegar a ese otro plano necesitas algo que te lleve de un sitio a otro y que se define en la idea de viaje, de muerte. Determinadas ceremonias realizadas por familiares hacen posible ese viaje. Sin embargo, nuestra cultura occidental asumió que los africanos que durante la crisis del ébola entraban en lugares prohibidos para recuperar los cuerpos de sus familiares fallecidos eran «irracionales», «víctimas de la brujería», «salvajes». Pero únicamente eran hijos, padres, nietos, sobrinos..., que querían que sus familiares no desaparecieran, que necesitaban realizar esas ceremonias funerarias que permiten el paso de sus familiares fallecidos a ese otro lugar de la realidad en el que *continuar viviendo*.

Otro mito de Occidente que transcurre paralelamente al del tiempo es el del progreso. A medida que transcurre nuestro tiempo, creemos que avanzamos, progresamos, nos desarrollamos; considerando progreso y avance como mejora. En nuestra cultura ser avanzado es un cumplido, ser atrasado es un insulto. En nuestro imaginario colectivo el más avanzado siempre está un poco más cerca de la perfección: ser alguien avanzado a su tiempo, comprar el coche del futuro, tomar el medicamento que acaba de salir..., nos sitúan imaginariamente más cerca de esa perfección.

Tal como explico en otro artículo, titulado «Saber tradicional y modernidad en África negra» (Universitat Internacional de la Pau), cuando se habla de África negra en los medios de comunicación, en las universidades, en la calle, el lenguaje políticamente correcto utiliza expresiones como «sociedades tradicionales», «prácticas tradicionales», «tradiciones culturales», etc. Pero por tradición, en este caso, solemos entender aquello que se transmite sin cambios desde tiempos remotos, es decir, tradición y primitivismo son utilizados como sinónimos. Pero si por tradición entendiéramos aquello que se transmite y cambia, nos acercaríamos más al concepto de tradición tal como se percibe en las sociedades africanas. El refrán tuculor (étnia del norte de Senegal) «si no sabes a dónde vas,

párate y mira de dónde vienes» adquiere significado, no hay presente sin pasado, la diferencia entre la modernidad y la tradición es que la primera utiliza las experiencias pasadas para negarlas y la tradición las utiliza para reinventarlas.

En muchos casos, a la palabra tradición, además del inmovilismo, le asignamos también el significado de irracional. Por eso se nos plantea un problema cuando hablamos de culturas tradicionales, quizá sería más adecuado el término de sociedades tradicionalistas, porque, al menos en el caso de África, a lo que nos estamos refiriendo es a culturas que ven la tradición como algo positivo, como un bagaje de experiencias y saberes al cual se puede recurrir para cambiar y permanecer. Eso es debido a la idea de que el pasado es la experiencia, la referencia para hacer las cosas acertadamente, ese pasado no se niega, como se haría desde la modernidad, simplemente se modifica y adapta.

Esto no significa que mantengan sus costumbres y valores sin cambios. Muchas sociedades que no valoran como positiva la huida hacia delante que hacemos desde la modernidad hablan de sí mismas como de sociedades con pocos cambios, eso es frecuente en sociedades africanas. En muchos casos se hace referencia a un tema diciendo «como lo hacían nuestros antepasados», cuando en realidad puede ser una práctica muy reciente.

Si además estas sociedades son, en ciertos aspectos, distintas a nosotros, y por lo tanto, sus alternativas, sus construcciones sociales, no van en la dirección de la modernidad occidental, entonces hablamos de tradición. Las sociedades africanas, por supuesto, están en permanente cambio y generando estrategias adaptadas a las nuevas situaciones en las que se encuentran, pero en muchas ocasiones no haciendo tabla rasa del pasado, sino reelaborándolo. Los valores a los que se refieren posiblemente no son los de la modernidad, pero no por ello son valores inmovilistas.

Otro mito que nos diferencia a los occidentales de muchos africanos es la representación de la persona. Para nosotros una persona es un individuo con unas determinadas circunstancias. Así, nuestra familia es nuestra circunstancia, pero no soy yo. Y nos resulta muy difícil de entender que en otras culturas más comunitarias una persona es quien es según el lugar que ocupa en la familia, en la comunidad, en el grupo, identidad

personal no es igual a identidad individual. Por ejemplo, en el ámbito de la enfermedad y la salud: cuando una persona de una familia cae enferma se considera que es la familia la que ha enfermado y esa enfermedad se manifiesta en un *órgano* de la unidad familiar, en un miembro concreto del grupo, pero todo el grupo está enfermo, no solo la persona. Está claro que no todas las personas tienen el mismo nivel en la jerarquía ni la misma situación en la familia. Pero en este caso la identidad personal la da el lugar que la persona ocupa en el entramado comunitario.

Los mitos nos sirven para construir una imagen para nosotros pero también para los otros. Como veremos más adelante en este artículo, en nuestro imaginario de la línea de evolución nosotros nos situamos muy cerca de la perfección, somos los más avanzados en ese, supuestamente, único camino. A otras sociedades las colocamos en diferentes niveles de atraso (atrasados, subdesarrollados, primitivos...), están en el buen camino, pero todavía les falta. En nuestro imaginario, en nuestra representación de la realidad, creemos que en su camino hay una piedra, un impedimento, un obstáculo que las impide avanzar.

En un segundo nivel nos encontramos con el tronco de ese árbol, un tronco constituido sobre todo por las instituciones. Las instituciones que se desarrollan en los distintos ámbitos de la realidad serían la materialización del mundo ideacional de las raíces. Estas entidades pueden tener un carácter más o menos formal. También tienen la función de ser el marco referencial en el que se inscriben y desarrollan las prácticas culturales concretas. Por ejemplo, nos referimos a las leyes, a la concepción de la educación, a las normas religiosas y políticas, a los roles de género o al papel que tienen las personas o las familias dentro de la comunidad. Es todo aquello que tiene una normativa más o menos clara aunque esta no esté siempre plasmada y acotada por escrito.

En esta dimensión las personas somos más conscientes de las diferentes formas de hacer y prácticas existentes en función de las culturas. De lo que no siempre somos tan conscientes es de que los elementos del tronco son un reflejo de nuestro nivel mítico de creencias y valores. Por ejemplo, nuestras leyes defienden la propiedad privada y los derechos individuales porque somos una sociedad donde prima la noción de persona como individuo.

Como comentábamos anteriormente, desde Occidente se considera que los otros, los subdesarrollados, fallan también en este segundo nivel: tienen diferentes relaciones de género, demasiadas lenguas, fronteras irregulares, religiones ancladas en el pasado, economías precarias, demasiada corrupción, modelos de familia equivocados, falta de educación (y decimos educación y no escolarización, que sería la palabra más adecuada). Cuando hablamos de las familias en las sociedades las llamamos «clanes», cuando hablamos de sus religiones las llamamos «brujería». Y es que el etnocentrismo se deja ver extremadamente en este segundo nivel a través de múltiples palabras de segundo orden que definen las estructuras de este tronco en otras culturas. Escondemos o no queremos ver las estructuras africanas de las que podríamos aprender mucho, como las leyes que defienden lo colectivo, o las leyes reparativas, la práctica médica holística, las estrategias económicas redistributivas y un largo y desconocido etcétera.

Y finalmente llegamos a las ramas de nuestro árbol, a las prácticas concretas de una cultura, sus formas cotidianas. Se trata del tercer nivel, el nivel morfológico. A diferencia de lo que ocurría con las ramas y las hojas de los árboles, esta es la parte más visible de una cultura: la indumentaria, la gastronomía, la lengua, las celebraciones... También en este nivel es en el que se pueden dar más modificaciones y más rápidamente, mucho más rápido que en el tronco y en las raíces. Cada una de las prácticas que encontramos en las ramas se nutre del nivel mítico y pasa por los filtros de la estructura. Es por esta razón que analizar estas prácticas desde las estructuras, los valores y las creencias de otra cultura puede llevar a incompreensión y a numerosos equívocos. En nuestra cultura occidental, el llegar el primero o ser el más avanzado se considera un valor muy positivo e identificamos al que va delante con el que tiene poder. Así, si vemos a dos personas caminando y una siempre va delante, pensamos que es la fuerte, la que ostenta el poder, la que dirige, y esta valoración nos puede llevar a equívocos, ya que en algunas culturas, como algunas culturas de la selva, el poderoso camina detrás, bajo la protección del más avanzado.

Tomando en cuenta lo anteriormente dicho, normalmente, al observar una práctica concreta y cotidiana de una cultura diferente a la nuestra, no interpretamos el sentido que tiene en su contexto cultural,

sino que interpretamos qué significaría esa práctica en nuestra propia cultura. Al observar a una mujer musulmana que lleva velo pensamos automáticamente que es una mujer reprimida, al igual que en otras culturas al observar a una mujer occidental con *minishorts* se piensa que es una mujer muy accesible. Las dos lecturas son erróneas. Si no entendemos la lógica de una práctica concreta significa simplemente que no la entendemos, no que no la tenga. A veces las lógicas detrás de una práctica son perversas, pueden ser perversas, pero lo que tenemos que tener claro es que esa lógica sí existe.

El esquema que acabamos de plasmar no deja de ser una simplificación del análisis de una cultura para facilitar su comprensión. No debemos caer en el error de pensar que se pueden separar de forma tan clara los diferentes niveles culturales, ya que estos son también dinámicos y están únicamente separados por una línea difusa y cambiante. Las culturas, como los árboles, están vivas y son dinámicas. Tampoco podemos pretender separar las culturas de forma nítida entre sí. Las culturas están integradas en un entorno del que reciben constantes *inputs* y crecen y se desarrollan en su relación con el medio. Podríamos decir que la caricaturización de estos árboles, así como la visión casi exclusiva de la copa y las ramas ocultando toda la parte mítica de la raíces, sería una buena metáfora de lo que son los prejuicios.

3. Observando el bosque: etnocentrismo, universalismo y misión

La representación que nos hacemos de la otredad depende fundamentalmente de las características de nuestro árbol. Así, cuando hacemos discursos sobre los *otros*, lo que hacemos es fundamentalmente construir un *nosotros*. Por ejemplo, las relaciones de género entre los miembros de las diferentes culturas es algo que constantemente crea mucho interés. La razón no es que las otras culturas estén más o menos equivocadas o preocupadas por este tema, la verdadera razón del interés es que en el momento actual, para la cultura occidental, este es un tema candente, de gran importancia. En este sentido, la visión de la diversidad cultural que tiene la cultura occidental nos explica su carácter etnocéntrico y universalista, con tendencia a la búsqueda de una misión para el blanco occidental.

Estos son los tres elementos que se activan cuando entramos en contacto con otras culturas y de los que depende nuestra relación con la diversidad.

- Etnocentrismo y dualidad. La visión del mundo predominante en Occidente es progresista y en ella se asocia el paso del tiempo a un movimiento hacia la perfección. En este marco, Occidente se definiría como el protagonista que más ha avanzado en este proceso y, por lo tanto, se naturalizaría el etnocentrismo. En el código dual imperante en Occidente (bueno-malo, verdad-mentira, blanco-negro...), la propia realidad siempre se sitúa en el polo considerado positivo de la dualidad (Rojo, 1992). Pero para reforzar esta posición, se debe construir un polo contrario, que represente lo malo, la mentira, lo negro... La diversidad siempre está en el lado equivocado de la dualidad, siempre es algo a corregir, un error, una alteración de la norma.

Existe una tendencia a aplicar los propios valores culturales para juzgar el comportamiento y las creencias de personas de otras culturas. Así, bajo la asunción de valores universales se han proyectado diferencias culturales desde la matriz firme de una cultura particular (occidental). Conceptos como bárbaro, salvaje, etc., no hacen más que reflejar la asimetría entre culturas, y la tendencia a asumir como universales los patrones, valores e ideales propios. Cabe decir que todas las culturas son en mayor o menor medida etnocéntricas, ahora bien, lo que diferencia a la cultura occidental de las demás es precisamente el siguiente punto en este apartado, el pretender universalizarla. Para el occidental el imperialismo es una cara de su bondad.

- Universalismo. Como comentábamos en el punto anterior, nuestra cultura europea, sustentada por el dualismo, es profundamente etnocéntrica. Pero un etnocentrismo basado en el universalismo: todo, absolutamente todo, ha de ser analizado y medido desde nuestros valores y es considerado un modelo aplicable al resto de culturas del planeta.

Tenemos verdades universales, conocimientos y sentimientos que consideramos válidos para todos los contextos. Las relaciones de Occidente con el sur han estado condi-

cionadas por esta cosmovisión. Los autóctonos de los países africanos, sudamericanos y asiáticos han sido estigmatizados sistemáticamente. Ya encontramos precedentes de esta actitud en la conquista de América, en la que la intervención europea se legitimó con la difusión de estereotipos, en los que pueblos cafres, que vivían en las tinieblas, necesitaban de la sagrada misión del hombre blanco para conocer al único y verdadero dios, por supuesto, el dios cristiano.

El universalismo está basado en la idea de que nuestra cultura y sus manifestaciones no solo son las mejores, sino que son las mejores para el resto de culturas. Como hemos visto anteriormente, nuestra cultura está estrechamente vinculada a la noción del tiempo como lineal, un tiempo que transcurre, que no tiene vuelta atrás, que siempre va en la misma dirección, basado en la noción de progreso. Nos define la idea de que avanzamos, de que mejoramos, de que nos desarrollamos en un único camino posible y relacionado con el tiempo. A medida que pasa el tiempo, nosotros vamos mejorando y progresando en una única línea de evolución que nos lleva a la perfección. Nos movemos a lo largo de esa línea evolucionista de progreso vinculada al tiempo. Basándonos en esta cosmovisión, los occidentales nos consideramos a nosotros mismos los más avanzados, por lo tanto, los que estamos más cerca de esa supuesta perfección. En nuestro imaginario, detrás de nosotros están los atrasados (por ejemplo, algunos países de Latinoamérica), los subdesarrollados (como Haití o ciertos países africanos) y los primitivos (tribus que se encuentran en zonas remotas del mundo). De forma paralela a esta línea imaginaria estarían los *equivocados*, como por ejemplo los musulmanes. Estos, a su vez, también cuentan con diferentes estados de desarrollo, siendo los más avanzados países como Catar y los menos, países como Afganistán o Yemen.

Así, aparte de verdades universales más clásicas, como la razón o la civilización, también existen verdades actuales que consideramos universales como la idea de progreso. Y no nos quedamos en este nivel. También universalizamos los senti-

mientos, como la importancia adjudicada en la cultura occidental al amor romántico, y a pesar de que no podríamos decir sin equivocarnos que nos va estupendamente con él, lo consideramos un elemento imprescindible para la formación de una pareja. A pesar de que para muchas culturas esa creencia, ese sentimiento, es considerada como propia de la adolescencia, en nuestra cultura hay que estar enamorado para establecer una relación verdadera. Y lo consideramos válido para todas las culturas.

- Misión. La conjunción del etnocentrismo europeo con el sentimiento de culpa propio de la cultura judeocristiana ha derivado en un sentimiento de misión occidental (no solo en el sentido religioso, sino también en la difusión de nuestra ciencia, nuestra civilización, nuestro concepto de democracia, ética, etc). Occidente ha de difundir sus valores, y para ello el sur le es necesario. El discurso sobre la cooperación al desarrollo se integra plenamente en esa línea, donde el desarrollo es el auténtico credo de Occidente en la actualidad. Los occidentales no solo sienten que su cultura es la mejor para ellos y para el resto, sino que además tienen la misión de ayudar —o forzar— a los demás a seguir el buen camino. Siguiendo la moral judeocristina, el pecado también se puede cometer por omisión, por lo tanto, no ayudar también es malo. En este sentido y siguiendo el símil que acabamos de explicar, las culturas atrasadas necesitarían una pequeña ayuda para llegar a nuestro nivel, los subdesarrollados necesitarían de una intervención directa por nuestra parte, pero podrían conseguirlo. A los primitivos no los podemos ayudar aunque sí proteger. Sin embargo, con los equivocados, musulmanes, no es tanto una cuestión de ayuda o no ayuda para progresar, sino más bien de un cambio de rumbo profundo que les acerque a nuestros valores y normas. Y esa determinación pueden tomarla de forma voluntaria... o no.

4. África desde el país de las maravillas

África es, quizá, la zona del planeta sobre la que se acumulan más estereotipos. Como hemos estado analizando anteriormente, muchos de estos estereotipos, apoyados por la publicidad y por los medios de comunicación, tienden a homogeneizar el continente africano: características de distintas zonas del territorio son presentadas como comunes a todos los habitantes de África (Fueyo, 2002).

Occidente trata de forma diferente a las poblaciones del sur según los prejuicios que tenga sobre ellas. Las sociedades africanas son las preferidas para el paternalismo, ya que, desde un punto de vista etnocéntrico, Occidente ha definido África como un continente poco desarrollado, en el que no hay nada, y sus sociedades han sido infantilizadas, equiparadas a una humanidad menor de edad. El mismo Nicolas Sarkozy, en un polémico discurso pronunciado en 2007 en Dakar, afirmó: «África ha hecho recordar a todos los pueblos de la Tierra que habían compartido la misma infancia. Ella les ha despertado a los goces simples, a las alegrías efímeras y a esa necesidad de creer antes de comprender».

Como ya hemos comentado, mientras los habitantes de otras regiones son considerados agresivos o falaces, los subsaharianos son considerados, básicamente, infantiles. Incluso en los años cincuenta los científicos españoles trataron de demostrar que los africanos eran menores de edad mentalmente (Beato-Villarino, 1952; Ibarrola, 1951; Valois, 1954). Hoy en día a menudo se utiliza el eufemismo «negritos» o «morenitos» para designar a los negros (Fueyo, 2002). El diminutivo, a la vez que los convierte en inofensivos, los infantiliza. Se los percibe como subdesarrollados *recuperables* que, con mucho esfuerzo, pueden acercarse al modelo de vida occidental.

Por otro lado y paralelamente a la infantilización de las sociedades africanas y de los africanos, Europa procede a focalizar su atención en los niños de África, sobre los que va a proyectar su concepto de misión. Cientos de publicaciones insisten en la necesidad de que los occidentales salvemos a los niños del sur, de que los salvemos de su propia sociedad (Martín, 1994). La apropiación de los menores africanos por parte de unos occidentales convencidos de su superioridad no solo es tecnológica, sino también moral.

De forma colectiva, Occidente procede a una apropiación simbólica de los niños de las sociedades africanas. Los occidentales, que cada vez renuncian más a la paternidad, se autonombres responsables de los niños africanos, a los que protegen de su entorno y de sus propias familias (que en algunos casos son claramente estigmatizadas). En muchas campañas, las ONG del norte presentan a las sociedades del sur como una amenaza para sus niños, lo que se atribuye a incompetencia o a mala fe. Los europeos se consideran mejores padres para los niños africanos que los propios africanos.

Ya no hay duda de que seguimos creyendonos «la carga del hombre blanco» de la que hablaba Rudyard Kipling. Seguimos creyendo que tenemos la «tarea histórica» de cristianizar, civilizar o desarrollar (dependiendo de la época) a África y a los africanos.

Y a todo esto nadie se pregunta qué piensan los millones de personas a las que queremos salvar. Me gustaría acabar este apartado con la reflexión de Manassé Esoavelomandroso, historiador originario de Madagascar. Esoavelomandroso dice así:

Occidente ha aplastado nuestros pueblos con las armas durante cinco siglos, nos ha sometido económicamente durante los últimos doscientos años y ahora nos invita a suicidarnos en el único aspecto que nos queda: la cultura. Estoy agradecido por vuestra generosa preocupación, pero hacendnos un pequeño favor: ¡dejadnos en paz!

Y nos deja sin palabras y sin argumentos.

5. Conclusión y esperanzas

Raimon Paniker decía: «El otro es la parte de mí que no puedo amputar sin eliminarme a mí mismo». Y es cierto. Aquello que nos es desconocido, diferente, nos asusta o nos conmueve, nos atrae o nos aleja y, a veces, olvidamos que sin el otro no somos uno mismo, que en la mayoría de las ocasiones el rechazo o la admiración sin límites provienen simplemente de la búsqueda de nuestro negativo fotográfico.

Nuestra sociedad necesita de la diferencia, necesitamos de ese negativo que nos sonrío o nos amenaza desde el otro lado del espejo. Y entonces caemos en el miedo y en el error de los estereotipos y los prejuicios. Caemos en el miedo de aceptarnos a nosotros mismos y en el error

de pensar que no hay nada por mejorar en nuestras vidas, en nuestra sociedad.

Porque la realidad es que no hay pueblos ni culturas mejores ni peores, que nosotros no tenemos que ser maestros de nadie de quien no queramos ser alumnos, que no hay ciudadanos de primera y segunda, aunque algunos nos lo quieran hacer creer.

Si hemos aceptado el multiperspectivismo como un avance estético de nuestra cultura, en el arte, en la literatura, ¿por qué no podemos aceptar el multiperspectivismo cultural? ¿Por qué no aceptar que todos tenemos el derecho y el deber de participar en la solución de nuestras preocupaciones comunes? Quizá haya llegado el momento de romper con los estereotipos que regalamos tan alegremente a las personas de otros orígenes, culturas o colores, los que las hacen agresivas o transparentes a nuestros ojos. Y de darnos cuenta de que estos estereotipos son tan reticentes a desaparecer porque hablan más de nuestros defectos, deseos y mitos, que de sus realidades culturales. Que hablan más de nuestra necesidad de diferencia y distancia que de la diferencia en sí misma.

La ciencia moderna es una de muchas maneras de conocer el mundo, pero no la única. Tal como propone el profesor Boaventura de Sousa Santos, director del grupo de investigación ALICE de la Universidad de Coimbra, tenemos que ampliar nuestra capacidad de conocer otras sabidurías y aprender a ver el mundo al revés, a entenderlo y apreciarlo lejos del encuadre que ofrecen las mismas teorías de siempre, fuera de nuestra visión dicotómica de la realidad. Por qué no ser tan valientes como esa Alicia nacida una vez de nuestro imaginario cultural y aceptar el reto de ir a África y aprender con África, reconociendo nuestras ignorancias.

Bibliografía

- ALBA RICO, S. (2006). «Turismo, la mirada caníbal». *Archipiélago*, 17 de enero.
- ALONSO, L. (2000). *Pensando en África. Una excursión a los tópicos del continente*. Barcelona: Ed. Icaria.
- AMIN, S. (1994). *El fracaso del desarrollo en África y el Tercer Mundo*. Madrid: Ed. Iepala.
- BEATO, V. y VILLARINO, R. (1952). *Capacidad mental del negro*. Madrid: CSIC-IDEA.
- BENEDUCE, R. (1997). «Maîtriser le vent. Comment les guérisseurs dogon traitent les troubles mentaux». *Nouvelle Revue d'Ethnopsychiatrie*, 34, 135-158.
- BENET, V. J. (2003). «El espectáculo solidario: la publicidad en el tercer sector y su proyección cultural». En *La publicidad en el Tercer Sector. Tendencias y perspectivas de la comunicación solidaria*. Barcelona: Ed. Icaria.
- BIDIMA, J. (1995). *La philosophie negro-africaine*. Paris: P.U.F.
- BOSCH, A. (1997). *La Vía Africana*. Valencia: Ed. 3 i 4.
- CASTEL, A. y SENDÍN, J. C. (eds.) (2009). *Imaginar África. Los estereotipos occidentales sobre África y los africanos*. Madrid: Los libros de la Catarata.
- CASTEL, A. (2008). *Malas noticias para África*. Barcelona: Ed. Bellaterra.
- COPPO, P. (1998). *Los que curan a los locos. Encuentros con la sabiduría de un pueblo africano*. Barcelona: Ed. Península, Atalaya.
- CHABAL, P. y DALOZ (2000). *África camina*. Barcelona: Ed. Bellaterra.
- CHUKWUNDI EZE, E. (2000). *Pensamiento africano*. Barcelona: Ed. Bellaterra.
- DAS, K. (2007). «Mediation interculturelle?». *Interculture*, 153.
- FUEYO GUTIÉRREZ, A. (2002). *De exóticos paraísos y miserias diversas. Publicidad y (re)construcción del imaginario colectivo sobre el sur*. Barcelona: Ed. Icaria.
- GILI, A. (1994). «La imatge de l'africà violent». *Studia Africana*, 5.

- GÓMEZ GIL, C. (2005). *Las ONG en España: de la apariencia a la realidad*. Madrid: Los libros de la Catarata.
- HENRY y TCHENTE (1999). *Tontines et banques au Cameroun*. Paris: Ed Karthala.
- IBARROLA, R. (1951). «Aportación al estudio del nivel mental de los indígenas de Guinea». *Archivos del Instituto de Estudios Africanos*, tomo V, n.º 18.
- INIESTA, F. (1992). *El planeta negro. Aproximación histórica a las culturas africanas*. Madrid: Ed. Catarata.
- INIESTA, F. (1998). *Kuma. Historia del África negra*. Barcelona: Ed. Bellaterra.
- JÉZÉQUEL, J. (2006). «Los niños soldado de África: ¿un fenómeno singular? Acerca de la necesidad de un enfoque histórico». *Revue d'histoire*, 89.
- JULIANO, D. (1998). *Las que saben, subculturas de mujeres*. Madrid: Ed. horas y Horas.
- KABOU, A. (1991). *Et si l'Afrique refusait le développement?* Paris: L'Harmattan.
- LACALLE, Á. (2003). «¿Pero Togo existe?». *Espacio natural*, 27
- LÓPEZ, L. y NERIN, G. (2000). *La imatge de l'Àfrica Negra en la TV*. Barcelona: Consell Audiovisual de Catalunya (CAC).
- MALLART, L. (1992). *Sóc fill dels evuzok. La vida d'un antropòleg al Cameroun*. Barcelona: Ed. La Campana.
- NERÍN, G. (1998). *Guinea Equatorial, història en blanc i negre*. Barcelona: Empúries.
- NERÍN, G. (2005) *Entre la compassió i la denúncia. L'Àfrica negra vista per les ONG*. [Mecan.] Barcelona: Centre d'Estudis Africans.
- NERÍN, G. (2006). *Un guàrdia civil a la selva*. Barcelona: La Campana.
- NZI, S. (2007). «La France, le mensonge d'Etat et l'anti-repentance». *La conscience*, 26.
- OYEWUMI, O. (1997). *The invention of Women: Making an African Sense of Western Gender Discourses*. Minnesota: University of Minnesota Press.

- PALA, A. (1982). *La mujer africana en la sociedad precolonial*. Barcelona: Ed. Serbal-Unesco.
- PANIKKAR, R. (1998). «Religion, Philosophie et Culture». *Interculture*, 135.
- REVEYRAND-COULON, O. (2005). «Madres y padres, perennidad y cambio en África occidental». *Nova África*, 17.
- ROJO, A. (1992). «Carnegie Mellon University: Culturas de Invencion Ingeniera. Culturas de Invención Social». Tesis Doctoral. Universidad de Barcelona.
- ROJO, A. (1996). «Verdad-Dialéctica-Universalismo: las claves de los sistemas de poder en Occidente». En: SÁNCHEZ, J. / BUSOM, R. *Dunas en la playa. Reflexiones en torno al poder*. Madrid: Los libros de la Catarata.
- ROJO, A.; INIESTA, F. y BOTINAS, L. (1999). *De Marx a Platón. Retorno a la Tradición Occidental*. Barcelona: Libros de la Zona Abierta, Ed. Liza.
- RUÍZ-GIMÉNEZ, I. (2005). *La historia de la intervención humanitaria. El imperio altruista*. Madrid: Ed. La Catarata.
- SARR, F. (1999). *L'entreprerariat féminin au Sénégal, la transformation des rapports de pouvoir*. Paris: Ed L'Harmattan.
- SENDÍN, J. C. (2002). «La construcción imaginaria del otro africano por los medios de comunicación». *Revista Pueblos*, diciembre 2002.
- VALOIS DE ARANA, F. (1954). «Estudio psicológico sobre la raza negra». Conferencia Internacional de Africanistas Occidentales. Madrid: Dirección General de Marruecos y Colonias.
- VV. AA. (1999). *Los límites del desarrollo. Modelos rotos y modelos «por reconstruir» en América Latina y África*. Barcelona: Ed. Icaria.
- VV. AA. (1999). *La premsa i el Sud: Informació, reptes i esquerdes*. Barcelona: SOLC.

Datos del autor

LOLA LÓPEZ es licenciada en Geografía e Historia, especialidad en Antropología Cultural, por la Universidad de Barcelona, y postgraduada en Sociedades Africanas y Desarrollo por la Universidad Pompeu Fabra. Es directora del Centro de Estudios Africanos e Interculturales (CEA), investigadora del grupo de investigación consolidado Multiculturalismo y Género, en el Departamento de Historia Contemporánea de la Universidad de Barcelona. También es miembro de la Mesa para la Diversidad del Consejo Audiovisual de Catalunya (CAC) y coordinadora de proyectos de la asociación sociocultural Minhaj ul Quran-Camino de la Paz.

Algunas de las líneas de investigación en las que ha participado son «Economía popular urbana en África Occidental, la mujer africana en esta economía»; «Imagen de África y de los africanos y africanas»; «Construcción de la diversidad en nuestro imaginario»; «Estereotipos, rumores y prejuicios sobre la diversidad cultural» e «Inserción social de los jóvenes de origen paquistaní en Barcelona». Actualmente se encuentra totalmente volcada en temas de interculturalidad y diversidad en Occidente y en el estudio de los discursos que hacemos sobre los «otros».

Cree profundamente que nuestra sociedad debería dejar de sentirse superior y aprender de la africana sobre el respeto que tienen hacia la diversidad.

Cooperación sur-sur en África: el caso de los países emergentes o los BRICS/IBSA

Mbuyi Kabunda

*Observatorio de la Realidad Social del África Subsahariana
Fundación Carlos de Amberes / Universidad Autónoma de Madrid*

Resumen

La cooperación sur-sur, o entre países en desarrollo, cuyo origen se remonta a las décadas de los cincuenta y sesenta, volvió a resurgir tras un periodo de declive debido fundamentalmente a la crisis de la deuda y a la ofensiva neoliberal de los ochenta y noventa, que rompieron la unidad del Tercer Mundo, como consecuencia del fracaso de la cooperación norte-sur, del debilitamiento del paradigma neoliberal y de la aparición de nuevos actores, los países emergentes (los BRICS/IBSA), que, en adelante, compiten con las potencias clásicas del norte. Su cooperación con África, para contribuir al desarrollo de este continente, si ha permitido a África recuperar su importancia geopolítica de la época de la Guerra Fría y mejorar sus ingresos de exportación, sigue, al igual que la cooperación norte-sur, con la lógica del intercambio desigual, el fortalecimiento del carácter rentista de las economías africanas, el servirse del continente, convertido en un nuevo El Dorado, para su industrialización interna y para su poderío internacional, como destaca en el caso de la Chindiafrica, favoreciendo en este continente «el crecimiento sin desarrollo». De ahí la apuesta por la cooperación triangular (entre dos socios del sur y

otro del norte) y del sur global, no solo desde arriba (los Estados), sino también desde abajo (los pueblos o la sociedad civil).

Palabras clave

Cooperación al desarrollo, neoliberalismo, Consenso de Pekín, Chindiáfrica, sur global, cambios estructurales, asimetrías.

Introducción

El balance de la cooperación o ayuda pública al desarrollo de los sesenta últimos años es poco alentador (*cf.* Tibor Mende, 1972; Sogge, 2003; Dambisa Moyo, 2009) por varias razones, entre ellas: la no concreción por los países ricos de su compromiso de dedicar el 0,7% de su PIB a la ayuda pública al desarrollo (APD); la falta de cambios estructurales en las reglas del sistema de la economía mundial; la inestabilidad de los precios de las materias primas, que han caído en un 65% entre 1975 y 2001 en los mercados internacionales, bloqueando la concreción de los proyectos de desarrollo, junto con la eliminación, en 2000, del sistema de Stabex y Sysmin —instaurados por los convenios de Lomé o los acuerdos UE-ACP (entre la Unión Europea y los países de África, el Caribe y el Pacífico), y destinados a estabilizar los ingresos de los países ACP, mediante la compensación por la UE de la fluctuación de los precios de las materias primas seleccionadas—; y la falta de democratización de las instituciones internacionales, en particular de la OMC, convertida en una organización antidesarrollo al impedir a los países del sur utilizar el comercio internacional para su desarrollo. De una manera concreta, Van de Walle y Johnston (1999: 64) ponen de manifiesto los principales obstáculos específicos siguientes: la falta de coordinación entre los donantes y los proyectos específicos, la no apropiación de la ayuda por los Gobiernos, la frecuente incapacidad de los Gobiernos de asumir la parte de gastos de funcionamiento que les incumbe y la proliferación de proyectos independientes, y fundamentalmente por la débil gestión de los Gobiernos, que no han integrado los proyectos en los esfuerzos de desarrollo, generando todos aquellos problemas.

En definitiva, raras veces la cooperación norte-sur o la ayuda, ampliamente ligada o condicionada, han tenido como principal objetivo la

lucha contra la pobreza, a causa de las políticas macroeconómicas contraproducentes.

A ello es preciso añadir, por parte de los beneficiarios o los países del sur, y africanos en particular, la falta de capacidades institucionales, el despilfarro de la ayuda, junto con la corrupción generalizada, y el uso de los fondos recibidos para otros objetivos que no son los del desarrollo o la mala gestión (la financiación de la administración pública pletórica y de las redes clientelares o neopatrimoniales, etc.).

Todos estos problemas, internos y externos, dieron alas a la cooperación sur-sur (CSS) como alternativa y/o complementaria a la cooperación norte-sur. Se puede consultar para ampliar detalles sobre estos aspectos la obra que habíamos coordinado (cf. Kabunda, 2011).

La cooperación sur-sur o la cooperación horizontal (entre dos grupos de socios en vías de desarrollo) nació en las décadas de los cincuenta y sesenta, o en plena Guerra Fría, por la necesidad de seguridad, de búsqueda y fortalecimiento de la independencia, de desarrollo económico y social por parte de los países en desarrollo, con el objetivo de transformar el sistema internacional y de eliminar las asimetrías de toda índole con el norte.

Encuentra sus orígenes en la conferencia de Bandung de 1955 (afirmación del derecho a la autodeterminación y al desarrollo de los países del Tercer Mundo), el Movimiento de los Países No Alineados (o grupo de los Setenta y Siete —G-77—, que se formó en 1964 para fortalecer la unidad del Tercer Mundo insistiendo en la oposición norte/sur y no en los factores ideológicos), y en la reivindicación del Nuevo Orden Económico Internacional (NOEI), destinado, además de al fortalecimiento de la solidaridad entre países en desarrollo, a conectar las economías del sur con las del norte en condiciones aceptables o equitativas. Sin embargo, todas estas iniciativas antiimperialistas y tercermundistas, sobre todo el NOEI, y por extrapolación la unidad del Tercer Mundo, fueron torpedeadas por el norte aprovechando la crisis de la deuda de la década de los ochenta y la crisis del Estado-nación completamente debilitado por las instituciones de Bretton Woods y por las fuerzas infraestatales, regionales o étnicas (cf. Hammouda, 2002: 110-111), con la consiguiente contraofensiva neoliberal. Dicho sea de paso, el sur no es homogéneo, y los países que lo integran presentan importantes desigualdades o dife-

rencias, por lo que es preciso hablar del sur en plural (Goussot, 2006: 35): «Hay sures más pobres, otros menos pobres y otros emergentes». Existen, pues, «varios sures».

Según manifiesta Polet (2008: 61), la dinamización económica, diplomática y cultural de la CSS, en la post-Guerra Fría, se manifiesta sobre todo a través de los procesos de integración regional, la multiplicación de los acuerdos de cooperación intercontinentales y los acercamientos estratégicos entre los grandes países emergentes, en particular Brasil, India, Suráfrica y China, que forman parte de los BRICS/IBSA/BASIC.

El presente estudio analiza este último aspecto, poniendo de manifiesto los fundamentos, las limitaciones y las perspectivas de la presencia de estos nuevos actores, o los países emergentes, en África, en el marco de la CSS, tras identificar los factores de su emergencia y sus características.

I. Los países emergentes: factores de emergencia y principales características

Los países emergentes, en particular China, India, Brasil y Suráfrica, que han accedido al desarrollo de una manera tardía y que compiten con las economías de los países del norte y con Occidente, que sigue teniendo el monopolio de los flujos comerciales, deben su proceso de emergencia a varios factores, entre ellos¹:

- las altas tasas de crecimiento económico en las dos o tres últimas décadas (en torno al 10%), nacidas de la estabilidad macroeconómica y de la apertura de sus mercados;
- el desarrollo del capital humano mediante el fomento de la educación y la mejora de la sanidad, junto con el buen gobierno;
- el fortalecimiento de las instituciones, en particular del papel del Estado y de las políticas públicas; y
- las innovaciones técnicas y el dominio de las nuevas tecnologías.

¹ Excluimos de este análisis a Rusia, sucesora de la ex-URSS, por reunir gran parte de las características de un país desarrollado y por su retorno discreto en el continente, tras una presencia activa durante la Guerra Fría.

Lo novedoso es que asistimos con estos nuevos actores al aumento, según los informes anuales del CNUCED, de los intercambios sur-sur, por la existencia de complementariedades, potenciales o reales, entre los países africanos productores de materias primas, los países agrícolas latinoamericanos y los países industriales asiáticos (Coussy, 2008: 77). Se trata en particular de lo que se viene llamando la *Chindiafrica* (África, China e India), este trío que, por su peso demográfico, sus desafíos y aspiraciones, se convertirá en breve (2030) en el centro o en el gigante del mundo: representa más de la mitad de la población mundial y de sus riquezas (Boillot y Dembinski, 2014).

Los países emergentes, según subraya Gabas (2008), se caracterizan por suministrar la cooperación al desarrollo o la ayuda a los países africanos, asiáticos, latinoamericanos y de la Europa Oriental, y al mismo tiempo son receptores o beneficiarios de la ayuda de los países del norte y de las instituciones financieras internacionales (IFI), pese al hecho de constituir la ayuda recibida una parte insignificante de la financiación de su desarrollo. Son, pues, a la vez beneficiarios y suministradores de la ayuda al desarrollo. Los cuatro países emergentes, objeto del presente análisis (Suráfrica, India, Brasil y China), se benefician también de la cooperación bimultilateral, procedente de países como Alemania, Reino Unido, Canadá y Japón.

Se trata fundamentalmente de los mencionados BRICS² (acrónimo inglés de Brasil, Rusia, India, China y Suráfrica) o de los BASIC (Brasil, Suráfrica, India y China). En la quinta cumbre de los países emergentes en Durban, el 26 de marzo de 2013, dieron a conocer sus ambiciones de liderar cambios a escala mundial³, en particular, sus pretensiones y ambiciones de cambiar el sistema financiero y monetario internacional. Asimismo, pusieron de manifiesto la determinación de contar con sus propias fuerzas, de encontrar una alternativa a las IFI y de crear frentes comunes con otros socios del sur. Es decir, manifestaron claras ambiciones de convertirse en importantes protagonistas de la globalización del

2 Con la admisión de Suráfrica en Sanya (China) en abril de 2011, los BRIC se convirtieron en BRICS. Ya algunos autores hablan de los BRIICS (Brasil, Rusia, India, Indonesia, China y Suráfrica). Cf. Brunel (2014: 39).

3 En las cumbres anteriores de Iekaterinbourg (Rusia), Brasilia (Brasil) y Sanya (China), los BRICS manifestaron, respectivamente, su apuesta por un mundo multipolar, su apoyo a Irán ante la hostilidad occidental y la cooptación de Suráfrica como nuevo miembro del grupo y la condena de la intervención de la OTAN en Libia (Jaffrelot, 2012).

futuro, además de expresar claramente su voluntad de hacer beneficiar a África de sus tecnologías e innovaciones. Proyectan la creación del New Development Bank o banco de desarrollo, encargado de la financiación de proyectos, y con sede en Suráfrica, para eludir al Banco Mundial y al FMI.

Los BRICS representan el 25% de PIB mundial y más de la mitad de la población del planeta. China, con un PIB de 8.250 mil millones de dólares en 2012, representa ella sola la suma del PIB de sus cuatro socios reunidos, más el PIB de México e Indonesia. Hoy China es el único país emergente miembro permanente del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas.

Todos los países emergentes, en particular los BRICS, están presentes en el continente africano a distintos grados, encabezados por China, a la que dedicaremos un apartado específico por la magnitud de su presencia e influencia en África y por la polémica que suele generar.

II. La cooperación de los países emergentes en África

Las relaciones entre África y los países emergentes experimentan en la última década un nuevo impulso, multiplicando los acuerdos de partenariado económico y de cooperación, para sacar provecho de la globalización de los intercambios.

India, Brasil y Suráfrica dieron un paso muy importante en este sentido, con la creación, en septiembre de 2003, en el marco de la OMC, de una alianza triangular, uniéndose en el Foro IBSA para definir una agenda destinada a facilitar los intercambios, mediante la instauración de tasas preferenciales entre ellos para llevar los flujos de sus transacciones comerciales de 4.600 mil millones de dólares a 10.000 millones de dólares, en 2007. La iniciativa no solo se limita a la promoción de las importaciones y exportaciones. Las tres potencias regionales proyectan formar un grupo de presión capaz de influir en las decisiones de las instituciones internacionales, a imagen del G22⁴.

En la opinión de Gabas (2008: 227), los países emergentes se están convirtiendo, a medio plazo, en los principales protagonistas de las

⁴ Se trata de una coalición de 22 países emergentes y en desarrollo, entre ellos, Brasil, Argentina, Suráfrica, Egipto, China e India, que exigen la supresión de las subvenciones a las exportaciones agrícolas de la Unión Europea y EE. UU.

relaciones internacionales y de la cooperación al desarrollo de los países africanos, en particular en cuatro aspectos:

- la ayuda alimentaria;
- la resolución de los conflictos regionales;
- el endeudamiento internacional; y
- el cambio de relaciones entre la Unión Europea y África.

La cooperación de los países emergentes permite a África diversificar sus socios externos y beneficiarse de las aportaciones de capitales y tecnologías, con la consiguiente mejora del crecimiento económico y de disponer los africanos de margen de maniobra en las negociaciones internacionales.

En fin, la proporción de los países emergentes en el comercio o los intercambios con África se han duplicado, pasando del 23% en 2000 al 49% en 2012. De igual modo, estos países han aportado la cuarta parte de las inversiones directas extranjeras (IDE), de las que se ha beneficiado el continente africano en el mismo periodo. Varias razones explican este interés por África (*cf.* Jacquemot, 2013: 289-291):

- el asegurarse el aprovisionamiento en recursos naturales, en particular de minerales y de hidrocarburos;
- el acaparamiento de las tierras africanas para producir los alimentos o los biocarburantes; y
- la conquista de los mercados de construcción y de las infraestructuras, que son prioritarios en África.

Por su parte, en la opinión del autor mencionado, los países africanos prefieren esta cooperación, que presenta importantes ventajas en relación a la cooperación norte-sur o de los países del norte, por no ser sometida a las condicionalidades y a las trabas administrativas.

III. Críticas de la cooperación sur-sur

Se pueden formular las críticas siguientes a la cooperación de estos nuevos actores en el continente.

- África sigue siendo una reserva o «el nuevo El Dorado de materias primas⁵» y un mercado de productos manufacturados de los países emergentes. En el mismo sentido, Jacquemot (2013) puntualiza que las relaciones entre África y los países emergentes, a pesar de basarse en las características e intereses comunes, siguen fundamentándose en el intercambio desigual, tan denunciado y considerado como responsable del bloqueo del desarrollo en el continente. Es decir, África sigue siendo la reserva de recursos naturales (petróleo, materias primas minerales y agrícolas), y un mercado para los productos manufacturados de estos países.
- Los préstamos, con nulas o bajas tasas de interés, conducen a un nuevo endeudamiento del continente, por «la ausencia de evaluación del impacto sobre la sostenibilidad de la deuda» (*ibid.*: 298), generada por contratos firmados a menudo en la opacidad total, como en el caso de China.
- India y China (la *Chindia*), en particular, están controlando los mercados de productos en los que están especializados los países africanos con la subsecuente competencia desleal (el caso de los sectores de textil y agroalimentario). Se les recrimina destruir las actividades artesanales locales.
- Las prácticas de China e India no solo permiten a los países africanos eludir las reglas de la comunidad internacional, sino que además hacen caso omiso de los derechos humanos, de los principios democráticos y de las normas medioambientales.
- En el caso particular de China, al dar prioridad a su aprovisionamiento en recursos naturales, se comporta de la misma manera que las antiguas potencias coloniales, además de fortalecer el carácter rentista de las economías africanas por repetir «las

5 Alberga, según algunas estimaciones, la tercera parte o la mitad de los recursos naturales del mundo (*cf.* Wagner, 2014: 34), muchos de ellos altamente cotizados en los mercados internacionales, tales como el coltán o el metal azul, el cobalto, el uranio o el platino, etc.

prácticas coloniales clásicas de extracción de recursos naturales y de introducción en el mercado de bienes manufacturados de bajo costo que perjudican a las industrias locales» (Alden, 2009: 283); es decir, contribuye al «crecimiento sin desarrollo», por depender el crecimiento de los países africanos del auge del precio de las materias primas, además de la reproducción de la división vertical del trabajo.

Es preciso el cambio estructural de la economía china, por ejemplo, que debe pasar de las industrias altamente consumidoras de energías y de materias primas a una economía basada en los servicios y las energías renovables, según Klare (2013). De lo contrario, en la opinión de este autor, las relaciones entre China y los países en desarrollo, africanos en particular, están condenadas al fracaso.

Aquí se plantean cuatro importantes problemas en la cooperación sur-sur (Gabas, 2008; Kabunda, 2011).

- El primero es que los países emergentes tienen en sus relaciones con África unas estrategias claramente definidas, lo que no sucede con la contraparte africana, que fundamenta su estrategia en las relaciones bilaterales.
- El segundo es que, al igual que en la cooperación norte-sur, la ayuda al desarrollo, además de favorecer la dependencia de los acreedores de fondos, ha presentado sus límites como factor de desarrollo. Además, los países emergentes deberían concertar sus políticas de cooperación al desarrollo⁶, centrándolas en la lucha contra la pobreza, en lugar de seguir actuando cada uno por su cuenta.
- El tercero se refiere al ya mencionado fortalecimiento del carácter rentista de las economías africanas, en detrimento de la competitividad.
- Por último, como consecuencia de tres principales crisis que afectan a la economía mundial (la petrolera, la alimentaria y la financiera), asistimos al acaparamiento de las tierras africanas, de la misma manera que se controla el petróleo, por los países

⁶ Los países emergentes suelen tener diferentes estrategias, intereses divergentes, rivalidades entre ellos para atraerse las inversiones extranjeras privadas, y la ausencia de coordinación y armonización de los procedimientos de ayuda en muchos países destinatarios.

emergentes superpoblados, para hacer frente a la crisis alimentaria o producir los alimentos para sus poblaciones, como en los casos de China e India. Estos países destacan por una inédita política agresiva de conquista de hidrocarburos y de alimentos en el mundo, utilizando su importante poder de compra.

IV. Estudio de casos: Brasil, India, Suráfrica y China en África

En este apartado, que constituye el grueso del presente análisis, pasamos a analizar de una manera pormenorizada las fuerzas y debilidades de los países emergentes seleccionados y su política de cooperación o presencia en África: Brasil, India, Suráfrica y, finalmente, China.

4.1 Brasil o la «diplomacia de los biocarburos» en las relaciones históricas y económicas con África

Brasil reúne varias características de potencia regional y de países emergentes (Rouquié, 2008; véase también Renaud, 2012).

- Es una potencia agrícola e industrial, que dispone de importantes recursos naturales. Exporta bienes manufacturados y semimanufacturados y un gran número de productos agrícolas y minerales, y es autosuficiente en hidrocarburos (además de primer productor mundial de biocombustibles), y goza de una notable estabilidad y continuidad política, convirtiéndose en la actualidad en la décima economía mundial. Se prevé que de aquí a 2050 se convierta en la cuarta economía mundial.
- Comparte fronteras comunes con todos los países de Suramérica (salvo Ecuador), y por lo tanto es el mayor país tropical y el quinto del mundo por su superficie y población.
- Destaca por la estabilidad democrática y una gestión macroeconómica pragmática o por lo que Gelson Fonseca Jr. tachó de «moderación constructiva», o el *soft power*, que le permiten atraerse las IDE.
- Aboga en los foros internacionales por la igualdad entre las naciones y el cuestionamiento de *statu quo* internacional, liderando el G-20 para oponerse a la política agrícola común de los países del norte.

- Reivindica un puesto permanente en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas en representación de Latinoamérica, además de liderar con Argentina el proceso de integración regional a través del Mercosur (el Mercado Común del Sur), junto con una política muy activa de presencia en África subsahariana, en el marco de la solidaridad entre los países del sur, además de asumir el papel de intermediario entre Occidente y el Tercer Mundo en los foros internacionales. Su comercio con el continente se ha quintuplicado entre 2002 y 2008, pasando de 5.000 millones a 26.000 millones de dólares.

Según manifiesta Stéphane Monclair (citado por Avioutskii, 2006: 251), Brasil, que es la 17.^a economía del mundo, comparable a las economías de los países occidentales, sin embargo con una industria que solo representa el 20% de su PIB, tiene las siguientes bazas: dispone de un suelo riquísimo en recursos minerales estratégicos (hierro, manganeso, bauxita, estaño) y en petróleo, enormes tierras cultivables y propicias para la agricultura intensiva (café, azúcar, cacao, algodón, cereales) y la ganadería, además de apostar en los últimos años por el dominio de la biotecnología y las nuevas tecnologías.

OBSTÁCULOS Y LÍMITES DE BRASIL COMO PAÍS EMERGENTE

A pesar de los aspectos arriba mencionados, que le convierten en potencia regional y continental, el país carioca es un gigante con los pies de barro o frágil por varias razones. Entre ellas (Rouquié, 2008) están las siguientes.

- Ocupa el 64.º lugar en los Índices de Desarrollo Humano (IDH) por tener más de 50 millones de personas que viven bajo el umbral de la pobreza, en su mayoría afrobrasileños. Se caracteriza por tener importantes desigualdades sociales seculares y regionales. Es un país con un índice de GINI (índice que calcula la distribución de la riqueza) de los más altos del mundo, por las desigualdades, precariedades y exclusiones de toda índole.
- El desarrollo viene bloqueado por las obsoletas infraestructuras de transportes, con las tasas de crecimiento de las dos últimas décadas por debajo de la media latinoamericana. De hecho, es el país emergente con más débiles tasas de crecimiento. O se-

gún Lambert (2012: 106), quien abunda en el mismo sentido: «Mientras que el PIB brasileño representaba el 3,1% del PIB mundial en 1995, en 2009 no constituía más que el 2,9%, al contrario que las evoluciones de India (de 3,2% a 5,1%) y China (de 5,7% a 12,5%)». El país se caracteriza por una cierta desindustrialización.

LA COOPERACIÓN BRASILEIRA EN ÁFRICA

Brasil —sobre todo durante los dos mandatos de Lula, en los que se dio como principal objetivo ocupar un lugar privilegiado en las relaciones internacionales y de líder del mundo en desarrollo contra la estrategia neoliberal de las IFI— ha optado por el fortalecimiento de las relaciones con el continente africano, relaciones que se remontan a varios siglos por la esclavitud de los colonos, que vincularon a las dos riberas del Atlántico.

En su discurso de investidura, en enero de 2003, Lula evocó la «deuda histórica» de su país con respecto al continente negro⁷ y decidió compensarla, no solo con palabras sino con hechos. Por lo tanto, Lula, desde noviembre de 2003 hasta el fin de su mandato, acudió tres veces al continente visitando un país de cada una de las cuatro grandes regiones africanas: Namibia, Suráfrica, Libia, Egipto y Gabón, además de los cinco países lusoparlantes o lusófonos que forman parte, junto con Brasil, de la Comunidade dos Países de Língua Portuguesa (CPLP): Angola, Guinea-Bissau, Mozambique, Cabo Verde y Santo Tomé y Príncipe.

Lula fundamentó su política africana en los principios de equidad social, la toma en cuenta por las grandes potencias occidentales del punto de vista de los más pobres, y de fortalecimiento de la cooperación sur-sur.

En Angola, por ejemplo, Brasil, a través de su multinacional petrolera, Petrobras, participa en la explotación de yacimientos de petróleo y del desarrollo de transportes marítimos entre las ciudades de Luanda y Lobito. En Mozambique, la cooperación brasileira es notable en la producción de medicamentos genéricos y de lucha contra el VIH-sida, con una importante transferencia de tecnologías, además de la explotación del carbono en Mozambique (el mayor yacimiento de carbono del mundo), cerca de Tete, en el norte de este país. Brasil tiene interés en los

⁷ Brasil tiene esta peculiaridad de tener en su territorio la segunda población de origen africano después de Nigeria, y que representa más del 50% de la población brasileña (*cf.* Jacquemot, 2013).

hidrocarburos de Santo Tomé y Príncipe, en el manganeso y el hierro de Gabón, suministra la ayuda militar a Namibia o participa en el desarrollo agrícola del valle de Zambesis. Se estiman las inversiones brasileñas en África en unos 10 mil millones de dólares (2010), sobre todo en los países lusófonos y ricos en recursos naturales, además de la presencia en Angola de unos 20.000 brasileños y un centenar de empresas cariocas (Airault, 2010).

Sin embargo, África apenas representa el 5% de los intercambios comerciales de Brasil, que irán en aumento tras la firma del acuerdo de librecomercio entre el Mercosur y la SACU (Southern African Customs Union, Unión Aduanera del África Austral), además del acuerdo del 27 de julio de 2004 de la Vª cumbre de la CPLP, en Santo Tomé y Príncipe, que propuso la idea de reducir, por parte de los miembros del Mercosur, las tarifas aduaneras procedentes de los países africanos de lengua portuguesa.

Los africanos están encantados con este interés por su continente por parte de una gran potencia del sur, considerada como la «granja del mundo» y líder de la producción de biocarburantes o del petróleo verde (o etanol) a partir de la caña de azúcar. La lucha para defender el algodón o la agricultura africana, contra Europa y EE. UU., encuentra el abogado en Brasil, que se encarga de la defensa de los intereses de los países en desarrollo, como queda subrayado. Aunque Brasil pueda convertirse en un serio rival para la agricultura africana en un futuro cercano, de momento representa una fuerza muy apreciada en la defensa de los intereses del sur por un país del sur. Según puntualiza Jacquemot (2013), Brasil se sirve de África como instrumento de su acción económica y su diplomacia «solidaria» con el fin de fortalecer su lugar y su influencia en la escena internacional.

En fin, Brasil, cuya política exterior se fundamenta en la CSS, junto con el fomento y la promoción de la integración regional y la apuesta por el multilateralismo, instauro con el continente africano una cooperación técnica, en particular con los países lusófonos, y extendida en la última década a otros países africanos, en los sectores siguientes: salud (15%), formación profesional (22%), agricultura (17%), educación (15%) y desarrollo social (5%), además de la prevención y tratamiento del paludismo y del VIH-sida (cf. Bourassa, 2010: 85).

4.2 India o la combinación del hard power y del soft power en África

India es una potencia emergente, más a nivel regional que internacional, en muchos aspectos (Hugon, 2009: 252-253; véase también Jaffrelot, 91-99), entre los que destacan los siguientes.

- Una importante población (1.200 millones de habitantes) que avecina a la de China, y por lo tanto, un potencial mercado interno.
- Se caracteriza por importantes tasas de crecimiento económico (7% anual).
- Una controlada estrategia de apertura, con la creación de las condiciones favorables para atraer las IDE.
- El dominio de los sectores de alto nivel tecnológico o de las nuevas tecnologías. Dispone de un gran número de ingenieros muy bien formados, sobre todo informáticos que suministran servicios de calidad a un bajo coste, y muy solicitados en los países del norte. Es líder en las nuevas tecnologías, en las que tiene una clara ventaja comparativa y competitiva.
- En el campo de la farmacia, destaca por la producción de medicamentos genéricos por sus multinacionales farmacéuticas, copiando o pirateando a las empresas occidentales.
- Ha conseguido la conversión de la fuga de cerebros (*brain drain*) en ganancia de los mismos (*brain gain*), en particular por la transferencia de tecnologías y las remesas de las diásporas indias a su país de origen.
- Dispone de un importante poderío militar, en particular del armamento nuclear (es una potencia nuclear).

En definitiva, a pesar de no disponer de un poderío económico equiparable al de China, su rival en África, y de no tener un puesto permanente en el Consejo de Seguridad de la ONU, India combina el *hard power*⁸ y el *soft power*⁹ en su inserción en la globalización (y le dan un poder de seducción superior a los demás países emergentes por ser pre-

8 Se trata del poder de coacción o duro, militar y económico de un país, que le permite definir las reglas del juego favorables al fortalecimiento de su influencia sobre los demás.

9 Es el liderazgo moral y el poder de influencia cultural o la capacidad de atracción de un país, la forma indirecta de ejercer la potencia o el uso inteligente de los factores clásicos de potencia. O sen-

cisamente una democracia consolidada y un Estado de derecho, según Christophe Jaffrelot), convirtiéndose en portavoz del Tercer Mundo o de los países pobres en las instituciones o foros internacionales, en particular en la OMC (resucitando el espíritu de Bandung), además de haber experimentado en décadas anteriores la revolución verde.

Sin embargo, India se apoya en Estados Unidos para contrarrestar el peso o la influencia de China en Asia. Por esta razón, mantiene estrechas relaciones con este país a nivel internacional (Jaffrelot, 2008).

O según puntualiza Saksena (2012: 108), que pone el dinamismo de India y aquella combinación en estos términos:

La India forma parte del G-20, se hace escuchar en la Organización Mundial del Comercio, teje vínculos con Brasil y Suráfrica, mantiene buenas relaciones con Moscú y ha sabido efectuar un acercamiento inédito con Estados Unidos. Y si bien China es uno de sus principales socios comerciales, sus vecinos se exasperan con sus pretensiones de dominación regional.

LA COOPERACIÓN INDIA EN ÁFRICA

India está presente en el continente africano desde hace varias décadas, a través de las redes de las diásporas indias en África Oriental (Kenia y Uganda), en Suráfrica y en el Índico (Mauricio y Madagascar), una comunidad que se ha instalado en la región desde la colonización, y estimada en unos dos millones de personas.

Las empresas indias han invertido en los fosfatos (Senegal, Tanzania), en las telecomunicaciones (Malawi, RDC), en los transportes terrestres (Senegal) y en los sectores de la tecnología punta en los que tiene claras ventajas comparativas (financiaciones, nuevas tecnologías, investigación científica...), y sobre todo en el campo petrolero (Hugon, 2009). India importa el 70% de sus necesidades en petróleo, mientras que se estiman las previsiones de crecimiento de su demanda en un 10% al año.

Ocho países africanos (Burkina Faso, Chad, Costa de Marfil, Ghana, Guinea Ecuatorial, Guinea-Bissau, Malí y Senegal) se benefician desde 2004 de la iniciativa TEAM-9 (Techno-Economic Approach for Africa-Indian Movement) o la cooperación entre los ocho países africanos e India, concebida por el Gobierno de Nueva Delhi. De este modo,

cillamente, es la política o el poder de seducción (en la estrategia de desarrollo y la política exterior) para la conquista de las mentes.

los países africanos pueden tener acceso a los préstamos del Banco Indio de las Exportaciones e Importaciones (Export-Import Bank of India) para financiar los proyectos económicos, sociales y de infraestructuras desarrollados conjuntamente con las empresas indias. A cambio, estas empresas se benefician de licencias de exploración del petróleo (Hugon, 2009). Además, según subraya Gabas (2008), en el marco del TEAM-9, India intenta hacer aprovechar a los países africanos sus tecnologías de información y de producción de medicamentos, y en el campo de la salud.

Es preciso subrayar, en el sentido de lo anteriormente expuesto, que India, en su política de cooperación, busca préstamos en los mercados internacionales de capitales para refinanciar los proyectos de desarrollo en África, con la especificidad de ser una ayuda ligada o condicionada, por exigir que los fondos prestados sean gastados en India. Es decir, según puntualiza Jacquemot (2013), sin condicionalidades políticas.

Los intercambios comerciales entre India y África, que ya abarcan a los países del África Occidental, Central y del Norte, y no solo a los del África Oriental y Austral (Airault, 2010), se han quintuplicado en cinco años para representar más de 30.000 millones de dólares en 2007. Se refieren a los productos básicos. Es preciso también subrayar la transferencia de tecnologías (por ejemplo, la red electrónica panafricana para la tele medicina o la teleeducación), junto con la deslocalización de industrias para conquistar los mercados europeos y norteamericanos (Hugon, 2009: 253-254).

Al contrario que China, India mantiene con el continente africano unas relaciones geopolíticas menos estratégicas. Su cooperación e inversiones, estimadas en entre 30.000 y 50.000 millones de dólares¹⁰ que ya no se limitan a los países anglófonos del África Oriental y ribereños del Índico, como queda subrayado, se extienden a todo el continente y se centran en la última década en unos países clave como Angola, Nigeria y Sudán. Buscan su especificidad en relación con la cooperación occidental y china en el hecho de abarcar a todos los sectores, desde las materias primas y la industria automóvil, pasando por la agricultura, las infraestructuras, la telefonía, hasta la industria farmacéutica y los productos de

10 La cumbre África-India, que tuvo lugar en 2012, se ha fijado el objetivo de alcanzar unos 380.000 millones de dólares de intercambio (comercio e inversiones) entre ambos socios para el fin de esta década.

belleza. Sin embargo, al igual que China, hay más interés en el mercado africano de materias primas, en particular en los países africanos productores de carbono, uranio y, sobre todo, del petróleo, por su fuerte dependencia energética (Jacquemot, 2013).

OBSTÁCULOS Y LÍMITES DE LA COOPERACIÓN DE INDIA

India se enfrenta a importantes problemas que plantean serias limitaciones en cuanto a sus aspiraciones de potencia, a su política de cooperación en los países del sur en general, y en África en particular (*cf.* Jaffrelot, 2008).

- Al igual que en el caso de China, India conoce importantes desigualdades sociales y territoriales (la India del suroeste rica y la India del noreste pobre), y entre las ciudades y el mundo rural, con más del 70% de la población que vive en condiciones de precariedad, y el 90% de la población activa que trabaja en el sector informal. Es decir, la agudización de la pobreza urbana y rural. Esta situación constituye el caldo de cultivo de movimientos de guerrilla de tipo maoísta (el movimiento revolucionario de los naxalistas) o islamista.
- Las pocas inversiones en las infraestructuras, sobre todo de transportes, la educación y la sanidad, y la baja tasa de ahorro interno (26% en India, y 40% en China).
- La escasez de recursos energéticos propios explica que la dependencia energética irá creciendo en las décadas venideras (en particular del petróleo), lo que obligará a la explotación intensiva del carbono del que dispone, y a la base de la polución atmosférica en las grandes ciudades. Es decir, el país se enfrentará a una seria amenaza ecológica (Jaffrelot, 2008).

En resumen, desde la celebración del primer Foro India-África, en abril de 2008, en Nueva Delhi, India manifiesta claramente su ambición de contribuir a la recuperación de África, convirtiéndose en una nueva potencia industrial del continente en los campos de la transformación de materias primas, de transportes y de la alta tecnología (Robert y Servant, 2008). Las inversiones indias tienen efectos en las políticas de ayuda al desarrollo en África, mediante el apoyo a los programas del NEPAD

(con financiaciones de 200 millones y 500 millones de dólares en el marco del programa TEAM-9), además de buscar beneficiar a los africanos de su experiencia en aspectos como los de tecnologías de la información, la producción local de medicamentos y la salud. Es preciso también subrayar que India suministra desde 1964 una importante ayuda a África en el acceso al saber y a las nuevas tecnologías. El gigante de automóvil indio Tata International, con sus inversiones en muchos países africanos para resolver el problema de los transportes terrestres colectivos, se está convirtiendo en un símbolo de la cooperación sur-sur.

Todo lo anteriormente expuesto explica que India, más que un país verdaderamente emergente, es un país en vías de emergencia, enfrentado a importantes limitaciones internas.

4.3 Suráfrica o la búsqueda del liderazgo y de los mercados continentales

Desde el fin del apartheid en 1990, Suráfrica tiene el estatus de país emergente capaz de jugar un papel importante en el nuevo orden económico internacional, por varios factores (*cf.* Darbon, 2008; Courade, 2014).

- Es el gigante económico de África (el 25% del PIB del continente, el 33% del PIB del África Subsahariana, el 75% del PIB de la Comunidad para el Desarrollo del África Austral —SADC—). Lo que le da una posición económica continental preponderante, además de tener una excepcional experiencia y trayectoria política.
- Destaca por su renta per cápita y el peso de su sector terciario, comparables con el mundo desarrollado.
- Por su superficie e importancia regional, se equipara con los países emergentes, como India, China, México, Rusia o Brasil.

La suma de todos estos factores, la convierte en una «potencia útil» en el sistema internacional por proponer una vía de desarrollo propia al continente, pero integrada en la globalización. Es decir, Suráfrica define un modelo ideológico y político integrado en las reglas de la globalización para África y el mundo en desarrollo. Representa al continente en los principales foros internacionales y es la puerta de entrada a los mer-

cados del África subsahariana, caracterizada por la inestabilidad política y económica.

Sus orientaciones económicas y su estrategia de emergencia, según Darbon (2008), se fundamentan en dos realidades.

- Es una potencia media que dispone de importantes recursos y de una capacidad de influencia efectiva.
- Es, al mismo tiempo, un país semiperiférico, ampliamente dependiente de las grandes potencias (se benefició del AGOA o African Growth and Opportunity Act —Ley para el Crecimiento y las Oportunidades para África— desde 2000, y renovado en 2002, y del acuerdo comercial específico con la UE desde 2000), lo que le impide existir como un socio importante o independiente en el nuevo orden internacional.

OBSTÁCULOS Y LIMITACIONES DE LA COOPERACIÓN DE SURÁFRICA

Como país emergente, Suráfrica se enfrenta a los problemas estructurales siguientes.

- Las desigualdades estructurales y los dualismos socioeconómicos heredados del apartheid le han conducido a adoptar una política liberal para favorecer las inversiones y fortalecer las capacidades productivas en detrimento de una política de redistribución social (o de justicia social), siendo el objetivo pasar de una economía cerrada (basada en la explotación minera y agrícola) a una economía abierta, manufacturera y de servicios como base del crecimiento, con el fin de sacar de la pobreza a los grupos sociales marginados por el apartheid, en particular a los negros. Dicho de otra manera, la apuesta por el crecimiento como base de la reducción de las desigualdades económicas, sociales y territoriales, que caracterizan a la sociedad sudafricana. Los resultados de esta política han sido limitados por la política de rigor adoptada hasta 2006, y Suráfrica sigue representando las desigualdades más importantes del mundo (Conchiglia, 2012: 112) por mantener las estructuras heredadas del apartheid y por no romper el ANC, el partido gubernamental

de liderazgo negro, con el liberalismo cuando se hizo cargo del poder en 1994.

- La dualidad social y los problemas sociales que afectan al 50% de su población pobre le debilitan y retrasan su emergencia, al tiempo que le acercan a los países más pobres.

LA ESPECIFICIDAD DE LA COOPERACIÓN DE SURÁFRICA EN EL ÁFRICA SUBSAHARIANA

La expansión económica surafricana es modesta en relación con otros países emergentes, pero constante y mejor, favorecida por el dinamismo del consumo interno y la conquista de los mercados externos en algunos sectores o actividades. Los intercambios internacionales representan cerca de la mitad del PIB y colocan al país entre las grandes regiones económicas en expansión. Paralelamente, el África subsahariana parece como una zona natural de expansión y de acción de Suráfrica. No puede haber desarrollo en Suráfrica sin un entorno estable y próspero. De igual modo, no puede haber una Suráfrica estable, a largo plazo, sin una reducción de la inestabilidad de sus vecinos (Darbon, 2008).

Por eso, Suráfrica se ha convertido en uno de los principales inversores en África (dedicando el 0,5% de su PIB a la cooperación al desarrollo de los países africanos) y se consolida como una imprescindible puerta de entrada en el continente, como hemos mencionado con anterioridad, inaugurando una nueva era de competencia con los demás países emergentes, en particular con China, y su adhesión a una alianza con India y Brasil (IBSA), además de animar —en el seno de varios grupos de países emergentes o pobres (G-20, G-33, G-8+)—, e incluso de encabezar, la protesta, por ejemplo en el OMC, sobre el comercio de algunos servicios y medicamentos. Ofrece su mediación en los nuevos problemas internacionales, tanto en la reforma de las Naciones Unidas como en la resolución pacífica de los conflictos y de interposición entre los beligerantes en las OMP.

En el caso particular de África, además de convertirse en el socio africano indispensable en todas las instituciones internacionales, Suráfrica lidera las importantes iniciativas en el continente, como la conversión de la OUA en UA, o la puesta en marcha de nuevos proyectos de desarrollo como el NEPAD, o de nueva andadura de África, como la filoso-

fía del «renacimiento africano», o impulsando el proceso de integración regional en el África Austral, a través de la SADC o de la SACU, y la resolución de conflictos en países como Burundi, la R. D. Congo o Costa de Marfil. Además, para no ser una isla de prosperidad en un océano de pobreza y de miseria, como hemos mencionado antes, la Suráfrica postapartheid, que sigue siendo el «mayor Estado industrial» del continente, se ha convertido en el primer inversor en África.

En definitiva, según Darbon (2008), que pone de manifiesto los aspectos anteriores, Suráfrica se ha dotado con un eficiente aparato ideológico mediante un fuerte activismo internacional que la coloca entre los actores indispensables del nuevo orden internacional y como «líder del continente africano» (liderando instituciones africanas como la SACU, la SADC o el NEPAD), no solo porque lo impone su potencia como tal, sino también porque es el único país capaz de asumir este papel, de expresar las reivindicaciones de los países más pobres y de dar a conocerlas. Sus bazas son los éxitos políticos y económicos que se fortalecen mutuamente.

La Agencia Surafricana para el Desarrollo Internacional (SAIDA, según sus siglas en inglés) orienta su ayuda a las grandes prioridades del continente, la ayuda a los países en situación de postconflicto y en vías de democratización, es decir, bajo algunas condicionalidades (Gabas, 2008).

La política de ayuda al desarrollo de Suráfrica obedece, según Gabas (2008: 226-227), a los principios de la política exterior general de este país, basada en tres pilares: «prioridad a África, a la cooperación sur-sur y al diálogo norte-sur». «En este último aspecto, Suráfrica reivindica un partenariado estratégico con la Unión Europea», al igual que el partenariado establecido con los BRIC (Brasil, Rusia, China e India).

Suráfrica reúne hoy las características de un país emergente: la competitividad, la acumulación de capitales, el dominio del desarrollo, la superación de la economía rentista (basada en las materias primas), la importante influencia en las economías de los países africanos, la existencia de un mercado financiero institucionalizado, la capacidad de negociación con los países desarrollados, etc. Sin embargo, este poderío económico del que saca un importante poder diplomático se acompaña con la existencia de importantes bolsas de pobreza internas (Coussy, 2008) o de la profundización de las desigualdades, por seguir el poder económico en

manos de la minoría blanca o los afrikaners (que sigue controlando el 80% de puestos de dirección y el 90% de tierras cultivables, a pesar de la declarada reforma agraria) y por la instauración de la violencia endémica «de clase» (que ha sustituido a la violencia institucional de la época del apartheid), violencia nacida de los fracasos individuales y de los jóvenes en cuanto a la mejora de sus condiciones de vida. Sin mezclarse y manteniendo las estructuras heredadas del apartheid, los blancos coexisten con las nuevas élites negras en las zonas residenciales de lujo o reservadas, unas élites promovidas por la política de discriminación positiva del gobierno del ANC, que no hizo nada para redistribuir los ingresos y reducir las desigualdades (Courade, 2014: 140-141).

LOS DESAFÍOS INTERNOS Y EXTERNOS, VINCULADOS AMPLIAMENTE CON EL LEGADO O LA HERENCIA DEL APARTHEID

Suráfrica se enfrenta a los siguientes problemas que le impiden asumir plenamente su papel de país emergente (Darbon, 2008: 2014).

- El débil ahorro interno, las IDE limitadas, en parte por la preferencia de las empresas surafricanas a invertir fuera o en el continente africano, tras descubrir las oportunidades y las ventajas de las inversiones en el exterior, con el fin del apartheid.
- Las altas tasas de paro (30-40% de la población activa) como consecuencia de las insuficientes inversiones internas, factor este responsable de las desigualdades y del retraso en los aspectos educativos de los negros (el 20% de la población es analfabeta).
- El 50% de la población vive en la pobreza frente a una minoría cada vez más rica, siendo Suráfrica el segundo país en los índices de GINI, o las abismales desigualdades sociales o de desarrollo humano, después de Brasil.
- Los altos niveles de violencia social y criminal, ilustrada por el auge de la xenofobia contra los inmigrantes subsaharianos, en 2008 y en 2014, como expresión de la creciente frustración social, violencias a menudo fomentadas por los políticos populistas.

- El aumento de las importaciones en los países emergentes (India, China) para hacer frente al creciente consumo interno, en lugar de fomentar la producción interna.
- La fuga de cerebros (sobre todo de los blancos), la poca formación de la mano de obra, y la extensión del sida con tasas de prevalencia en torno al 31% de la población adulta (y sobre todo de los jóvenes), con los consiguientes costes financieros, económicos y sociales que ello implica, además de constituir un importante freno al desarrollo del país y de toda el África Austral.
- Las posibilidades de Suráfrica como país emergente (o su potencial de expansión) están limitadas en parte por la situación en la que se encuentra el continente africano. Si es verdad que África es una importante fuente del poderío político y económico para Suráfrica y para su estatus de «potencia útil», el continente está en el origen de algunos de sus problemas por las rivalidades existentes entre los países africanos, por sus problemas de desarrollo, y por las codicias de las que son objeto por parte de las grandes potencias.

A diferencia de otros países emergentes, que disponen de importantes mercados internos y rodeados por países vecinos relativamente estables, Suráfrica está aislada en el sur del continente, y su entorno inmediato o su zona de expansión no reúne las condiciones favorables a verdaderos partenariados económicos y financieros. La zona SADC sí constituye una interesante región o el *África rica*, sin embargo sigue siendo económicamente débil, y relativamente inestable (Zimbabue, R. D. Congo, Mozambique, Angola, Zambia...).

Tampoco se puede perder de vista que algunos países se oponen al papel de líder continental de Suráfrica, sus posiciones dominantes y sus lecciones moralistas, poniendo de manifiesto nuevas rivalidades que no favorecen el liderazgo surafricano y su estatus de país emergente. Es el caso de Nigeria, que se considera la potencia del África subsahariana (por su poderío demográfico y su renta petrolera), y que se ha convertido en la primera economía africana en 2015, o de Angola, por su poderío militar y petrolero, con el apoyo de Brasil en el marco de la solidaridad lusófona.

Por fin, las ambiciones claramente expresadas por la *Chindia*, en el continente, constituyen importantes obstáculos para la expansión de Suráfrica en África, en particular para conseguir el apoyo incondicional de los países africanos con el fin de realizar este objetivo.

Suráfrica, en su camino de conseguir el estatus total de país emergente, debe conciliar varias contradicciones tanto internas como externas. Su posición de centro de varios grupos de interés internacionales le permite conseguir importantes recursos de todos los socios externos para afirmarse como potencia media internacional y no solo africana. Y al mismo tiempo debe hacer frente a la solicitud de satisfacción de las necesidades y aspiraciones del África subsahariana, rica en recursos minerales estratégicos y energéticos y en nuevos mercados. Frente a lo que parece un nuevo *scramble for Africa* (la conquista y el reparto de África), Suráfrica dispondrá de una posición privilegiada cuando consiga convencer a las demás potencias y a los Estados africanos de que el continente debe disponer de un liderazgo capaz de contribuir a su estructuración y «renacimiento». Ello pasa por su capacidad de conseguir o lograr la estabilidad y la integración de su población pobre, mayoritariamente negra (Darbon, 2008: 145).

En la opinión de Cunha (2013: 172), Suráfrica no es un país emergente propiamente dicho. Según él:

África del Sur no detenta credenciales económicas, territoriales o demográficas para codearse con potencias mundiales, pese a que es la nación con la mejor estructura institucional y de gobierno del importante y dinámico continente africano. Su posición en el extremo sur del continente tampoco la favorece para la conquista de un liderazgo firme y completo en África, extremadamente subdividida en nuevos y conflictivos Estados, según los trazados efectuados por las antiguas potencias coloniales.

Por lo tanto, para este autor, la integración de Suráfrica en los BRIC se debe más a motivaciones políticas que a factores objetivos de potencia, tales como el tamaño de la población y del territorio, la dimensión de la economía, y la participación en el comercio internacional, o meramente por sus problemas económicos heredados del apartheid.

4.4 China en África: la puesta de la «diplomacia del hormigón y del talonario» al servicio de sus aspiraciones de potencia

En la década de los setenta, la presencia china en África tuvo como principal objetivo crear un contrapeso a la influencia o imperialismo occidental y a la dominación soviética, a favor de la «tercera vía», con acuerdos de cooperación militar con países como Etiopía, Uganda y Tanzania, junto con la construcción de palacios del pueblo, carreteras o ferrocarriles, como en el caso del Tanzam o Tazara.

Desde que finalizó la Guerra Fría, el gigante asiático da prioridad a las relaciones económicas basadas en el principio ganador-ganador (*win-win*), dando lugar a lo que se viene llamando la *Chináfrica*, neologismo periodístico creado en referencia a la descreditada *Franciafrica* (cf. Verschave, 2004), este club de nomenclaturas africanas y francesas. Su objetivo actual no consiste en dominar el mundo, sino en defender sus intereses. Es decir, la adopción de una actitud pacífica y responsable como potencia respetada y reconocida que intenta también conciliar el *hard power* y el *soft power*, en la opinión de Kaminsky (2002), al igual que India, que es a la vez su rival y aliada en el nuevo orden y en el continente. El Imperio del Medio —que se abrió al mundo externo utilizando el capitalismo bajo el mandato de Deng Xiaoping, que optó a partir de 1978 por la política de «reformas y de apertura de la economía», con la consiguiente apuesta por la modernización de la industria, la tecnología o la investigación científica, la agricultura y la defensa (o «las cuatro modernizaciones»), que desembocó más tarde en el capitalismo de Estado (Boniface, 2014; Guiheux, 2004) o el conocido como modelo del «socialismo de mercado» (el mercantil-socialismo)— ha conseguido importantes transformaciones que le han convertido hoy en un país emergente y en una potencia a escala mundial.

EVALUACIÓN DE LA COOPERACIÓN DE CHINA EN ÁFRICA: ASPECTOS POSITIVOS Y NEGATIVOS

Con una impresionante tasa de crecimiento (10% en los diez últimos años, reducida en la actualidad al 7% por la ralentización económica y financiera internacional), China tiene sed de materias primas para su desarrollo industrial interno. De ahí su interés por el petróleo de países africanos y en particular de los países del golfo de Guinea. El objetivo

es importar 50 millones de toneladas de petróleo al año. China es el segundo consumidor del petróleo del mundo, y África le proporciona el 30% de sus aprovisionamientos, y el acceso a las materias primas (hierro, madera, algodón, diamantes, cobre, manganeso), fundamentales para su industrialización, además de encontrar en África mercados en los sectores de las obras públicas, de las telecomunicaciones y del textil (Hugon, 2013).

Según Hugon (2009; 2013), las relaciones comerciales sino-africanas eran inferiores a 1.000 millones de dólares en los noventa. Alcanzaron 10.000 millones de dólares en 2000, 100.000 millones de dólares en 2010, 120.000 millones de dólares en 2011, y 200.000 millones en 2012. Es decir, el comercio entre ambos socios ha aumentado en un 300% en la última década. En 49 países africanos, se están realizando 800 proyectos de ayuda y 800 empresas multinacionales chinas están trabajando en el continente. Las inversiones chinas en África han pasado de 491 millones de dólares en 2003 a 7.800 mil millones de dólares en 2008. Los objetivos son, pues, económicos (acceso a las materias primas y a los mercados africanos), diplomáticos (conseguir los votos africanos en los foros internacionales, en particular en Naciones Unidas), y evitar la entrada de Japón en el Consejo de Seguridad de la ONU. A cambio, China utiliza su derecho de veto y su influencia en el Consejo de Seguridad para proteger a los Estados amigos africanos, en el marco de la solidaridad o del espíritu tercermundista, aspectos en los que los países pobres tienen intereses comunes contra las potencias occidentales y en los que pueden crear frentes comunes en los foros internacionales, además de no tener el gigante asiático un pasado colonial. Ello permite a muchos países africanos eludir las sanciones occidentales, defender sus intereses (en particular el multilateralismo) y tener una cierta estabilidad (Hugon, 2009; Jacquemot, 2013; Alden, 2009).

Los chinos están sustituyendo a los europeos en África con la construcción de edificios públicos, viviendas sociales, carreteras, aeropuertos, puertos, ferrocarriles, presas, estadios de fútbol, centros culturales, telecomunicaciones, etc. Mucho más baratas y competitivas que sus rivales europeas, las empresas chinas están ganando la mayoría de los mercados de construcción en muchos países africanos, permitiendo a los Gobiernos de estos países ahorrar hasta el 30% de los gastos en infraestructuras

físicas. Francia, la antigua potencia colonizadora, que durante mucho tiempo impuso su influencia política y económica en el continente a través de las redes opacas de la *Franciaáfrica*, hoy ha visto dicha influencia considerablemente reducida con la ofensiva china, y ha perdido en la última década, según Wagner (2015), la mitad de sus mercados africanos, pasando del 10,1% en 2000 al 4,7% en 2012, sobre todo en la construcción, los transportes y la logística, por la estrategia atractiva china de «financiación de infraestructuras a cambio de recursos naturales», con la consiguiente sustitución de la ya mencionada y desacreditada *Franciaáfrica* por la *Chináfrica*. Es preciso subrayar, sin embargo, que estamos lejos de un «crecimiento económico sostenible».

Además, China fundamenta su cooperación en África en una sólida *diplomacia del talonario*. Durante la cumbre China-África que tuvo lugar en Adís Abeba, Pekín canceló la deuda de 31 países africanos, estimada en unos 1.300 mil millones de dólares; se comprometió a apoyar el plan africano de desarrollo (el NEPAD); y definió una lista de 187 productos exentos de derechos aduaneros a partir del 1 de enero de 2005, y que afecta a más de 40 países africanos.

La conquista china del continente se refiere no solo a las grandes obras o las infraestructuras físicas, sino también a los productos de consumo normales o corrientes (productos alimentarios, piezas de recambio, calzados, objetos decorativos, etc.); es decir, bienes al alcance de los consumidores con menor poder adquisitivo. Venden de todo, amenazando a los productores locales o a la economía popular, que es la que verdaderamente funciona en muchos países africanos y que es el futuro del continente.

Es preciso subrayar que la creciente dependencia de la economía china de los hidrocarburos, de las materias primas y de los productos agrícolas explica su interés por los países en desarrollo, africanos en particular, para asegurarse un aprovisionamiento regular y a bajo coste (Alden, 2009: 266; Cabestan, 2010: 360). Es decir, la adopción de una política dictada por el pragmatismo y que hace caso omiso de aspectos ideológicos y de condicionalidades. Dicho con otras palabras, a cambio de los recursos naturales, Pekín proporciona a los países africanos una

cooperación o asistencia económica con la única condición del no reconocimiento de Taiwán, o sea, el principio de una China única¹¹.

En la opinión de Ali Laïdi (2010: 95 y ss.), que abunda en el mismo sentido, China tiene cada vez más una presencia económica, política y estratégica en África. Es decir, una impresionante presencia comercial, financiera y humana, que amenaza los intereses franceses y europeos en este continente, donde el Imperio del Medio persigue cuatro principales objetivos.

- El asegurarse el aprovisionamiento de materias primas (petróleo, gas, cobre, platino, hierro, madera, algodón, etc.).
- La conquista de un mercado poco exigente en cuanto a las normas y a los consumidores para encontrar una salida a sus bienes manufacturados excedentarios y muy apropiados para el mercado africano.
- El servirse de África para experimentar con los productos de sus multinacionales, y como base o laboratorio para la conquista de mercados mundiales¹².

Su interés por África en el momento en el que Occidente empezó a dar la espalda a este continente lo hizo más atractivo y condujo al resto del mundo a volver a tener interés por África (Fondation Prospective et Innovation, 2013: 82-83), pues, según manifiesta Alden (2009: 278):

Para los países africanos, las fuentes tradicionales de IED y de ayuda para el desarrollo se secaron en la época que siguió a la Guerra Fría. La pérdida fue muy traumática y tuvo un efecto perjudicial en sus perspectivas económicas. El declive continuado de la IED en África en su conjunto, en especial si se compara con Asia, se percibe por casi todos como un elemento importante de los niveles persistentemente bajos de desarrollo en el continente.

Las empresas chinas se han apoderado del 40% de los mayores contratos de infraestructuras en el continente. Y conforme al contrato

11 Además de atraerse los votos africanos en las instituciones y organizaciones internacionales y el apoyo africano a su estrategia nuclear, China se ha dado como principal objetivo en su diplomacia, la contribución africana al aislamiento diplomático de Taiwán, consiguiendo importantes resultados: de los trece países africanos que reconocieron a Taiwán como Estado independiente en las décadas anteriores, solo quedan tres en la actualidad: Burkina Faso, Suazilandia y Santo Tomé y Príncipe.

12 Nunca la población africana había tenido acceso a tantos bienes de consumo de bajo coste, aunque de calidad discutible, y a bienes de equipo atractivos para las recientes clases medias africanas (cf. Alden, 2009: 276).

firmado con la Unión Africana en su sede de Adís Abeba¹³, en enero de 2015, China se ha comprometido a realizar proyectos faraónicos destinados a vincular todas las capitales africanas (el *contrato del siglo*). Más de 2.000 empresas chinas trabajan en 59 países y han realizado más de 1.000 proyectos, 22.000 km de ferrocarriles y 3.530 km de carreteras. Cerca de un millón de chinos trabajan en África, de los cuales 300.000 en Suráfrica (4.000 en Kinshasa). Es preciso subrayar la rehabilitación de varias carreteras en Kinshasa, la construcción del Fleuve Congo Hôtel (ex-CCIZ) y la construcción del Hospital del Cinquantenaire en la capital de la R. D. Congo¹⁴. En el Congo-Brazzaville, la construcción en la capital del Hospital Mfilou, de la gran biblioteca de la Universidad de Brazzaville, del aeropuerto internacional de Maya Maya o del estadio de fútbol de Pointe Noire. En Mozambique, la construcción del aeropuerto y del estadio y ciudad olímpica de Zimpeto, del Parlamento y del Ministerio de Exteriores en Maputo o en Uganda y Yibuti. En Angola, la reconstrucción de las infraestructuras destruidas por la guerra, en particular, la reparación del ferrocarril de Benguela, la construcción de ciudades dormitorio y de un nuevo aeropuerto en Luanda, junto con la refinería en Lobito... Dos países africanos formaban parte, en 2013, de los 20 principales suministradores de China (Suráfrica, en el 11.º lugar con 35,1 mil millones de euros o el 2,5% de las importaciones chinas; Angola, en el 14.º lugar con 23,2 mil millones de euros o el 1,6% de las importaciones chinas) (cf. Pauron, 2015; Vicourlon, 2008).

En fin, en su cooperación con los países africanos, China se abstiene de dar lecciones a los dirigentes africanos sobre los derechos humanos, la democracia o la protección del medioambiente. Es decir, sigue manteniendo su estatus de país en desarrollo, evitando adoptar una actitud arrogante o imperialista y oponiéndose a cualquier tipo de injerencia en los asuntos internos de sus socios africanos. África para China «no es un objetivo, sino un medio»: un importante instrumento para su poderío y

13 La sede de la Comisión de la UA, en Adís Abeba, fue construida por China, en tres años, y costó unos 300 millones de dólares. Se trata de un edificio de 30 plantas que alberga unas 500 oficinas y tres salas de conferencias ultraequipadas y con traducción simultánea, incluso en mandarín.

14 El contrato firmado con el Gobierno de la RDC en 2010 prevé que en 25 años China recibirá 11 millones de toneladas de cobre, 620.000 toneladas de cobalto y 372 toneladas de oro, a cambio de la construcción por las empresas chinas de 3.000 km de carreteras, 3.000 km de ferrocarriles, 31 hospitales, 145 centros de salud y 4 universidades en la R. D. Congo, junto con la creación de 10.000 puestos de trabajo (cf. Wagner, 2015: 23-24).

prosperidad (Wagner, 2015: 108). Por lo tanto, China ha institucionalizado su cooperación con África mediante los Foros de Cooperación China-África (o FOCAC), organizados cada tres años desde 2000, además de las cumbres anuales China-África desde 2006.

Las críticas contra la cooperación de China o su presencia en África, además de las antes expuestas, generalmente proceden de los medios de comunicación occidentales, de algunos partidos de la oposición y de sindicatos africanos (*cf.* Alden, 2009; Braeckman, 2012), que consideran que la «neutralidad política» de Pekín favorece el mal gobierno de los Estados africanos, el incremento de sus déficits públicos, que bloquean la competitividad de sus empresas ante la competencia de otros países del sur (Brasil, India...). De igual modo, se puede recriminar a Occidente que nunca hizo nada para favorecer la entrada de África en la historia de la globalización económica, mientras que China está contribuyendo a ello.

Pekín elige sus inversiones en función de sus intereses políticos y de seguridad. De ahí sus prioridades en las telecomunicaciones, los transportes (carreteras, ferrocarriles, puertos), la producción y distribución de energía, y las instituciones financieras africanas.

En su cooperación con el continente, China privilegia claramente a los países ricos en recursos naturales en detrimento de los que están desprovistos de ellos, contribuyendo a la profundización de desigualdades entre ambas categorías de países. Asimismo, se recrimina al gigante asiático el no proceder a la transferencia de tecnologías a los africanos y a la formación del personal local o de los técnicos africanos para que se encarguen en el futuro del mantenimiento de las infraestructuras construidas en un tiempo récord, exclusivamente por la mano de obra china, y cuya calidad dejaría, según algunos observadores, mucho que desear (Cabestan, 2010; Wagner, 2015).

Al igual que los norteamericanos en Europa o en Latinoamérica, China desarrolla también una estrategia de conquista del continente por la influencia cultural mediante la sanidad, la educación, las ciencias y las tecnologías, la justicia y la policía, y la cultura, y recibe a muchos estudiantes africanos (10.000 estudiantes africanos becados y formados en China, donde se ha creado un centro universitario para los africanos), mostrándose más receptora hacia los africanos que Europa. También la

cooperación es militar, con la venta de armas y la presencia cada vez más importante de las tropas chinas en las operaciones de mantenimiento de la paz (OMP¹⁵). Según Hugon (2013: 113), se puede considerar que la venta de armas y el apoyo a algunos «Estados parias» por China contribuyen a alimentar los conflictos en algunos países africanos y van en contra de los criterios de ayuda de las IFI. Para hacer frente a estas críticas, China intenta comprometerse con el respeto al medioambiente y se implica en la búsqueda de la paz en Darfur, además de crear empresas conjuntas (joint-ventures) con las compañías occidentales, y francesas en particular. De todas maneras, según puntualiza Alden (2009: 270), «las ventas de armas chinas a África están muy por debajo de los principales suministradores de armas a la región: Estados Unidos y Rusia».

Julien Wagner (2015) hace observar que la cooperación China-África destaca por la ausencia de compromiso ecológico. Las empresas mineras chinas son responsables de deterioros ecológicos en el continente por el uso de productos químicos en sus métodos de extracción (polución de agua y deterioro medioambiental) y por el hecho de importar China el 60% de la madera tropical africana (Alden, 2009). El caso de Angola, en la opinión de este autor, es emblemático: si Pekín ha conseguido reducir la influencia occidental en este país y asegurarse las importaciones de petróleo, si algunos privilegiados angoleños se han beneficiados ampliamente de sus favores y de que un gran número de infraestructuras han sido construidas en un tiempo récord o finalizadas con rapidez, la explotación de recursos naturales no ha beneficiado al desarrollo industrial y social del país. En 2014, la mitad de la población de Angola seguía viviendo por debajo del umbral de la pobreza.

Se puede también subrayar que los préstamos chinos a los Gobiernos manirroto, y en la opacidad total, están contribuyendo al nuevo endeudamiento de estos países, aunque en condiciones favorables de tasas blandas de préstamos y de reembolso a largo plazo, y a la corrupción, aniquilando los esfuerzos de las IFI, que condonaron unos 120 mil millones de dólares de algunos países africanos para permitirles dedicar estos montos a la financiación de los ODM, en particular a la lucha contra la pobreza, y a la creación de las bases del crecimiento (*cf.* Wagner, 2015: 84).

15 De los 2.900 militares chinos que participan en los OMP en el mundo, 2.675 lo hacen en África: Malí, Sudán, R. D. Congo, Liberia y Sáhara Occidental.

Sí es verdad que la cooperación con China permite a los africanos tener un balón de oxígeno y diversificar sus relaciones con los socios externos, sin embargo, se denuncian los riesgos ecológicos y sociales, y la amenaza de una colonización de población, que ha generado, en la opinión de Courade (2014), las manifestaciones antichinas y la «sinofobia» o las crecientes críticas por parte de los africanos¹⁶, en particular la denuncia de la competencia desleal de las empresas chinas que han hundido la industria textil o de ropas en muchos países, con la consiguiente pérdida de empleos para los africanos. Según manifiesta este autor, la cooperación china es muy apreciada por los Gobiernos africanos por basarse en «construcción de grandes y prestigiosos proyectos ligados a los intereses institucionales» y por defender el principio de no injerencia en los asuntos internos de los Estados (Alden, 2009: 268), pero rechazada por la población, en parte por los bajos sueldos que se pagan al personal africano, sometido a duras condiciones de trabajo y sin derechos sindicales, además de contribuir el principio de no injerencia a la violación de derechos humanos por los Gobiernos.

En resumen, se pueden subrayar los siguientes aspectos negativos de la cooperación china en África: el no respeto a las legislaciones laborales y medioambientales, la corrupción tanto de los donantes como de los beneficiarios, la complicidad o connivencia con los dictadores, la *diplomacia del hormigón*, las duras condiciones de trabajo a las que están sometidos los empleados locales sin derechos sindicales, la pesca ilegal de los buques chinos a lo largo de las costas de Senegal y de Guinea-Conakry, etc. Y la lista no es exhaustiva. Aunque no esté conforme con el término de Chináfrica, en el fondo China no se aparta mucho de las prácticas de las antiguas potencias coloniales. Detrás de los contratos de Estado a Estado, se esconden las prácticas opacas, tales como la mencionada venta de armas a algunos países (Angola, Sudán, Zimbabue, R. D. Congo) o el apoyo militar a cambio del acceso a los recursos naturales, y al mismo tiempo participa en los OMP¹⁷, asumiendo el papel de pirómano/bombero.

16 Lo mismo pasa con las recientes diásporas o los inmigrantes africanos en China, considerados como no respetuosos con la ley (crímenes rituales vudúes, prostitución, inmigración clandestina, tráfico de droga y fuga de cerebros, según Robert y Servant, 2008, sobre todo por parte de los nigerianos), y víctimas del nacionalismo exacerbado y del racismo de una parte de la población china. Al igual que en Occidente, se sigue asimilando a África y a los africanos con la pobreza, las guerras, el sida y las hambrunas (cf. Coloma, 2012: 35-36).

17 Es el miembro del Consejo de Seguridad que más participa en los OMP.

En definitiva, a nivel global, el modelo chino, tanto de desarrollo como de cooperación, presenta las debilidades expuestas a continuación. El país se ha desarrollado, pero está lejos de convertirse en una potencia económica y social moderna, o lo ha conseguido de una manera parcial o insuficiente. Según puntualiza Boniface (2014; ver también Domenach, 2008), debe hacer frente a serios problemas o desafíos económicos, sociales y medioambientales: la reducción o eliminación de desequilibrios entre las zonas costeras más desarrolladas y las zonas rurales subdesarrolladas y que constituyen el «Tercer Mundo interno» (las desigualdades territoriales que explican la existencia de «tres Chinas»); la erradicación de las crecientes desigualdades sociales; la renuncia a la política del hijo único para evitar el envejecimiento de la población, que puede bloquear su dinamismo; la resolución de la contradicción de su sistema de gobierno entre el capitalismo de Estado y el monopolio del poder por el partido comunista o la dicotomía entre el sistema político y el sistema económico (o «la democracia sin democracia», para parafrasear a Jean-Luc Domenach), y la preservación de su medioambiente, al que el modelo económico del capitalismo salvaje adoptado amenaza con el deterioro o los desastres medioambientales sin precedentes¹⁸. Fundamentalmente, el modelo chino es frágil por la fuerte dependencia de las materias primas y de los mercados externos, y por no dotarse, al contrario de India, de una élite intelectual y científica, y parece, según Boillot y Dembinski (2014: 211-213), del «estatalismo chino y el individualismo indio».

En resumen, estamos ante un modelo agotado y que destaca por (Bulard, 2012b) demasiadas desigualdades sociales, demasiados costes ecológicos, por estar demasiado orientado hacia las exportaciones, demasiado corrupto y en manos de los dignatarios del omnipotente partido único. Es decir, una situación insostenible a largo plazo.

A nivel de su cooperación en el continente, las relaciones sino-africanas son, sin lugar a dudas, asimétricas. Si el comercio entre ambos socios ha pasado del 3% en 2000 a más del 14% en 2012, este intercambio se está llevando a cabo en favor de China. Los únicos que sacan beneficios (o excedentes) de estos intercambios son los países africanos exportadores de petróleo (Angola, Nigeria Congo-Brazzaville, Guinea Ecuatorial, Sudán, Chad) o de productos mineros (R. D. Congo, Zam-

¹⁸ Uno de los grandes problemas internos de China es la polución atmosférica y el contagio de las aguas.

bia), países que se benefician de las inversiones de las empresas chinas; mientras que con los demás países, el comercio es deficitario para estos, convertidos en mercados para los productos textiles y los bienes de equipo chinos baratos o de bajo valor y de importación de madera tropical, junto con el acaparamiento de sus tierras para los cultivos de exportación (Jacquemot, 2013; Courade, 2014), en países como Mozambique, Etiopía, Ghana, Sudán, Nigeria, Sierra Leona, Liberia, Senegal, Malí y Madagascar. El acaparamiento de tierras africanas viene facilitado, generalmente, por la escasez de tierras cultivables en China, India, Europa y los países árabes.

EL CONSENSO DE PEKÍN VERSUS EL CONSENSO DE WASHINGTON

En los países del sur, y africanos en particular, China intenta sustituir el «Consenso de Washington»¹⁹ por el llamado «Consenso de Pekín» o el «Consenso asiático», que se fundamenta en la colaboración entre el sector público y el sector privado o la combinación del liberalismo económico y el autoritarismo político, «bajo la batuta del Partido Comunista» (cf. Alden, 2009; Jaffrelot, 2012, 2013; Courmont, 2011), para conseguir el desarrollo rápido a mano del partido único. El capitalismo a lo chino de Xi Jinping ha sustituido al ideal colectivista de Mao Zedung (Pauron, 2015): «Los chinos son a la vez comunistas y capitalistas».

El «Consenso de Pekín», según Guy Hermet (2008: 294), es más una disposición de espíritu que una doctrina claramente elaborada. «Una construcción occidental», según el Gobierno chino. Tiene como principal objetivo instaurar un mundo multipolar e impedir un modelo político-económico único, basado en el principio de «menos Estado» y «más mercado» o la primacía de las fuerzas del mercado, que ha conducido a la actual crisis financiera mundial. Se opta por un modelo en el que la intervención del Estado sigue siendo importante con reformas paulatinas, y no basadas en la terapia de choque neoliberal, a imagen de los PAE, que han hundido a muchos países en desarrollo en los que fueron aplicados.

19 El «Consenso de Washington» es sinónimo de los programas de ajuste estructural (PAE) o las condicionalidades en la ayuda al desarrollo (las reglas del juego definidas por las potencias hegemónicas), el unilateralismo en materia de desarrollo, liderado intelectualmente por el Banco Mundial y el FMI o el determinismo del crecimiento como base de los avances sociales y políticos.

Se trata de un modelo de desarrollo y de gobierno, que se quiere trasladar a los países del sur y que ha sacado de la pobreza de masas o de la pobreza extrema a unos 600 millones de personas. Este modelo da prioridad al desarrollo de las infraestructuras y del mercado interno o a los aspectos económicos. Por lo tanto, se insiste en el carácter endógeno del desarrollo a través del comercio y de las infraestructuras de transportes, partiendo de la previa estabilidad política y social.

De una manera general, y de acuerdo con Courmont (2011), Estados Unidos y China persiguen los mismos objetivos en el continente africano (la estabilidad, el desarrollo y las reformas), pero tienen distintas prioridades: China considera que la estabilidad debe anteponerse al desarrollo y a las reformas, o la prioridad a los cambios estructurales y económicos (y después cívicos y políticos si es posible) y la no injerencia en los asuntos internos. Lo que es contrario a la visión de EE. UU., y a la de las potencias occidentales, que, además de preocuparse por la competencia ocasionada por China en cuanto al acceso a las materias primas africanas, consideran tal planteamiento como contrario a su modelo político.

De una manera muy acertada, la profesora Sylvie Brunel (2014: 60-61) manifiesta que China percibe a África en términos de oportunidades, para conseguir el estatus de potencia mundial y resolver sus problemas económicos internos (asegurar el aprovisionamiento de materias primas esenciales para apoyar su crecimiento), mientras que Estados Unidos sigue percibiendo a África como un continente que constituye una amenaza para la seguridad mundial, tanto desde el punto de vista de la proliferación de movimientos de rebelión antioccidentales (en el Sahel, en el golfo de Guinea y en el golfo de Adén), como de las enfermedades, tales como el VIH-sida o el ébola, junto con la proliferación de Estados fallidos o de narco-Estados. Dicho con otras palabras, y según la estupenda puntualización de Martine Bulard (2012a: 104), Estados Unidos y China son «colaboradores económicos y adversarios políticos, han compaginado cooperación y rivalidad». Rivalizan, desde el punto de vista geopolítico, por el control del petróleo del golfo de Guinea, contribuyendo de este modo a la «maldición» que genera este producto para los pueblos de la zona, que viven en Estados neopatrimoniales (Smith, 2009: VI).

Para Wagner (2015:107-108), China no tiene ambiciones imperialistas o neocolonialistas en África, sino hacia sus vecinos del sureste asiático. Utiliza África como un medio, como hemos mencionado con anterioridad, para conseguir el estatus de potencia a nivel internacional y para mejorar las condiciones de vida de sus 1.300 millones de habitantes. La profesora Sylvie Brunel (2014: 60) no comparte este punto de vista. Para ella, con la Chináfrica, China —que está en rivalidad con Estados Unidos en África para sustituir a las potencias coloniales (Francia y Gran Bretaña, que han dejado un vacío geopolítico en el continente)—, en su búsqueda de estatus de potencia mundial, está procediendo a la recolonización de África a través de la presencia de un millón de sus ciudadanos en el continente y de la fuerte y creciente dependencia tecnológica, económica y financiera de África hacia ella.

Conclusión

Las relaciones entre los países africanos y los países emergentes deben evolucionar y salir del modelo de «materias primas a cambio de productos manufacturados o de infraestructuras» en el que se fundamentan. Mientras los socios occidentales siguen basando su cooperación en el respeto de criterios de buena gobernabilidad y de derechos humanos, los intereses de China en África, por ejemplo, son exclusivamente comerciales.

África no debe seguir fundamentando su crecimiento en la demanda de materias primas por los países emergentes, y el consiguiente aumento de sus precios en los mercados internacionales. Se trata de un crecimiento engañoso o coyuntural²⁰ que, además, no favorece la industrialización del continente, la transferencia de tecnologías y la creación de empleos, junto con la destrucción de las selvas tropicales africanas, cuyos subsuelos albergan muchos de los minerales que necesitan los países emergentes, en particular la Chindia (cobalto, cobre, manganeso, aluminio, etc.); se corre el riesgo a largo plazo de que en el lugar del desarrollo se produzca la destrucción de un continente con poblaciones totalmente

20 Los analistas de Goldman Sachs sostienen todo lo contrario al considerar que, desde la mitad de la década de 2000, África experimenta importantes progresos o cambios estructurales que afectan a varios países, y se explican por otros factores que el auge del precio de materias primas, que solo beneficia a la tercera parte de los países del continente (Boillot y Dembiski, 2014).

arruinadas, a pesar de las importantes inversiones en las infraestructuras (Wagner, 2015).

La tasa de crecimiento de la economía china ha pasado de 14% en 2007 a menos del 7% en 2015, junto con la pérdida de la competitividad de la mano de obra china. Todo ello ha conducido al Gobierno chino a abandonar el modelo de las exportaciones agresivas, que explicó su fortuna (3.600 mil millones de euros de reserva), y a convertir el consumo interno en motor que sustituye a las inversiones (Faujas, 2015: 28). Ello puede tener repercusiones en sus actividades e inversiones en los países africanos. Por lo tanto, se impone un cambio estructural basado en el abandono de las industrias extractivas y de la economía basada en los recursos naturales, que contribuyen más a la «maldición de materias primas» o al «crecimiento sin desarrollo».

Se necesita también abrir nuevas pistas en la cooperación sur-sur, que no debe limitarse solo a los Estados, sino también a lo que se viene llamando el «sur global», con la implicación de la sociedad civil africana (e incluso de la sociedad civil internacional), además de las universidades y de los centros de investigación (como en el caso de la cooperación CODESRIA²¹-CLACSO²²-APISA²³, para favorecer los intercambios científicos sur-sur), siendo el objetivo permitir a los pueblos y a las organizaciones populares del sur conocerse mejor y tener contactos, no solo desde arriba o los Estados, sino también desde abajo, para fortalecer las complementariedades e interdependencias. El objetivo último es el fortalecimiento de las prácticas y de los saberes domésticos o endógenos.

Además, la CSS debe ser una cooperación complementaria, y no una alternativa a la cooperación norte-sur, «una cooperación sur-sur para y no contra», según Murao (citado por Lechini, 2006: 222), incluyendo a terceros. Es decir, una «cooperación triangular» o en la que hay un país en desarrollo, un país emergente y un socio del norte, según sugieren acertadamente Gladys Lechini o Jean-Jacques Gabas, pues los países emergentes, al igual que las potencias clásicas, al margen del discurso de las «buenas intenciones», están interesados más en los recursos naturales del continente que en su desarrollo. Esta posición se explica por el he-

21 Conseil pour le Développement de la Recherche en Sciences Sociales en Afrique.

22 Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.

23 Asian Political & International Studies Association.

cho de que los países emergentes, en sus implacables guerras económicas neoliberales, para maximizar sus intereses en la globalización, sacan más beneficios en sus relaciones con el norte (que orienta lo esencial de los IDE hacia estos países) que con los países más pobres del sur. Por lo tanto, colaboran más con el norte que con estos países. Para algunos observadores que abundan en el mismo sentido, por ejemplo, «China está más dispuesta a servir de puente entre los países industrializados y los que están en vías de desarrollo que a fortalecer coaliciones sur-sur como el G-20» (cf. Hirst, 2009: 120).

Una cosa es llamativa y crea dudas sobre las verdaderas intenciones de China en África: África vende sus materias primas al Imperio del Medio, que construye las infraestructuras de transportes para llevarlas a China.

La revolución industrial del siglo XIX se llevó a cabo con los recursos africanos, y me temo que se reproduzca el mismo fenómeno con los países emergentes, más interesados en su industrialización que en el desarrollo de África, como queda subrayado. El objetivo aquí, según Brunel (2014), es permitir al continente pasar de las economías rentistas (generadoras del «mal o síndrome holandés²⁴») a la economía de bienes y servicios, producidos por los africanos para los africanos, o sea, el *made in Africa* que debe ante todo ser el *made for Africa*. En este aspecto en particular, siguiendo a Boillot y Dembiski (2014), quienes abundan en el mismo sentido que Brunel, África debe superar la riqueza minera y abandonar su estatus clásico de reserva y exportador de materias primas para empezar a transformarlas in situ para el autoconsumo, dotándose de infraestructuras y de capacidades energéticas adecuadas.

Además, los países africanos deberían evitar las negociaciones bilaterales en favor de las multilaterales con los países emergentes para defender mejor y colectivamente sus intereses, pues no se debe perder de vista, como subraya Goussot (2006), que «la lógica bilateral» es generadora de desigualdades y su profundización, y favorece más a los países ricos en

24 Sobre las consecuencias de concentrar los países africanos sus economías en las materias primas, con la consiguiente generalización del denominado «síndrome holandés» o la «maldición de materias primas», que han generado la compra de armas, los conflictos armados, los movimientos separatistas, la importación de bienes de consumo, el mal gobierno, la corrupción, la frustración de poblaciones, y el crecimiento sin desarrollo, véanse Wagner (2014: 33-36) y Courade (2014: 49).

detrimento de los más pobres: los primeros se consolidan o se insertan en la globalización y los segundos quedan excluidos de ella.

Desgraciadamente, los países africanos consideran que las relaciones bilaterales con los países emergentes son mucho más beneficiosas que el enfoque multilateral (Kwesi Aning, 2010), quitando a la Unión Africana cualquier tipo de protagonismo en las negociaciones. ¡Un grave error! Wagner (2014: 121) sugiere, de una manera acertada, a los países africanos unirse: «Limitar al máximo las negociaciones bilaterales, a menudo desequilibradas, y favorecer al máximo las negociaciones multilaterales». Es decir, negociar conjuntamente con cada uno de los países emergentes interesados en la maximización de sus intereses en África, elaborando mecanismos y estrategias comunes en el marco de la Unión Africana. Es decir, el fomento y fortalecimiento de la integración regional (neorregionalismo), además de reactivar y vincular el panafricanismo, el latinoamericanismo y el asiaticismo. En otro registro, tanto los países emergentes como las potencias clásicas, del norte, deben cooperar, en lugar de rivalizar, para ayudar a África a salir del subdesarrollo.

Bibliografía

- AIRAULT, P. (2010). «Sud-Sud: la ruée vers l'Afrique». *État de l'Afrique*, 2010. Paris: Jeune Afrique hors série, n.º 24, pp. 60-61.
- ALDEN, C. (2009). «Las nuevas relaciones de China en África». En PAZ, C. y ROETT, R. (eds.). *La presencia de China en el hemisferio occidental. Consecuencias para América Latina y Estados Unidos* (traducción del inglés de Carlos Morales de Setien Ravina y Cristina Motta). Buenos Aires: Libros del Zorzal, pp. 263-290.
- ANING, K. (2010). «China and Africa: towards a new security relationship». En CHERU, F. y OBI, C. (eds.). *The Rise of China & India in Africa*, London-New York: Nordiska Afrikainstitutet-Zed Books, pp. 145-154.
- AVIOUTSKII, V. (2006). *Géopolitiques continentales. Le monde au xx^a siècle*. Paris: Armand Colin.
- BEN HAMMOUDA, H. (2002). *Crise globale, un regard du Sud*. Paris: Maisonneuve & Larose.
- BOILLOT, J.-J. y DEMBINSKI, S. (2014). *Chindiafrique. La Chine, l'Inde et l'Afrique feront le monde de demain*. Paris: Odile Jacob.

- BONIFACE, P. (2014). *La géopolitique* (4.^a edición). Paris: IRIS-Eyrolles.
- BOURASSA, I. (2010). «Las dos caras de Brasil en la cooperación internacional. País en desarrollo, líder de la cooperación sur-sur». *Revista Relaciones internacionales*, n.º 39, año 19. La Plata: Universidad Nacional de La Plata, junio-noviembre, pp. 77-91.
- BOYER, R. (2008). «Les formes du capitalisme en pays émergents» (entrevista realizada por Christophe Jaffrelot y Jérôme Sgard). En JAFFRELOT, C. (dir.). *L'Enjeu mondial. Les pays émergents*. Paris: Presses de Sciences Po-L'Express, pp. 55-66.
- BRAECKMAN, C. (2012). «Pekín frustra el encuentro entre África y Europa». *El Atlas de Le Monde diplomatique (Nuevas potencias emergentes)*. Valencia: Fundación Mondiplo-UNED, p. 168.
- BRUNEL, S. (2014). *L'Afrique est-elle si bien partie?* Paris: Sciences Humaines Éditions.
- BULARD, M. (2012a). «Cooperación conflictiva entre Pekín y Washington». *El Atlas de Le Monde diplomatique (Nuevas potencias emergentes)*. Valencia: Fundación Mondiplo-UNED, pp. 104-105.
- BULARD, M. (2012b). «Le grand tournant». *Manière de voir-Le Monde diplomatique*, n.º 123. Paris: junio-julio, p. 6.
- CABESTAN, J. P. (2010). *La politique internationale de la Chine*. Paris: Les Presses de Sciences Po.
- COLOMA, T. (2012). «Quand l'Afrique débarque». *Manière de voir-Le Monde diplomatique*, n.º 123. Paris: junio-julio, pp. 32-36.
- CONCHIGLIA, A. (2012). «Suráfrica influyente pero dividida». *El Atlas de Le Monde diplomatique (Nuevas potencias emergentes)*. Valencia: Fundación Mondiplo-UNED, p. 112.
- COURADE, G. (2014). *Les Afriques au défi du XXI^e siècle*. Paris: Belin.
- COURMONT, B. (2011). «La politique étrangère de la Chine: l'exemple de l'Afrique». En PRÉMONT, K. (dir.). *La politique étrangère des grandes puissances. L'impossible convergence des intérêts*. Québec: Presses de l'Université Laval, pp. 282-304.
- COUSSY, J. (2008). «Les trajectoires de l'émergence: Un essai de typologie». En JAFFRELOT, C. (dir.). *L'Enjeu mondial. Les pays émergents*. Paris: Presses de Sciences Po-L'Express, pp. 69-79.

- CUNHA, I. J. (2014). *Los BRIC. Brasil, Rusia, India y China ¿Serán las potencias estrellas de la economía mundial?* (traducción de Osvaldo Horacio Cordero). Buenos Aires: Ediciones Centro Norte.
- DARBON, D. (2008). «L'Afrique du Sud: une puissance au seul regard des autres?». En JAFFRELOT, C. (dir.). *L'Enjeu mondial. Les pays émergents*. Paris: Presses de Sciences Po-L'Express, pp. 137-145.
- DOMENACH, J. L. (2008). «Peut-on parler d'émergence chinoise?». En JAFFRELOT, C. (dir.). *L'Enjeu mondial. Les pays émergents*. Paris: Presses de Sciences Po-L'Express, pp. 81-89.
- Ecofinance*, n.º 48. (octubre, 2004). Paris: Groupe Jeune Afrique.
- ENNES FERREIRA, M. (2008). «China in Angola: Just a Passion for Oil». En ADEN, C.; LARGE, D. y SOARES DE OLIVEIRA, R. (eds.). *China Returns to Africa: A Rising Power and a Continent Embrace*. London: Hurst Publishers.
- FAUJAS, A. (2015). «Xi Jinping: rouge et libéral». *Jeune Afrique*, del 24 al 30 de mayo.
- FONDATION PROSPECTIVE ET INNOVATION (2013). *Quelle Chine, pour quel monde, en 2020?* Paris: Ginkgo Éditeur.
- GABAS, J. J. (2008). «Les pays émergents et la coopération internationale». En JAFFRELOT, C. (dir.). *L'Enjeu mondial. Les pays émergents*. Paris: Presses de Sciences Po-L'Express, pp. 221-234.
- GOUSSOT, M. (2006). «Mondialisation, pays émergents et pays pauvres: vers une nouvelle géoéconomie?». *Questions internationales*, n.º 22, noviembre y diciembre («Mondialisation et inégalités»). Paris: La documentation Française, pp. 35-47.
- GUIHEUX, G. (2004). «Un régime totalitaire en mutation». *Questions internationales*, n.º 6, marzo-abril («La Chine»). Paris: La documentation Française, pp. 8-22.
- HERMET, G. (2008). «Les droits de l'homme à l'épreuve des pays émergents». En JAFFRELOT, C. (dir.). *L'Enjeu mondial. Les pays émergents*. Paris: Presses de Sciences Po-L'Express, pp. 287-296.
- HIRST, M. (2009). «La perspectiva sur-sur: la importancia del vínculo con Brasil». En PAZ, C. y ROETT, R. (eds.). *La presencia de China en hemisferio occidental. Consecuencias para América Latina y Estados*

- Unidos* (traducción del inglés de Carlos Morales de Setien Ravina y Cristina Motta). Buenos Aires: Libros del Zorzal, pp. 117-136.
- HUGON, P. (2009). *Géopolitique de l'Afrique* (2.^a edición). Paris: Éditions Sedes.
- HUGON, P. (2013). *Géopolitique de l'Afrique* (3.^a edición). Paris: Armand Colin.
- JACQUEMOT, P. (2013). *Économie politique de l'Afrique contemporaine*. Paris: Armand Colin.
- JAFFRELOT, O. (2012). «Avec l'Inde, amis parfois, ennemis souvent». *Manière de voir-Le Monde diplomatique*, n.º 123, junio-julio, pp. 21-23.
- JAFFRELOT, O. (2013). «La India y China, conflictos y convergencias». *El Atlas geopolítico de China*. Valencia: Fundación Mondiplo-UNED, pp. 37-39.
- KABUNDA, M. (2011). *África y la cooperación con el sur desde el sur*. Madrid: Catarata-Casa África.
- KAMINSKY, C. (2002). *La géopolitique et ses enjeux*. Toulouse: Éditions Milan.
- KLARE, M. T. (2013). «¿Es China imperialista?». *El Atlas geopolítico de China*. Valencia: Fundación Mondiplo-UNED, pp. 61-66.
- LAÏDI, A. (2010). *Les États en guerre économique*. Paris: Seuil.
- LAMBERT, R. (2012). «Brasil en la corte de los Grandes». *El Atlas de Le Monde diplomatique («Nuevas potencias emergentes»)*. Valencia: Fundación Mondiplo-UNED, pp. 106.
- LECHINI, G. (2006). *Argentina y África en el espejo de Brasil. ¿Política por impulsos o construcción de una política exterior?* Buenos Aires: Clasco.
- MENDE, T. (1972). *De l'aide à la recolonisation. Les leçons d'un échec*. Paris: Seuil.
- MOYO, D. (2009). *L'aide fatale, les ravages d'une aide inutile et de nouvelles solutions pour l'Afrique*. Paris: J. C. Lattès.
- NAIDU, S. (2010). «India's African relations: in the shadow of China?». En CHERU, F. y OBI, C. (eds.). *The Rise of China and India in Africa. Challenges, opportunities and critical interventions*. London-New York: Nordiska Afrikainstitutet-Zed Books, pp. 34-49.

- PAULET, J. P. (1998). *L'espace mondial. Pôles de développement et périphéries*. Paris: Ellipses.
- PAULET, J. P. (2007). *La mondialisation* (4.^a edición). Paris: Armand Colin.
- PAURON, M. (2015). «Chinafrrique: ce que cache la doctrine». *Jeune Afrique*, del 24 al 30 de mayo.
- POLET, F. (2008). *Clés de lecture de l'altermondialisme*. Bruxelles: CE-TRI-Couleurs livres.
- ROBERT, A. C. y SERVANT, J. C. (2008). *Afrique, années zéro. Du bruit à la parole*. Nantes: L'Atalante.
- ROUQUIÉ, A. (2008). «Le Brésil, un État sud-américain parmi les grands?». En JAFFRELOT, C. (dir.). *L'Enjeu mondial. Les pays émergents*. Paris: Presses de Sciences Po-L'Express, pp. 105-116.
- SAKSENA, R. (2012). «Las ambiciones de una India sin complejos». *El Atlas de Le Monde diplomatique («Nuevas potencias emergentes»)*. Valencia: Fundación Mondiplo-UNED.
- SMITH, S. (2009). *Atlas de l'Afrique (avec un supplément: «La percée chinoise en Afrique»)*. Paris: Éditions Autrement.
- SOGGE, D. (2003). *Les mirages de l'aide internationale. Quand le calcul l'emporte sur la solidarité* (traducción del inglés de Danielle Colli-gnon y Marie-Claude Rochon). Paris: Enjeux Planète.
- TREILLET, S. (2005). *L'économie du développement. De Bandoeng à la mondialisation*. Paris: Armand Colin.
- VAN DE WALLE, N. y JOHNSTON, T. A. (1999). *Repenser l'aide à l'Afrique*. Paris: Karthala.
- VERSCHAVE, F. X. (2004). *De la Françafrique à la Mafrafrique*. Bruxelles: Éditions Tribord.
- VIRCOULON, T. (2008). «La Chine, nouvel acteur de la reconstruction congolaise». *Afrique contemporaine*, n.º 227, pp. 107-118.
- WAGNER, J. (2015). *Chine Afrique. Le grand pillage. Rêve chinois, cauchemar africain?* (2.^a edición). Paris: Eyrolles.

Datos del autor

MBUYI KABUNDA BADI es un profesor e investigador en Relaciones Internacionales, especializado en los problemas de integración regional, desarrollo, cooperación sur-sur, derechos humanos y conflictos en África. Nacido en la República Democrática del Congo, ha desarrollado buena parte de su carrera académica entre Suiza y el estado español. Es Miembro del Grupo de Estudios Africanos de la Universidad Autónoma de Madrid y presidente de la Asociación Española de Africanistas. Fue director e impulsor del Observatorio de la Realidad Social del África Subsahariana (Fundación Carlos de Amberes y Universidad Autónoma de Madrid).

Entre sus numerosas obras, se pueden destacar:

Kabunda Badi, Mbuyi, *África y la cooperación con el Sur desde el Sur*. Madrid: Los Libros de la Catarata/Fundación Carlos de Amberes, 2011. [<http://grupodeestudiosafricanos.org/publicaciones/afrika-cooperacion-sur-sur>].

Kabunda Badi, Mbuyi, *África en movimiento: migraciones internas y externas*. Madrid: Los Libros de la Catarata/Fundación Carlos de Amberes, 2012.

Kabunda Badi, Mbuyi, *Las relaciones interafricanas o la apuesta por los saberes y prácticas domésticos*. Madrid: Los Libros de la Catarata, 2013.

La sociedad civil en la definición de la agenda de desarrollo

Lourdes Benavides

Oxfam Intermón

Resumen

Los Objetivos de Desarrollo del Milenio (ODM) definieron prioridades globales sobre pobreza, educación, género, salud, medioambiente y cooperación internacional. Consiguieron dar forma al diálogo y a la inversión en el ámbito del desarrollo, pero tenían graves limitaciones. Quince años después, la crisis económica, energética y medioambiental plantea nuevos retos y problemas globales. El mundo ha cambiado desde los años noventa, es multipolar, con Estados emergentes que han ganado en peso económico y político y un continente europeo debilitado por los efectos de la crisis.

¿Qué futuro queremos para la humanidad? ¿Qué podemos aprender del pasado reciente en la lucha contra la pobreza? El secretario general de Naciones Unidas planteó estas preguntas en el año 2012 y abrió un largo y complejo proceso político de consultas y negociaciones que llevó a la adopción de los Objetivos de Desarrollo Sostenible en septiembre de 2015. Estos están más orientados a las causas sistémicas de la pobreza, son más exhaustivos, de aplicación universal, y tienen en cuenta todas las dimensiones del desarrollo sostenible en una visión más completa e integrada. El principal fracaso se fraguó en Addis Abeba en la Tercera Conferencia Internacional sobre Financiación para el Desarrollo, donde

nunca llegaron los compromisos esperados para frenar la elusión y la evasión fiscal, donde también se confirmó la privatización de la ayuda y la omisión de la Ayuda Oficial para el Desarrollo (AOD).

La sociedad civil global, cada vez más activa y orientada a promover cambios sociales y políticos, se ha organizado, ha creado redes y alianzas, ha sabido usar las nuevas tecnologías y los medios de comunicación y alcanzar amplios consensos para influir en la agenda en distintos niveles simultáneamente. El proceso de los ODS ha gozado de una fuerte legitimidad gracias a las amplias consultas nacionales, regionales y globales, así como a unas negociaciones equilibradas geográficamente y permanentemente abiertas a la participación de los actores clave.

Palabras clave

Desarrollo, Agenda 2030, Agenda post-2015, Objetivos de Desarrollo Sostenible, sociedad civil global, participación.

El año 2015 es un año medular en la lucha contra la pobreza y contra las desigualdades. Es el año en el que finaliza el plazo establecido para el logro de los Objetivos de Desarrollo del Milenio y en el que convergen tres importantes procesos políticos que determinarán la futura agenda internacional de desarrollo, su financiación y el acuerdo global contra el cambio climático. La nueva agenda ofrece oportunidades a la sociedad civil global y le permite ahondar en los cambios que experimenta y también en su lucha por ganar más y mejores espacios de participación política.

En la primera parte analizaremos el nuevo marco de desarrollo, las oportunidades creadas por el proceso en sí y los retos que plantea el contexto internacional, y en la segunda parte trataremos de esbozar ideas sobre cómo la sociedad civil global, y en particular la sociedad civil africana, ha aprovechado esas oportunidades con el fin de influir en el marco de referencia en la lucha por la erradicación de la pobreza y la desigualdad para los próximos quince años.

1. El marco de desarrollo de aquí a 2030

El plazo fijado hace quince años para los ODM se acerca y los Gobiernos, donantes, receptores de ayuda y organismos multilaterales han tratado de dar un último impulso en el alcance de las metas a la vez que se han preparado para rendir cuentas sobre los compromisos internacionales que asumieron en el año 2000. En paralelo, se han llevado a cabo los debates sobre el futuro de la agenda.

1.1 Los Objetivos de Desarrollo del Milenio: ¿éxito o fracaso?

Respaldado por 189 Gobiernos, el conjunto de los ODM representó un consenso sin precedentes en el ámbito del desarrollo internacional, más incluso que anteriores iniciativas que vieron la luz entre los años sesenta y noventa. Desde los primeros años la gran mayoría de estos países empezó a informar sobre acciones y medidas tomadas con referencia a las metas fijadas por los ODM (Lancet, 2010). Conllevó además una amplia movilización social, permitió concentrar esfuerzos y recursos, con mecanismos de rendición de cuentas homogéneos, y sobre todo, los ODM se convirtieron en un referente para las reivindicaciones y luchas de la sociedad civil en los respectivos contextos nacionales. Por todo ello, muchos consideran que los ODM representaron un éxito de la comunidad internacional.

Pero los ODM representan también una determinada visión del desarrollo, basada en acuerdos alcanzados durante décadas anteriores en conferencias y en cumbres internacionales organizadas por las Naciones Unidas, una agenda ampliamente influenciada por el Comité de Ayuda al Desarrollo (CAD) de la Organización de Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE) y por las propuestas que aparecían en su informe *Modelando el siglo XXI: la contribución de la cooperación al desarrollo* (OECD/DAC, 1996). Los demás actores, sobre todo los no estatales, entre ellos la sociedad civil, aceptaron la propuesta sin oportunidad para aportar sus propias visiones, de ahí que la ausencia de participación en su definición sea una de las críticas más duras a los ODM.

Otra crítica asumida por muchos es que los ODM se limitaron a un acuerdo de mínimos. Se alejaron de una perspectiva de cambio, en la que los países en desarrollo pudieran aspirar a reducir la brecha que les separaba y alcanzar a los países ricos. Por el contrario, planteaban unas

metas específicas que situaban la responsabilidad en los Gobiernos de los países en desarrollo frente a sus propios ciudadanos. De esta manera, se privilegiaban estándares como el número de personas por debajo de un determinado umbral o el porcentaje de personas con acceso a servicios. Por todo ello, los ODM se basan en el fortalecimiento de capacidades, en las respuestas a necesidades (y no a titularidad de derechos) y en la cooperación internacional (Lancet, 2010).

El contexto político de los años noventa, durante el cual se acordaron los ODM, marcó las normas, los valores, los criterios que los impregnaban. Hulme sugiere que los ODM se desarrollaron en el cruce entre una ideología neoliberal liderada por Estados Unidos, que promovía el crecimiento económico basado en el libre mercado y una gestión basada en resultados, y, por otro lado, un enfoque de reducción de la pobreza multidimensional defendido por diversos países desarrollados, organismos multilaterales y organizaciones no gubernamentales (Hulme, 2009). Por ejemplo, el objetivo 1 es una muestra clara de esta visión neoliberal basada en el crecimiento económico para la reducir la pobreza.

OBJETIVO 1: ERRADICAR LA POBREZA EXTREMA Y EL HAMBRE

Meta 1.A: Reducir a la mitad, entre 1990 y 2015, la proporción de personas con ingresos inferiores a un dólar al día.

Meta1.B: Lograr el empleo pleno y productivo y el trabajo decente para todos, incluidos las mujeres y los jóvenes.

Meta 1.C: Reducir a la mitad, entre 1990 y 2015, el porcentaje de personas que padecen hambre.

En contrapartida, el objetivo 8, que resume los compromisos de los países desarrollados, se enfocaba hacia algunas cuestiones estructurales del comercio internacional y el sistema financiero, pero con unas metas que se limitaron únicamente a la AOD, a los flujos comerciales (subsidios, aranceles) y al alivio de la deuda, sin plantear cambios reales en las reglas del juego internacionales. En realidad, el único objetivo que debía recoger los desequilibrios estructurales en las relaciones internacionales y las responsabilidades de los países desarrollados se mostraba poco preciso e insuficiente en relación con los debates anteriores (Alonso, 2013).

OBJETIVO 8: FOMENTAR UNA ALIANZA MUNDIAL PARA EL DESARROLLO

Meta 8.A: Atender las necesidades especiales de los países menos desarrollados, los países sin litoral y los pequeños Estados insulares en vías de desarrollo.

Meta 8.B: Continuar desarrollando un sistema comercial y financiero abierto, basado en reglas establecidas, predecible y no discriminatorio.

Meta 8.C: Lidiar en forma integral con la deuda de los países en vías de desarrollo.

Meta 8.D: En cooperación con el sector privado, hacer más accesibles los beneficios de las nuevas tecnologías, especialmente las de información y comunicaciones.

Por otra parte, los resultados alcanzados por los ODM son desiguales e irregulares. El informe de 2013 sobre los ODM muestra que el porcentaje de habitantes en tugurios disminuyó significativamente, destaca mejoras en todas las áreas de la salud, la enseñanza primaria, la lucha contra el paludismo y la tuberculosis o en el acceso a fuentes de agua mejorada. Pero en la desigualdad de género, el saneamiento o el medioambiente, los logros han sido insuficientes. El informe oficial compilado anualmente por Naciones Unidas menciona: «El aumento de las emisiones de dióxido de carbono (CO₂) se está acelerando. Hoy las emisiones son un 46% más altas que en 1990. Se siguen perdiendo bosques a un ritmo alarmante» (Naciones Unidas, 2013).

En el caso del objetivo 1, los datos muestran que se ha alcanzado el objetivo cinco años antes de lo previsto. «En las regiones en desarrollo la proporción de personas que vive con menos de 1,25 dólares al día cayó del 47% en 1990 al 22% en 2010. Aproximadamente 700 millones de personas menos vivían en condiciones de pobreza extrema en 2010 que en 1990» (Naciones Unidas, 2013). Sin embargo, la crisis económica y financiera amplió el déficit mundial de empleo en 67 millones de personas (Naciones Unidas, 2013b). Aunque las tasas de pobreza extrema han descendido en todas las regiones del mundo, esos avances esconden amplias variaciones entre regiones, con mucho menos progreso en el continente africano y en Asia del Sudeste. También muestran que, «a

pesar del progreso, casi la mitad de las personas empleadas en el mundo trabaja en condiciones vulnerables» (Naciones Unidas, 2015).

Aún hay un total de 836 millones de personas siguen viviendo en la pobreza extrema (Naciones Unidas, 2015) y 795 millones de personas que sufren hambre crónica en el mundo, es decir, 167 millones menos que hace un decenio y 216 millones menos que en 1990-92 (FAO, 2015). En cifras absolutas, la situación ha mejorado, el pico más alto se alcanzó en 2009, «una de las muchas consecuencias de la crisis alimentaria y financiera mundial», según se resume en el análisis oficial, que también reconoce que «en la mayoría de las regiones el progreso para erradicar el hambre se ha estancado» (Naciones Unidas, 2013b).

En una revisión rápida y necesariamente incompleta del conjunto de los ODM, podríamos decir que se han cumplido los compromisos en el ámbito de la lucha contra la pobreza extrema, en el acceso a una fuente mejorada de agua y en el servicio de la deuda externa. En cambio, se ha avanzado con resultados insuficientes en el ámbito del paludismo, la tuberculosis y la terapia antirretroviral, en la paridad de género en matriculación escolar primaria, en la participación de las mujeres, en la lucha contra el hambre o la reducción de la mortalidad infantil. La comunidad internacional ha fracasado en cambio en los ámbitos de la precariedad laboral, la tasa de mortalidad materna, las fuentes mejoradas de agua en las zonas rurales, las emisiones de CO₂, en los bosques y la biodiversidad.

1.2 El contexto ha cambiado desde el año 2000

La crisis económica y financiera planteó retos y problemas globales crecientes y urgentes: la financiarización de la economía mundial, la desregulación financiera, la volatilidad de los mercados, etc. Evidenció muchos desequilibrios del sistema económico mundial, que afectaron, en primer lugar, a las poblaciones más empobrecidas durante la crisis financiera de 2007-08. Los precios de los alimentos se dispararon en 2008, empujando a la pobreza a 100 millones de personas, 30 millones en África (World Bank, 2008), una inestabilidad que permaneció durante cuatro años. Ha llevado también a la fuerte caída de la Ayuda Oficial al Desarrollo (AOD) frente al incremento de la cooperación sur-sur y de otras formas de cooperación triangular o de los flujos comerciales y de inversión. La AOD tiende a privatizarse y el sector empresarial entra con

fuerza en la agenda del desarrollo, sin salvaguardas, alentado por el discurso de los principales donantes sobre la importancia del sector privado en la financiación del desarrollo en tiempos de austeridad.

En segundo lugar, la geografía de la pobreza ha cambiado. El crecimiento de las economías emergentes se convirtió en el principal eje del crecimiento económico mundial. Todo ello ha llevado igualmente a un nuevo reparto de los espacios políticos en el que países como Brasil, China, Colombia, India, México o Suráfrica juegan un papel mucho más protagonista y se posicionan proactivamente para liderar procesos políticos de alcance global y proponer nuevas soluciones a los problemas globales.

Crece una clase media global en el mal llamado sur global, pero a la vez son las economías emergentes las que concentran la mayor parte de los pobres más pobres. Este crecimiento no ha beneficiado a todos por igual. Las desigualdades domésticas e interestatales han seguido aumentando. Los impactos de la desigualdad económica extrema son graves y «es inevitable que se intensifiquen las tensiones sociales y aumente el riesgo de ruptura social» (Oxfam, 2014: 2-3).

Vivimos hoy en un mundo de grandes cambios en la distribución de riqueza y del poder político, que llevan además a la apropiación de los procesos políticos y democráticos por parte de las élites económicas. Están relacionados con la desregulación financiera, la inequidad de los sistemas fiscales, las leyes que facilitan la evasión fiscal, las políticas económicas de austeridad, la gran concentración de poder en manos de transnacionales o la apropiación de los ingresos derivados del petróleo y la minería. Estas políticas afectan a todos y a todas, pero perjudican a las mujeres de forma desproporcionada, y son «una gran amenaza para los sistemas políticos y económicos inclusivos» (Oxfam, 2014: 2-3).

En tercer lugar, no hay que olvidar los efectos del cambio climático. Suponen una grave amenaza para toda la población mundial con implicaciones en los rendimientos agrícolas, en la frecuencia e intensidad de eventos meteorológicos extremos (olas de calor, sequías, inundaciones), en las migraciones desde zonas potencialmente inundables, etc. Las más afectadas son las capas más pobres y vulnerables de la sociedad, afectadas de forma desigual por los desastres naturales y la destrucción de viviendas, infraestructuras, de sus medios de vida... Con ello, se deben replantear

unos patrones de producción y consumo insostenibles, un modelo que conlleva el uso abusivo y desigual de recursos naturales, muy por encima de los límites planetarios, un modelo energético que responde más a los intereses creados de la industria de los combustibles fósiles que a la urgente y necesaria transición hacia una energía baja en carbono, etc.

Y así podríamos seguir desgranando otros problemas como el cuestionamiento del multilateralismo, la difusión de poder a actores no estatales, la crisis del propio sistema de ayuda, los conflictos, los Estados frágiles, el terrorismo internacional o las violaciones de los derechos humanos y la reciente crisis global de refugiados.

1.3 Un proceso complejo hasta llegar al nuevo marco de desarrollo

En este escenario internacional, y ante la oportunidad de revisar el marco de desarrollo acordado a principios de siglo, el secretario general de Naciones Unidas, que lidera el proceso para el acuerdo sobre un nuevo marco de desarrollo, comenzó un debate en 2012 que involucraba a todos los programas, agencias y fondos del sistema de Naciones Unidas. El Grupo de las Naciones Unidas para el Desarrollo lideró desde agosto de 2012 más de cien consultas nacionales, once consultas temáticas y debates en las distintas regiones, además de herramientas abiertas a propuestas de ciudadanos de todo el mundo. Se abrió una «conversación global» y se promovió la participación de todos los actores para el «mundo que queremos» con grandes dosis de voluntarismo y energía (GNUD, 2013), colmando así una deficiencia del proceso que llevó a la formulación de los ODM. Un Panel de Alto Nivel de Personas Eminentes, nombrado para asesorar al secretario general, presidido por Reino Unido, Indonesia y Liberia, entregó su informe en mayo de 2013 (HLPE, 2013). El informe plantea cinco grandes cambios: cuatro son de aplicación a escala nacional (desigualdad, sostenibilidad, crecimiento inclusivo, paz y desarrollo institucional¹) y el último, de ámbito global, «forjar una nueva alianza mundial» (HLPE, 2013). También el Pacto Mundial, que agrupa al sector privado, y la Red de Soluciones para el Desarrollo Sostenible, que reúne a actores del mundo académico, entregaron sendos análisis

1 No olvidarse de nadie; 2) Colocar el desarrollo sostenible en el centro de la agenda; 3) Transformar las economías para crear empleo y crecimiento inclusivo; 4) Construir paz e instituciones eficaces, abiertas y responsables para todos; y 5) Forjar una nueva alianza mundial.

desde la perspectiva del sector privado y de la academia y los think tanks, y establecieron vías de interlocución directamente con el equipo de coordinación puesto en marcha por Ban Ki Moon.

Con base en los resultados de todas estas consultas, el secretario general esbozó su visión del desarrollo sostenible en septiembre de 2013: un desarrollo «facilitado por la integración del crecimiento económico, la justicia social y la ordenación medioambiental, debe convertirse en nuestro principio rector y nuestra norma operacional a nivel mundial» (AGNU, 2013).

Por otra parte, en la Cumbre de Desarrollo Sostenible de Río, en junio de 2012, se inició otro proceso, intergubernamental en este caso, un Grupo de Trabajo de Composición Abierta compuesto por 30 sillas en las que rotaban 69 países procedentes de los cinco grupos regionales de Naciones Unidas. Facilitado por Hungría y Kenia, este grupo se ha reunido ocho veces durante el año 2013 para abordar un amplio abanico de temas o sectores y de vínculos intersectoriales, con la participación de los grupos principales² y de expertos. Esta vía de negociación prevé también un Comité Internacional de Expertos para una Estrategia de Financiación, constituido por treinta expertos «designados por los grupos regionales, con una representación geográfica equitativa, y cuya labor concluirá en 2014» (AGNU, 2012), que preparó la Cumbre de Addis Abeba sobre Financiación Internacional.

La fase de consultas y de propuestas que se lanzó en 2012 completando y mejorando las anteriores consultas se cerró a finales de 2014 con el Informe del Grupo de Composición Abierta, encargado de redactar una propuesta de objetivos en la Cumbre de Río+20. El grupo publicó en julio de 2015 una propuesta de marco de desarrollo sostenible, basada en 17 ODS y 169 metas. Bien valorado en general por la sociedad civil, el informe es ambicioso y transformador, mejorable en muchos aspectos, pues al obligar a los países a negociar por tríos, superando los clásicos grupos y la brecha norte-sur (UE, G77...), consiguió superar

² La Agenda 21 formalizó distintas categorías para asegurar la participación ciudadana, nueve grupos socioprofesionales informales: las mujeres, los niños y jóvenes, los indígenas, las autoridades locales, las ONG, los trabajadores y sindicatos, las empresas e industrias, los científicos y las comunidades tecnológicas, los productores y campesinos. En <<http://www.un.org/spanish/esa/sustdev/agenda21/>> (consultado el 10 de noviembre de 2015).

muchos escollos. España participó, compartiendo silla con Turquía e Italia.

A partir de ahí, el Informe de Síntesis del secretario general de Naciones Unidas *El camino hacia la dignidad para 2030*, publicado en diciembre de 2014, presentaba una síntesis de todas las consultas e insumos de los últimos tres años. En él se plantea una visión transformadora, más amplia y ambiciosa que los ODM, de aplicación nacional y universal, «que requiere transformaciones económicas profundas y una nueva alianza mundial», basada en los 17 ODS, 169 metas y 6 principios generales.

Dicho informe es la base de las negociaciones intergubernamentales que comenzaron en Nueva York en enero de 2015. Después de unas sesiones de balance y de redacción de la Declaración Política, a lo largo del mes mayo se entró directamente a negociar la propuesta (objetivos, metas, indicadores). El equilibrio de la negociación resultó siempre frágil y nadie quería perder muchos de los logros alcanzados por el Grupo de Composición Abierta, por ejemplo en los ámbitos del enfoque de derechos humanos, el principio de dignidad/igualdad, la igualdad de género...

Ambos procesos terminaron en un único conjunto de objetivos y metas en el que convergen tanto la agenda del desarrollo sostenible de Río como la agenda de desarrollo humano.

En cuanto a la definición de los indicadores, se abrió un proceso que culmina en marzo de 2016 con alrededor de 120 indicadores. Se encargó el trabajo a la Comisión Estadística de las Naciones Unidas, en la que están involucrados expertos de varios países. Aquí el debate está entre algunos países que abogan por ese trabajo que consideran «técnico» (la UE, entre ellos) y otros, junto con la sociedad civil, que alertan sobre el hecho de que los indicadores son políticos y pueden determinar el nivel de ambición de la agenda. La rendición de cuentas es central, y se plantean dos posibles mecanismos: estándares globales o regionales a los que pueden sumarse los países y mecanismos nacionales vinculados a planes o estrategias nacionales.

1.4 El resultado: los Objetivos de Desarrollo Sostenible

Los ODS orientarán la política y la financiación para el desarrollo durante los próximos quince años. Con el paso de los ODM a los ODS, el

marco de desarrollo ha mejorado en muchos aspectos. Es el reflejo de las nuevas relaciones de poder y su enfoque, más equilibrado que el anterior y universal en su aplicación, muestra la nueva geografía de la pobreza y la desigualdad y la superación de la visión donantes-receptores que pre-vealía en los ODM.

Por primera vez, la agenda se compromete a erradicar el hambre y la pobreza. Se han debatido las causas y las raíces de los problemas y no solo los síntomas a los que los ODM se limitaban. Muchas cuestiones que no estaban en los ODM han sido incorporadas, como los flujos migratorios y el trabajo decente, y se ha agregado el desarrollo sostenible en todas sus dimensiones: económica, social y ambiental. Después de una larga lucha de la sociedad civil, la desigualdad se ha podido colocar en lo alto de la agenda internacional y en boca de grandes líderes políticos, sobre todo desde aquel dato compartido por Oxfam en Davos en 2014: la mitad más pobre de la población mundial posee la misma riqueza que las 85 personas más ricas del mundo.

La dificultad, por otra parte, es la gran cantidad de objetivos, metas e indicadores que cuestionan la capacidad que tendrán algunos países en asegurar el monitoreo y la rendición de cuentas.

Con los ODS, tenemos un marco de gobernanza del desarrollo sostenible. La gobernanza mundial y la cooperación internacional están integradas en ámbitos como el comercio, los subsidios a la agricultura o las inversiones extranjeras directas, por ejemplo, han quedado plasmados en diversas metas transversales. Pero dicho marco es insuficiente porque ha dejado de lado cuestiones primordiales. Hoy, la realidad muestra que la inmensa mayoría de los flujos internacionales es privada. El contexto de crisis y de austeridad presupuestario ha sido la justificación de la débil voluntad política en los compromisos sobre los medios de implementación, que se han plasmado en lo siguiente:

- la drástica caída de la AOD, es decir, del principal cauce de la solidaridad y la redistribución global de fondos públicos, tan necesarios para acabar con la pobreza y reducir la desigualdad extrema,
- la privatización a ultranza del desarrollo, sin las necesarias salvaguardas,
- los obstáculos a la transferencia de tecnologías,

- y la ausencia de resolución de unas reglas fiscales internacionales trucadas.

Nos referimos al sonado fracaso de la Tercera Conferencia Mundial de Financiación de Addis Abeba.

Desde el año 2012 se han escuchado voces de todo el mundo que exigían liderazgo y cambios radicales en relación con la pobreza, las desigualdades y el cambio climático. Dificilmente se podrán seguir desoyendo unas voces tan determinadas. La sociedad ha contribuido a las prioridades de la agenda global y miles de organizaciones y de representantes de movimientos de base y organizaciones de todo tipo, organizados y federados, han construido su propio análisis y posicionamiento. Por supuesto, otros actores, como el sector privado, también lo han hecho, pero no son objeto de este análisis.

2. La participación de la sociedad civil en la definición de la agenda de desarrollo

En un momento de crisis económica y social y con el riesgo de repliegue de los Gobiernos hacia visiones más orientadas a defender los intereses nacionales que los bienes públicos globales, muchos critican que el marco de desarrollo se limite a una serie de compromisos no vinculantes. Sin embargo, los ODS se pueden considerar como una forma de conciliar la soberanía nacional y la acción colectiva, una suerte de soft law, que puede sellar y confirmar la validez de los consensos internacionales y las normas colectivas, vinculantes en algunos casos, por ejemplo, en el ámbito de los derechos humanos o el medioambiente, con argumentos morales y el poder discursivo del bien común. Representan un incentivo para la coordinación de políticas en el cumplimiento de objetivos de aplicación universal. Son una guía de referencia, un marco de planificación de políticas, que debería también revertir en el refuerzo de la capacidad sobre estadística, conocimiento y monitoreo (la llamada «data revolution») (Sanahuja, 2014).

Otros, como el Overseas Development Institute, insisten también en la importancia que pueden tener los ODS para las plataformas de organizaciones nacionales, en términos de movilización doméstica y de fomento de debates y consensos sobre diagnósticos y potenciales respuestas. Destaca igualmente la importancia de la conexión de

la agenda de desarrollo con el régimen internacional de los derechos humanos, la importancia de la rendición de cuentas, del conocimiento y del monitoreo informado del progreso (ODI, 2014).

Frente a problemáticas globales en esencia, tanto en sus manifestaciones como en sus causas, los Estados deben adoptar respuestas globales y colaborativas. Por ejemplo, en el caso de la gestión del medioambiente (en la lucha contra el cambio climático, que ha surgido como una prioridad nueva de los debates sobre desarrollo o la insostenibilidad del actual modelo de producción y consumo, por ejemplo) o en la globalización de los derechos humanos y la progresiva emergencia de una justicia social a escala planetaria. Frente a otros posibles sistemas políticos resultantes de las relaciones de poder, los Estados pueden optar por la vía de construir «nuevas formas de gobernanza consensuada» (Castells, 2008: 81-82) y abrir procesos negociadores orientados a la cooperación y la solidaridad, legitimados además por la participación de los actores sociales.

2.1 La evolución de la sociedad civil global

La sociedad civil se refiere a un abanico diverso y a veces contradictorio de actores no gubernamentales en una sociedad, incluyendo las organizaciones de carácter religioso, los sindicatos y las asociaciones de interés común, los movimientos sociales, además de las ONG y las organizaciones comunitarias.

La rápida evolución del contexto de la que hemos hablado en la primera parte justifica un cambio en la naturaleza y los planteamientos de las organizaciones de la sociedad civil. Los problemas y retos para la sociedad han cambiado y también la forma de organizarse y de responder a los retos globales y de conseguir aunar voces frente a unos centros de decisión y de liderazgo globales cada vez más numerosos y dispersos geográficamente. Muchas organizaciones han modificado su papel para reclamar una mejora de las políticas gubernamentales y el respeto de los derechos de los ciudadanos. Desde los años noventa, dejaron de centrarse exclusivamente en la prestación de servicios para pasar también a influir en el ámbito de la política (tendencia que en muchos países se está revirtiendo con la reducción de los espacios de la sociedad civil) y desarrollaron alianzas norte-sur.

Otro cambio fundamental ha sido el aumento de las conexiones disponibles por internet y por teléfono, ya que las personas cuentan hoy con más canales para expresarse y organizarse. Con flujos de información más inmediatos y un mayor número de fuentes y de nuevos medios de comunicación, las personas pueden amplificar su voz y tienen acceso a una gama diversa de opiniones. Los ciudadanos, y en particular los jóvenes, se movilizan con más fuerza y efecto. El grupo de seguimiento We Are Social ha estimado que para 2016 la mitad de la población mundial tendrá acceso a internet, si bien es cierto que la fractura digital sigue dejando fuera a las comunidades empobrecidas (Castel y Bajo Erro, 2013).

Para conseguir cambios más profundos y sostenibles, la sociedad civil ha desarrollado habilidades y estrategias de influencia en diversos espacios, desde el local hasta el global. Surge con mayor fuerza la necesidad de defender derechos y promover o exigir cambios en hábitos, normas, políticas públicas, instituciones, capacidades, en respuestas sistémicas y complejas que vinculen distintas políticas o sectores de especialización... En el ámbito de desarrollo, esto se ha traducido en un esfuerzo por buscar alianzas, abrir espacios e influir en el proceso de redacción de los ODS. En la siguiente fase, debería continuar con los esfuerzos de vigilancia y presión para exigir a los tomadores de decisión que rindan cuentas y pongan los medios para alcanzar los objetivos y las metas.

La sociedad civil global es la «expresión organizada de los valores y los intereses de una sociedad», según Manuel Castells, y aparece con la globalización, que conlleva que se traslade el debate del nivel nacional al nivel global. Por otro lado, la «esfera pública» es el espacio de comunicación de ideas y de proyectos que emergen desde la sociedad y son dirigidos a los tomadores de decisiones en las instituciones sociales; estos se canalizan con la emergencia de formas ad hoc de gobernanza global y gracias a las redes de comunicación global (Castells, 2008). Acorde con la visión de Castells, el proceso que ha llevado a la nueva agenda de desarrollo ha abierto estos espacios y ha posibilitado que la sociedad civil, cada vez más organizada e interconectada, participara en un proceso político amplio y complejo y ha favorecido su mayor interacción con los Estados y las instituciones multilaterales.

Todo esto ha ocurrido a pesar de la reciente tendencia a la reducción de los espacios de la sociedad civil. En todos los continentes, los

Gobiernos están imponiendo leyes, políticas y restricciones que limitan seriamente el espacio, y eso contribuye a un secuestro político del Estado y de sus recursos. Por añadidura, cuando los ciudadanos no pueden expresar sus intereses y prioridades, controlar los asuntos públicos e influir en las decisiones que afectan a sus vidas, el desarrollo basado en los derechos se ve gravemente limitado.

2.2 El papel de la sociedad civil en el proceso de los ODS

El derecho a organizarse y la libertad de alzar la voz contra la pobreza, la desigualdad y la injusticia precisan de un espacio legal, político y social para la sociedad civil. En este sentido, el proceso lanzado por Ban Ki Moon, planteado desde el aprendizaje del proceso que llevó a los ODM, favoreció la participación de muchas organizaciones de muchos tipos y de todos los continentes, y parece haber sido un elemento aglutinador de la sociedad civil. Por un lado, el secretario general encargó el trabajo a un equipo (UN Task Team) especializado cuya responsabilidad era la de apoyar en la preparación de la agenda con contenido analítico, pericia y fomentando una amplia participación; dicho equipo contaba con el apoyo de 60 instituciones y agencias de Naciones Unidas, y presentó su primer informe, *El futuro que queremos para todos*, en junio de 2012, un punto partida que recomendaba un enfoque político integrado que incluyera desarrollo económico, desarrollo social inclusivo, paz, seguridad y sostenibilidad ambiental. La primera fase de consultas se cerró en junio de 2013, liderada desde el sistema de Naciones Unidas (el Grupo de Desarrollo), y contó con más de 100 consultas nacionales, once consultas temáticas³ y consultas regionales. Otros informes se sumaron desde la Red de Soluciones para un Desarrollo Sostenible (academia), el Global Compact (sector privado) o el Consejo Económico y Social de Naciones Unidas.

Sin embargo, uno de los principales informes que surgieron de este primer proceso, realizado por el Panel de Alto nivel de Personas Eminentes (HLPE), liderado por los presidentes de Estado y de Gobierno

³ Once consultas temáticas abiertas: desigualdades (incluye género), buen gobierno, salud, sostenibilidad ambiental, dinámicas poblacionales, crecimiento y empleo, conflicto y fragilidad, educación, seguridad alimentaria y nutrición, agua y saneamiento. El Gobierno español auspició con Colombia la reunión de alto nivel que cerraba la consulta temática global sobre Hambre, Seguridad Alimentaria y Nutricional el 4 de abril de 2013.

de Indonesia, Liberia y Reino Unido, y apoyado por el UN Task Team, fue muy criticado por muchos que veían en él el informe de la «élite», respondiendo a un proceso poco legítimo. Por el contrario, fue ganando fuerza y aceptación el segundo proceso nacido de Río+20, que los países del G77 veían más favorable y que demostró ser más equilibrado y participativo. Este era un proceso de negociación intergubernamental, un Grupo de Trabajo de Composición Abierta (OWG) facilitado por Hungría y Kenia, que contaba con un total de 69 Estados y que se reunió ocho veces, siempre con la participación de los grupos de interés (*major groups*⁴). Bien percibido por una amplia mayoría por su capacidad de liderazgo, participación y por equilibrio entre regiones en el sistema de turnos de palabra, el grupo publicó en julio de 2015 una propuesta de marco de desarrollo sostenible, basada en 17 ODS y 169 metas, que es finalmente la que sirvió de base para la última fase de negociación y adopción del marco de desarrollo sostenible. La propuesta fue globalmente bien valorada por la sociedad civil, era ambiciosa y transformadora, mejorable en muchos aspectos, pero al obligar a los países a negociar por tríos, superando los clásicos grupos y la brecha norte-sur (UE, G77...), consiguió superar escollos en la negociación y alcanzar resultados que no se esperaban. España, por ejemplo, participó compartiendo silla con Turquía e Italia y no podía por tanto reducir su contribución a la defensa de las posiciones europeas.

La sociedad civil global organizada ha sabido aprovechar oportunidades que le brindaba este proceso participativo. Posiblemente con él se haya fortalecido, y desde luego ha mostrado que está más preparada para defender ideas comunes y posiciones convergentes, aun desde distintos contextos o visiones. Surgen en el discurso elementos comunes: la reducción de las desigualdades, el rechazo de las políticas de austeridad, la lucha por abrir o garantizar espacios de participación política, la defensa de los derechos de las mujeres o el cambio en el modelo de producción y consumo que nos lleva a un desarrollo desigual e insostenible que ya ha superado los límites planetarios. En muchos países, la sociedad civil ha exigido diálogo y compromiso a sus Gobiernos

4 Los *major groups* representan sectores clave de la sociedad, ayudan a canalizar la participación de los ciudadanos, de los actores económicos y sociales, de los expertos de los procesos intergubernamentales de Naciones Unidas relacionados con el desarrollo sostenible. Desde 1992, existe una plataforma que interactúa con los Estados miembros y asegura el seguimiento de sus compromisos.

y ha podido articular mensajes para influir en los niveles regional y global. En los momentos clave de estos procesos, ha trabajado sobre consensos amplios y defendiendo los mensajes comunes en diversos foros simultáneamente.

Se han creado amplias alianzas globales como Beyond2015, una plataforma que ha promovido procesos de consenso inclusivos y posicionamientos comunes, con una gran capacidad de interlocución simultánea desde distintos puntos geográficos. Creada en 2010, se construye desde la diversidad, con organizaciones comunitarias de base, las principales ONG internacionales, la academia y los sindicatos. Su finalidad era convertirse en un movimiento social que alcanzase consensos amplios sobre un estándar mínimo de legitimidad para el marco 2030, tanto en términos de proceso como de contenidos de la propia agenda, y que fuera capaz de influir en sus contenidos en los niveles nacionales e internacional. Reúne a más de 1.500 organizaciones de 139 países, de los cuales 41 son de países africanos, 29 de Asia y Pacífico, 35 de países europeos, 26 de Latinoamérica y 2 de Norteamérica. El 56% son organizaciones del sur⁵.

Las organizaciones del sur se han aliado entre ellas, las del norte, con las del sur, por temas, a nivel global, regional, desde las plataformas nacionales. Se han trabajado los temas desde visiones más integradas y sistémicas, intercambiando conocimientos y superando las visiones más sectoriales o puramente técnicas. Un ejemplo es la carta firmada por 62 organizaciones de 40 países en 2013 pidiendo al secretario general que tomara medidas para garantizar que el proceso planteara como prioridades los límites planetarios, las desigualdades, las transformaciones estructurales, la universalidad, la rendición de cuentas y los mecanismos para una participación de la ciudadanía de calidad⁶.

Otro hecho relevante y facilitado por una agenda en la que convergen el desarrollo humano y el desarrollo sostenible es la mayor cercanía que existe hoy entre las organizaciones de lucha contra la pobreza y las organizaciones ecologistas, que han sabido desarrollar un debate y una narrativa comunes, uniendo los derechos económicos y sociales de

5 <<http://www.beyond2015.org/>>

6 <<https://www.worldwewant2015.org/node/362350>>

toda la población mundial con los límites ecológicos planetarios con una aproximación común a la sostenibilidad (Oxfam, 2012).

Estos avances, si nos referimos a cómo se llevó a cabo el proceso que desembocó en los ODM, y los cambios en la sociedad civil han promovido que organizaciones y plataformas africanas estuvieran más presentes, más activas y mejor conectadas con las plataformas de la sociedad civil de otras regiones. Se crean amplias redes de trabajo conjunto y solidario, más o menos estratégicas u oportunistas.

2.3 Incidencia política y movilización ciudadana en el continente africano

En el marco de las distintas consultas regionales para alimentar el proceso a escala global, el continente africano desarrolló posiciones políticas comunes de cara a las grandes citas de 2015, tanto para la agenda de desarrollo (Nueva York, Addis Abeba) como para la Cumbre Mundial sobre el Clima en París. Los procesos de construcción de estas posiciones muestran la voluntad creciente de la Unión Africana (UA) de favorecer el diálogo y abrir el debate agregando insumos técnicos y políticos por parte de diversos actores, organizaciones y plataformas. Los negociadores africanos esperan ganar así más peso en los debates con propuestas argumentadas y más legítimas. En los últimos años y según los casos, el liderazgo en la construcción de estas posiciones ha sido asumido bien por las organizaciones multilaterales, bien por algunos países con mayor capacidad de liderazgo (ECDPM, 2014).

El proceso para llegar al documento de posición final se inició a finales de 2011, es decir, en una fase muy temprana del proceso, a iniciativa de la Comisión Económica para África de las Naciones Unidas (UNECA), en colaboración con la Comisión de la Unión Africana (UA) y el Fondo de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD). Un primer taller reunió a representantes de los Gobiernos, la sociedad civil y la academia de 18 países africanos. De ahí surgió un mensaje fundamental, que pedía un cambio de paradigma, es decir, pasar de una visión centrada en la ayuda y en las iniciativas impuestas desde el exterior a un enfoque orientado al crecimiento económico y la transformación, liderados y financiados por iniciativas domésticas.

En julio de 2012, la Comisión de la UA recibió un mandato formal de la Cumbre de Jefes de Estado y de Gobierno, junto con la UNECA, el

Banco Africano de Desarrollo y el PNUD, para fijar la posición común sobre la agenda 2030. A partir de ahí se celebraron varias consultas en distintos puntos del continente que contaron de nuevo con los líderes africanos, la academia, el sector privado y la sociedad civil, y se cerraron con la publicación de un informe. Al mismo tiempo, el proceso iniciado en Río+20 seguía su curso en África con la preparación de un documento que establecía prioridades para los ODS, las metas y los indicadores.

Por último, se creó un Comité de Alto Nivel de Jefes de Estado y de Gobierno presidido por Ellen Johnson Sirleaf, presidenta de Liberia, que también presidía el HLPE. El comité debía coordinar esfuerzos y promover alianzas alrededor de la posición común africana, que se lanzó formalmente en un acto público en 2014 con el fin de conseguir una amplia aceptación y compromiso (ECDPM, 2014).

Paralelamente a estos cambios relacionados directamente con la «reducida capacidad de los sistemas políticos nacionales de manejar los problemas a escala global» (Castells, 2008: 83) y con la necesidad de participar en la construcción de marcos de referencia globales, la sociedad civil también ha cambiado y se ha reforzado en el paisaje político africano.

El número de organizaciones de la sociedad civil africanas involucradas en medioambiente y desarrollo ha crecido considerablemente desde los años ochenta, con un abanico amplio y diverso de organizaciones de distinto tamaño y foco, que difieren mucho de un país a otro y entre las áreas urbanas y rurales. En 1990, la Carta de Arusha sobre Participación Popular y Transformación (UNECA, 1990) reconocía la necesidad de integrar a la sociedad civil africana en las estructuras de gobierno de las principales instituciones para que participara plenamente en la definición de estrategias de desarrollo a largo plazo del continente. En muchos países, la sociedad civil se dedica cada vez más a influir en las políticas públicas y ha superado la única prestación de servicios, si bien es cierto que esto no se da en la misma medida en todos los países. Progresivamente ha ido creciendo el conocimiento de los marcos legales, los espacios de encuentro, la especificidad regional y los incentivos, y con ello la capacidad de incidencia política. Las ONG están presentes en audiencias, paneles y debates con los Gobiernos y su cuota de presencia en foros de debate y procesos políticos internacionales aumenta. Las movilizaciones se multiplican contra la corrupción, por ejemplo; han

motivado grandes olas de protesta en el continente, desde Túnez, donde la caída del presidente Ben Alí en 2011 fue provocada por una protesta contra la mala gestión de las élites gobernantes, hasta Suráfrica, en 2013, donde se convocaron manifestaciones contra el intento sacar una ley de protección de datos públicos, percibida por buena parte de la sociedad como una reducción de la transparencia y de la rendición de cuentas del Estado.

En segundo lugar, a escala continental, para la agenda 2030 se crearon plataformas que reunían a organizaciones nacionales o regionales con el fin de incrementar la interacción entre la sociedad y los Estados. Por ejemplo, Africa Platform nació en 2010 y sus objetivos eran el fortalecimiento de las capacidades de la sociedad en el liderazgo sobre el desarrollo, la mejora de las relaciones entre Estado y sociedad civil y la capacidad de influir en las políticas nacionales, regionales y globales que amenazan la legitimidad de la sociedad o debilitan la gobernanza participativa. Otra coalición es el African Working Group, que se creó en 2012 para articular los posicionamientos de la sociedad civil africana en el proceso del HLPE, y en la que participaban más de 100 organizaciones de la sociedad civil. Tenía como objetivo asegurar que las aspiraciones de los ciudadanos africanos se encontraran entre las prioridades de la agenda de desarrollo y desarrollar una narrativa basada en las voces africanas. Para ello llevaron a cabo amplias consultas en comunidades de base, facilitando espacios a representantes de grupos marginales en distintas reuniones de alto nivel, favoreciendo así su interacción con los tomadores de decisión a nivel subregional o continental.

Estas organizaciones, aunque en algunos casos han sido creadas ad hoc, aglutinan amplias plataformas nacionales y regionales ya consolidadas y alianzas alrededor de determinadas temáticas (justicia de género, cambio climático, agua, ecología, paz, investigación...), algunas de ellas con una capacidad confirmada de incidir en las agendas políticas nacionales y regionales. Representan espacios de encuentro para buscar la convergencia y el consenso en los mensajes y la definición de prioridades coherentes.

En tercer lugar, las grandes organizaciones internacionales, como Oxfam, Amnistía Internacional o Action Aid, están adaptando su visión, estructuras, estrategias y recursos con el fin de reequilibrar su presencia

internacional con un mayor peso en el sur global y menor presencia en el norte. Lo hacen en respuesta a los grandes cambios del contexto y para mantener su capacidad de influencia, que ya no se ubica exclusivamente en los centros de poder tradicionales (Washington, Bruselas, Ginebra, Tokio...). En el caso de Oxfam, la fuerza de las campañas se canalizará cada vez más en beneficio del sur a través de una nueva estrategia que pretende conectar con las clases medias en países en desarrollo y así tener mayor impacto.

Estas organizaciones y otras muchas iniciativas exteriores al continente han fomentado la colaboración norte-sur con el fin de asegurar espacios de expresión para las voces del sur, sin mencionar las consultas específicas organizadas por agencias e instituciones de Naciones Unidas o previstas en el ámbito del proceso y que ya hemos mencionado. Han integrado entre sus prioridades el apoyo a organizaciones del continente africano, mediante el fortalecimiento de capacidades y liderazgos, la financiación de desplazamientos con el fin de llevar voces africanas a las reuniones y consultas o el apoyo a campañas de movilización popular y la articulación de mensajes políticos.

Por último, en África los recursos tecnológicos también han permitido cambiar las formas de trabajo y han ayudado a fomentar debates públicos que alimentan la esfera pública y son un referente para los Gobiernos e instituciones multilaterales, convirtiéndose así en un mecanismo de participación política eficaz. Los móviles se han impuesto y constituyen una «revolución», entre los jóvenes en particular, que ha servido para informarse, convocar protestas y establecer conexiones con otros continentes. La expansión de internet también ha sido excepcional aunque le queda mucho aún por recorrer, pues el continente está lejos detrás del resto de regiones. En general, para Castel y Bajo Erro, la comunicación para el cambio social cuenta en las nuevas tecnologías de la información y la comunicación con un aliado: permite el empoderamiento de las comunidades, las ideas fluyen, se pueden discutir decisiones de la autoridad (Castel y Bajo Erro, 2013).

3. Reflexiones finales

La nueva agenda de desarrollo es ambiciosa, es más completa, recoge muchos aspectos olvidados en la anterior y ha conseguido salvar in ex-

tremis referencias a los derechos humanos, a pesar de la oposición de un gran número de países. Es, por tanto, más política que la anterior; reconoce que no se trata de mitigar los síntomas de la pobreza, sino que es necesario erradicarla por completo, y para ello abordar las causas profundas, desde la complejidad y con un enfoque sistémico. Se trata más de un marco de gobernanza que de un referente para los flujos de ayuda.

Ha ayudado que el propio proceso para la definición de los ODS ha sido más horizontal, inclusivo y amplio. El sistema de negociación ideado en Río+20 y la pericia de los cofacilitadores han conseguido romper la brecha, habitual en este tipo de foros, entre el norte y el sur, y evitar que las coaliciones tradicionales bloquearan las negociaciones y pusieran en jaque los resultados. Los intentos de las élites occidentales de imponer opciones claramente liberales también han fracasado. Por el contrario, los países en desarrollo han tenido un papel mucho más protagonista. El resultado no es perfecto pero es equilibrado y refleja el nuevo reparto de poder y riqueza.

Además, la sociedad civil ha sabido aprovechar la oportunidad brindada y abrir espacios de diálogo, a pesar del inmenso reto que suponía un proceso tan amplio y diverso. La participación ha sido más intensa y de mayor calidad, no solo por los espacios abiertos por Naciones Unidas, también por las redes y alianzas múltiples y diversas que han unido voces y han permitido desarrollar análisis y propuestas de calidad. El continente africano ha sido más activo y se ha preparado mejor que nunca y la sociedad civil africana ha estado a la altura de los cambios en muchos países. Las alianzas norte-sur también han ayudado a llevar mensajes de las comunidades más empobrecidas a la mesa de negociación. Las nuevas tecnologías han ayudado a articular el debate y la reflexión.

Pero no es oro todo lo que reluce, el problema central, el de los medios de implementación (financiación y cooperación política), sigue siendo un asunto pendiente. La voluntad política sigue fallando cuando se amenazan los intereses de las élites económicas. Los Gobiernos deberán lidiar con una agenda universal, pero con objetivos globales y nacionales, y deberán explicar sus resultados. Y la sociedad civil deberá empoderarse y exigir los cambios a los que el Gobierno se ha comprometido. Por último, y esto es central, queda aún por definir el sistema de seguimiento y rendición de cuentas.

Bibliografía

- AFRICAN UNION (2015). «Common African Position on the Post-2015 Development Agenda». En <http://www.uneca.org/sites/default/files/uploaded-documents/Macroeconomy/post2015/cap-post2015_en.pdf> (consultado el 11 de noviembre de 2015).
- ALONSO, J. A. (ed.) (2013). «Compromiso global por un desarrollo incluyente y sostenible: consideraciones sobre la agenda post-2015» (documento sujeto a corrección).
- Asamblea General de Naciones Unidas (2012). «El futuro que queremos». Resolución de la AGNU. En <https://rio20.un.org/sites/rio20.un.org/files/a-conf.216-1-1_spanish.pdf.pdf> (consultado el 5 de noviembre de 2015).
- Asamblea General de Naciones Unidas, AGNU (2013). «Una vida digna para todos: acelerar el logro de los Objetivos de Desarrollo del Milenio y promover la agenda de las Naciones Unidas para el desarrollo después de 2015». Resolución A/68/202. En <<http://www.un.org/es/comun/docs/?symbol=A/68/202>> (consultado el 5 de noviembre de 2015).
- Castel, A. y Bajo Erro, C. (2013). *Redes sociales para el cambio en África*. Madrid: La Catarata.
- CASTELLS, M. (2008). «The New Public Sphere: Global Civil Society, Communication Networks, and Global Governance». *ANNALS, AAPSS*, 616: 78-93.
- ECDPM (2014). «How Does Africa Speak with One Voice? Africa's Evolving Positions on Aid Effectiveness, Climate Change and the Post-2015 Goals», *Briefing Note*, 74. En <<http://ecdpm.org/wp-content/uploads/How-Does-Africa-Speak-One-Voice-ECDPM-2014-Ramsamy-Briefing-Note-74.pdf>> (consultado el 11 de noviembre de 2015).
- FAO (2015). «El estado de la inseguridad alimentaria en el mundo 2015. Cumplimiento de los objetivos internacionales para 2015 en relación con el hambre: balance de los desiguales progresos». En <<http://www.fao.org/3/aa5ef7f6-edc8-4423-aae3-88bf73b3c77c/i4646s.pdf>> (consultado el 6 de noviembre de 2015).

- GNUD (2013). «Inicia la conversación global Puntos de vista para una Nueva Agenda de Desarrollo». En <http://www.un-ngls.org/IMG/pdf/Inicia_la_conversacio_n_global_Post2015_Versio_n_en_castellano_Julio_2013.pdf> (consultado el 6 de noviembre de 2015).
- HIGH-LEVEL PANEL OF EMINENT PERSONS ON THE POST-2015 DEVELOPMENT AGENDA (2013). «A new Global Partnership: eradicate poverty and transform economies through sustainable development». En <http://www.un.org/sg/management/pdf/HLP_P2015_Report.pdf> (consultado el 6 de noviembre de 2015).
- HULME, D. (2009). «Governing Global Poverty? Global Ambivalence and the Millennium Development». En <http://www.devstud.org.uk/downloads/4b9e9dd2c9394_Hulme_PAPER.pdf> (consultado el 6 de noviembre de 2015).
- THE LANCET AND LONDON INTERNATIONAL DEVELOPMENT CENTRE COMMISSION (2010). «The Millennium Development Goals: a cross-sectoral analysis and principles for goal setting after 2015». The Lancet Commissions Executive Summary, LIDC. En <http://c96268.r68.cf3.rackcdn.com/Lancet-LIDCCommissionOnMDGs_130529180911473.pdf> (consultado el 6 de noviembre de 2015).
- NACIONES UNIDAS (2013). «Objetivos de Desarrollo del Milenio Informe de 2013». En <<http://www.undp.org/content/dam/undp/library/MDG/spanish/mdg-report-2013-spanish.pdf>> (consultado el 6 de noviembre de 2015).
- NACIONES UNIDAS (2013b). «Podemos erradicar la pobreza Objetivos de Desarrollo del Milenio y más allá de 2015: Objetivo 1» (hoja de datos). En <http://www.un.org/es/millenniumgoals/pdf/Goal_1_fs_sp.pdf> (consultado el 5 de noviembre de 2015).
- NACIONES UNIDAS (2015). «Objetivos de Desarrollo del Milenio Informe de 2015». En <http://www.ec.undp.org/content/dam/undp/library/MDG/spanish/UNDP_MDG_Report_2015.pdf> (consultado el 5 de noviembre de 2015).
- ODI (2014). «Global goals and international agreements Lessons for the design of the Sustainable Development Goals». Working

Paper, 402. En <<http://www.odi.org/sites/odi.org.uk/files/odi-assets/publications-opinion-files/9295.pdf>> (consultado el 9 de noviembre de 2015).

ORGANISATION FOR ECONOMIC CO-OPERATION AND DEVELOPMENT, DEVELOPMENT AID COMMITTEE (1996). «Shaping the 21st century: the contribution of development cooperation». En <<http://www.oecd.org/dac/2508761.pdf>> (consultado el 6 de noviembre de 2015).

OXFAM (2012). «Un espacio seguro y justo para la humanidad ¿Podemos vivir dentro del donut?». Documento de debate de Oxfam. En <http://www.oxfamintermon.org/sites/default/files/documentos/files/dp-Un%20espacio%20seguro%20130212_0.pdf> (consultado el 12 de noviembre de 2015).

OXFAM (2014). «Gobernar para las élites Secuestro democrático y desigualdad económica». En <<http://www.oxfamintermon.org/es/documentos/17/01/14/gobernar-para-elites-secuestro-democratico-desigualdad-economica>> (consultado el 6 de noviembre de 2015).

Sanahuja, J. A. «De los Objetivos del Milenio al desarrollo sostenible: Naciones Unidas y las metas globales post-2015». En Mesa, M. (ed.). «Focos de tensión, cambio geopolítico y agenda global». *Sodepaz, Anuario 2014-2015*: 49-84.

UNECA (1990-02). «African charter for popular participation in development and transformation». UNECA International Conference on Popular Participation in the Recovery and Development Process in Africa. En <<http://repository.uneca.org/handle/10855/5673>> (consultado el 13 de noviembre de 2015).

WORLD BANK, G8 HOKKAIDO-TOYAKO SUMMIT (2008). «Double Jeopardy: Responding to High Food and Fuel Prices». En <<https://goo.gl/BhRWa>>(consultado el 5 de noviembre de 2015).

Datos del autor

LOURDES BENAVIDES es responsable de Justicia Económica en el Departamento de Campañas y Ciudadanía de Oxfam Intermón, e investigadora del Grupo de Estudios Africanos. Con una formación en Ciencias Económicas y en Relaciones Internacionales, durante más de quince años ha trabajado para varias ONG y como consultora independiente en el ámbito del desarrollo y la ayuda humanitaria.



La col·lecció Visions d'un Món Desigual ofereix de manera compartida un coneixement crític, real i formatiu, i té la voluntat de sensibilitzar a les dones i els homes del futur més pròxim en el sentit que l'obtenció i l'administració dels recursos de la terra ha de respectar els valors humans i mediambientals reconeguts en els protocols internacionals, valors que garanteixen que els éssers humans i tots els éssers vius podran continuar habitant aquesta terra.

VISIONS
D'UN MÓN DESIGUAL